

ST. MAWR

D.H. LAWRENCE

TORRE ABOLIDA

ST. MAWR

D.H. LAWRENCE

Traducción, prólogo y notas Elisa Ramírez Castañeda

CONACULTA

HACIA UN PAÍS DE LECTORES

Primera edición en Torre Abolida: 2002

Producción: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Dirección General de Publicaciones

D.R. ©2002, de la presente edición

Dirección General de Publicaciones

Calz. México Coyoacán 371 Xoco, CP 03330 México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General
de Publicaciones del conaculta

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la
fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Dirección General de
Publicaciones del conaculta

ISBN 970-18-8182-6

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO

D.H. Lawrence llegó a San Francisco en septiembre de 1922 y se embarcó en Nueva York hacia Inglaterra en 1925. Vivió diez meses en México y dieciocho en Estados Unidos. Nunca regresó a América; murió en Vence, Francia, en 1930, a los cuarenta y cuatro años. Durante su estancia en el Nuevo Mundo escribió un conjunto de obras muy semejantes entre sí, a veces incluso repite fragmentos enteros de una obra en otra. Se trata de una época muy fértil y diferenciable.

Lawrence deseaba reflejar el "espíritu del lugar", su esencia. Lo logra. La textura de sus escritos americanos es visible de inmediato: el único cuento con tema mexicano diferente es "Para nada",¹ escrito posteriormente; también son distintos los cuentos escritos durante su breve estancia en Europa, en el invierno 1924-1925, y se refieren más bien a los altibajos en la relación con su esposa Frieda.²

Su novela, poesía, cuentos, noveletas, ensayo, crítica literaria, reportajes y hasta sus cartas reflejan sus viejas preocupaciones desarrolladas ahora en un nuevo entorno. Como siempre, su producción es mezcla de arte, vocación, autobiografía, doctrina: el vivo retrato de su postura ante la sociedad y su ideario de acción para la transformación total de los individuos y de sus relaciones. Sobresalen su aguda

¹ Apareció en 1928 como parte de *The Woman Who Rode Away and Other Stories*; traducido y publicado en D.H. Lawrence, *Estrella del alba y del atardecer. Algunos escritos americanos*, traducción, prólogo y notas de Elisa Ramírez Castañeda, México, CNCA, 1997, Mirada Viajera. Esta antología incluye asimismo "Nuevo México", "La princesa", "El pez volador", "Reflexiones acerca de la muerte de un puercoespín", aquí mencionados.

² En "The Borderline", por ejemplo, el fantasma del marido de la viuda que vuelve a casarse viene a espantarlos desde ultratumba. "Smile", "Jimmy and the Desperate Woman", "The Last Laugh" son de la misma época.

observación y aprehensión de personajes, situaciones y paisaje; el mismo estilo directo, visible, urgente, simbólico.

Y su genio.

América —México y Nuevo México— se convierten en el polo opuesto de Europa e Inglaterra: Lawrence hace de este continente un aliado, una utopía, un deseo y una parada en su itinerancia. Más que un lugar es un emblema enarbolado contra Europa; la Gran Bretaña, las colonias, las religiones: América es símbolo y metáfora de una lucha siempre presente en su obra.

En nuestro continente Lawrence vivió su más grave crisis personal: casi pierde la vida atacado por la malaria y se declara abiertamente su tuberculosis; casi enloquece por la separación de su esposa; fracasa rotundamente su intento por crear una comuna y afloran sus conflictos interpersonales con quienes le rodean; se frustra su deseo de fundirse en un paisaje "sin contaminar"; su novela "mexicana" *La serpiente emplumada* es ferozmente atacada. Lejos del viejo mundo de la posguerra, Lawrence se abisma en un lugar con el cual no puede relacionarse y al que no puede entender fácilmente. Sus escritos muestran el conflicto. En *St. Mawr*, noveletta escrita entre junio y julio de 1924, se narran los pasos de su jornada interior: desde el enojo inmediato por la Inglaterra (donde acaba de pasar tres meses), hasta el "interregno" donde queda en suspenso, su azoro deslumbrado y su furia, su ambivalencia y dislocamiento.³ Ni cuento ni novela, desde allí comienza su ambigüedad.

Lawrence se sentía atraído por Estados Unidos mucho antes de llegar; sabía que tarde o temprano debía ser uno de los puntos claves en sus andanzas por el mundo. Desde 1920 comenzó a

³ Compárese "Nuevo México", en *Estrella del alba y del atardecer*.

escribir sobre el tema: "América, escucha a los tuyos"⁴ es un llamado a retomar las raíces indígenas primordiales; sus estudios sobre Whitman identifican al poeta con el dios Pan; la atenta lectura de Melville se refleja en St. Mawr, a quien convierte en vocero animal del "día anterior". Ambos autores son analizados, con otros, en *Studies in Classic American Literature*.⁵ Estos textos son antecedentes inmediatos de ensayos como "Pan en América", "Nuevo México", "Reflexiones sobre la muerte de un puercoespín" y otros más.⁶

Lawrence anticipó la colonia de artistas a la cual llegaría, los círculos literarios del Nuevo Mundo, sus ciudades —que detesta tanto o más que las de Europa—; lo que nunca pudo siquiera imaginar, a pesar de sus lecturas y reflexiones, fueron el paisaje y los espacios de Nuevo México ni la efervescencia política, la violencia y la hondura indígena de México.

Lawrence no deja de ser inglés —crítico, abiertamente contrario a su cultura, sus hábitos, su moral, su religión, su modernidad— y convierte a América en espejo negativo de ese mundo. La gran irritación de Lawrence contra los americanos irradia de la imposición europea sobre lo nativo, lo anterior, lo aborigen y salvaje. El lugar lo fascina y lo aterra. Llegó a Taos como invitado por Mabel Dodge Luhan, tras años de andanzas. Mabel Luhan deseaba que "escribiera el alma del lugar", impresionada por el libro *Sea and Sardinia (Mar y Cerdeña)*. Tras muchas cartas y dudas, Lawrence decide que ha llegado la hora de redescubrir América: la ruta que tomó no fue la más ortodoxa, llegó vía Ceylán y Australia.

⁴ "America, Listen to your Own", en *Phoenix*, escritos postumos de Lawrence publicados por primera vez como libro y editados por Edward D. McDonald en 1936.

⁵ *Studies in Classic American Literature* fueron comenzados en 1917 y terminados en 1922; aparecen en 1923.

⁶ Aparecieron en revistas y periódicos, se encuentran recopiladas en las antologías postumas *Phoenix* y *Phoenix 11*.

Kangaroo (*Canguro*) es la novela inmediata anterior a su producción americana; de hecho, la terminó en Nuevo México. Sin embargo, su distancia respecto de aquel lugar hace este libro poco "nativo". En *Canguro* aparece una propuesta política: un populismo amoroso y personalista que recuerda el sindicalismo fallido de *La vara de Aarón*, y se continúa en el renacimiento político-religioso de *La serpiente emplumada*. La siguiente novela tras su estancia en el Nuevo Continente, la última, será *Lady Chatterley 's Lover*.

No bien llega a Taos, Lawrence comienza a empaparse del espíritu del lugar. El paisaje de Nuevo México y los indígenas lo entusiasman, pero se declara incapaz de compartir o entender su tradición: tanto él como ellos mantienen su distancia. "Nosotros no necesitamos volver a vivir el pasado... Ya no puedo arremolinarme alrededor de tu tambor", dice en "Indians and an Englishman".⁷ En diciembre de 1922 los Lawrence hacen su primer viaje a México. En Chápala escribe la primera versión de *Quetzalcóatl*. Frieda regresa a Europa en agosto y Lawrence viaja por Estados Unidos y México. Regresa a Inglaterra vía Veracruz hacia La Habana y Galveston, Nueva Orleáns y Nueva York. Este itinerario, a la inversa, será el de *St. Mawr* y, tal cual, el de Gethin Day en la novela inconclusa *El pez volador*.⁸ Los Lawrence regresan a Nuevo México en marzo de 1924. En este segundo viaje, a instancias de Frieda, compró el rancho Kiowa —bajo la sombra del pino de *St. Mawr* y de "Pan en América": era su primera casa propia y la cambió por el manuscrito de *Hijos y amantes*. Fue su única propiedad, el único sitio al que llamó su hogar, el lugar

⁷ Compárese con la descripción en Nuevo México: "Nunca olvidaré el canto profundo de los hombres del tambor... el sonido más hondo que jamás haya escuchado —más hondo que el trueno, más hondo que el océano Pacífico, más hondo que el bramido de las cascadas: el hondo y maravilloso sonido de los hombres que claman hacia las profundidades innombrables." Ambos textos fueron recopilados en *Phoenix*.

⁸ Publicada en *Estrella del alba y del atardecer*.

adonde deseó regresar hasta el fin de su vida.⁹ Ocupado en leer, escribir piezas "menores", mirar el paisaje y los animales – nativos incluidos–; dedicado a partir leña, ordeñar a su vaca o perseguir puercoespines, aquí, los Lawrence criaron gallinas y sembraron flores y verduras, aquí aprendieron a montar. Los caballos aparecen en casi todos sus escritos americanos. En el rancho Kiowa escribió toda su producción americana, excepto *La serpiente emplumada*. Lawrence insistía, supersticiosamente, en que sólo podría terminar esta novela en México. Entre los dos manuscritos de Quetzalcóatl, que Lawrence siempre llamó así, y por razones de mercado cambió de nombre, escribió dos cuentos largos y una noveletta –además de sus abundantes cartas, colaboraciones para revistas, poemas, reseñas y demás. "La princesa", "La mujer que se fue a caballo" y *St. Mawr* son pruebas y ensayos para resolver la trama de *La serpiente emplumada*, que en la primera versión tenía un final diferente, pues la heroína regresa a Europa.¹⁰

Los personajes de estas obras son todos femeninos y versiones, más o menos, de la irlandesa Kate de su novela mexicana. "La mujer que se fue a caballo" –ni siquiera tiene nombre– es esposa de un empresario migrante holandés propietario de minas en

⁹ En 1925 las autoridades sanitarias de Estados Unidos le dieron a Lawrence una visa temporal de seis meses a su regreso de México, pues estaba evidentemente enfermo y el diagnóstico era inequívoco: padecía tuberculosis. Su miedo a que le negaran una nueva visa o a que el nombre de su enfermedad se pronunciara –los Lawrence nunca dijeron entre sí esa palabra prohibida– le impidieron solicitar una nueva visa.

¹⁰ El 30 de septiembre de 1924 Lawrence escribe a su editor, Curtís Brown: "Envío hoy el manuscrito de la noveletta 'St. Mawr' que terminé este verano [...] Con 'La mujer que se fue a caballo' y otra historia de este lugar que ahora escribo llamada 'La princesa' formarán un libro. Si quiere publicar St. Mawr en fragmentos pueden cortarla, siempre y cuando aparezca completa en el libro. Si lo prefiere, St. Mawr puede llamarse 'Dos damas y un caballo'."

El 8 de octubre escribe a Catherine Carswell acerca de los tres textos: "Son todos, más o menos, acerca de este lugar. Todos son tristes. Después de todo, corresponden a lo que es ". *Collected Letters of D.H. Lawrence*, int. y ed. de Aldous Huxley, Penguin Books, 1987, primera edición, 1950.

México, ella es de California. "La princesa" es en parte celta y en parte estadounidense; Lou Witt, lady Carrington, es americana pero vive en Europa. Ninguna es del todo inglesa. Todas son "de otro lado", no encajan en su entorno mundano, están en tránsito, insatisfechas, renuncian a sus relaciones amorosas. El final de cada mujer es distinto del de Kate, quien por fin se resuelve — para dar paso a Lady Chatterley. Las mujeres son semejantes, el paisaje es parecido, sus conflictos se asemejan, todas (menos Kate) aparecen o desaparecen a caballo. Sin embargo, las soluciones de cada cual son distintas: la Princesa seduce a un mexicano (como tantas otras heroínas de Lawrence que encuentran el amor por "debajo" de su clase) y tras la muerte de Romero vuelve a desdibujarse en un letargo casi demente; la mujer que se fue a caballo se remonta a las montañas, como la protagonista anterior, y se presta voluntariamente a ser inmolada por los indios en un ritual religioso antiguo — Kate, sin ser sacrificada, participa como sacerdotisa en una nueva religión, es Malintzin o Izpapálotl, esposa de un general mexicano; ella sólo renuncia al amor con orgasmos, a su familia, a su pasado. Carece aún de la ternura, la paz y la fertilidad de Lady Chatterley. Lou Witt, de *St. Mawr*, renuncia a una vida mundana y frívola, a un marido con amor "eunuco" y a un matrimonio fallido para convertirse en vestal de un paisaje donde el Pan oculto la convoca y desea — para este lugar sagrado se guarda y espera— como la sacerdotisa de Isis de la Búsqueda en "El hombre que murió", quien queda preñada del Cristo resurrecto tras ejercer, por fin, su carnalidad negada. El *Noli me tangere* de Lou Witt queda pendiente; apenas vislumbra el cataclismo que sólo se resuelve en el Día Venidero anunciado en *El pez volador* o tras la resurrección y el

Apocalipsis, en la Edad del Espíritu Santo de "El hombre que murió", último cuento largo escrito por Lawrence, en 1927.¹¹ Además de Lou, el único otro personaje que aparece a lo largo del relato es su madre, la señora Witt.¹² Es de Nueva Orleáns y, como tal, vocera ideal de Lawrence para criticar despiadadamente a Inglaterra. Su astucia americana, su amor voluntarioso hacia el caballerango de su hija y el rechazo de Lewis; el retorno a su país la vuelven casi catatónica; sus cincuenta y un años la aniquilan: encarna el odio de Lawrence contra todas las mujeres cerebrales, de voluntad férrea, conciencia y esplritualismo ganados a conciencia, de sexualidad nerviosa y cerebral —es en parte el retrato de Mabel Luhan. Aunque admite que el paisaje es bello, no entiende a su hija, y a través de la permanente confrontación con Lou pone un toque de duda a las soluciones de la muchacha: "me alegra que te sientas capaz de soportar tanto desamparo y tantas ratas". "¿Cuánto costó Las Chivas?" —pregunta al ver el deterioro del lugar elegido, pasando por alto lo que el rancho significa para su hija.

Los personajes masculinos son también casi todos ajenos a la cultura inglesa. El esposo de Lou, Rico, es australiano —tal vez el único resabio de Australia en sus escritos americanos sean Rico, sir Carrington, y sus vecinas las Manby. Sus amigos son parásitos ilustrados, arribistas, frívolos, buscadores de sensaciones sin consistencia, de sexualidad no comprometida y promiscua, vacuos y, sobre todo, gente obscena "de estos tiempos", como Fred Edwards. Son abandonados en Inglaterra por Lou y Lawrence, baldados, desfigurados —como repudio al Imperio y

¹¹ "The Man Who Died" apareció en 1927.

¹² Los nombres de casi todos los personajes de Lawrence son significativos; en *St. Mawr* aparecen: Wit(t), ingenio; Rico (en italiano), Mawr, grande (en galés), Phoenix, quien no se llama así, sino Gerónimo, pero es originario de Arizona; Flora Manby, Flor a través del hombre, con hombre junto. Lewis es el masculino de Lou, pues son el desdoblamiento en masculino y femenino del mismo arquetipo.

su sistema colonial, que sirve y admira la civilización europea de rodillas.

Lewis y Phoenix son caballerangos: la vida los ha hecho sirvientes de una sociedad ajena que desprecian y de la cual se apartan. Lewis es celta, y Phoenix navajo-mexicano. Phoenix es el retrato del esposo indio de Mabel Luhan; su dignidad, hondura y misterio de Europa cambian al llegar a Nuevo México: no resulta muy distinto de Rico, aunque en su propio medio.

Astutamente pretende vender su "importancia nativa" a las damas, pero sus intenciones de seducir a la patrona se frustran cuando la naturaleza, el desierto y las fuerzas oscuras, profundas y primitivas del paisaje reclaman a Lou como suya. Lewis es galés, casto y retraído —con creencias precristianas. Siempre se le compara con algún animal. Solamente él controla a St. Mawr.

Solamente él es aristócrata según la definición de Lawrence, con la aristocracia que otorgan los poderes invisibles de la sangre. Rechaza las propuestas matrimoniales de la señora Witt, quien ya antes le había cortado el pelo y ahora pretende cortarle el estrecho espacio interior donde logra resguardarse, el silencio que lo protege. El amor cerebral y tenso, sostenido por la voluntad, no lo seduce; tampoco el idilio ni el sentimentalismo. Al llegar a América, se desvanece junto a St. Mawr. En su porte y su ternura vemos prefigurado a Mellors, *El amante de Lady Chatterley*.

St. Mawr es el retrato de Lawrence y el detonador de la conciencia y el conflicto, el vengador de las fuerzas oscuras y primordiales cobrando su cuota a la sociedad que lo usa, casto y hondo, rojizo y sexuado. Se trata de un hermoso caballo galés ¹³. Se trata del único ejemplar realmente puro de cuantos quedan en

¹³ *Stallion*, en inglés, es un caballo semental, de pie de cría. La contradicción de la castidad de St. Mawr con la función que debía cumplir es su primera rebelión contra la sociedad utilitaria. Lewis es su palafrenero y ha estado con él desde que nació.

Inglaterra, expulsado de la buena sociedad inglesa como peligro público, el único donde puede verse al dios Pan, pero también un demonio. Representa lo prehumano, lo aún no nombrado. Lou siente que debe adorarlo y salvarlo. También es emblema del cataclismo y la caída. Tras un accidente donde rompe la estabilidad del mundo interior de Lou, Rico y Flora Manby planean caparlo. La inverosímil defensa que se hace del caballo —si bien no directamente ante la interlocutora— es peculiar:

Señorita Manby, puede usted quedarse con mi marido, pero no con mi caballo. Mi marido no requiere su emasculación y mi caballo no requiere su interferencia... protegeré al último ejemplar de mascu-linidad que queda en el museo que es este mundo.

La novela se quiebra y transforma cuando las dos mujeres, St. Mawr y los dos sirvientes abandonan Inglaterra y llegan a Texas, donde el caballo es seducido por una yegua negra de patas largas y queda anonadado por la vastedad abierta de las llanuras. El personaje principal debe ser abandonado por Lou, quien continúa el peregrinaje para encontrar su ser verdadero. Las mezclas de vínculos que hace Lawrence son siempre asimétricas: Lou y Rico, Lou y Phoenix, la señora Witt y Lewis; solamente existe un vínculo entre Lou-St. Mawr o Lewis-St. Mawr —todos ellos castos— y se quiebra cuando el caballo decide ejercer su condición de semental. Rico y Flora parecen también acoplarse en su relación hueca. Tal vez por eso, a diferencia de casi todos los demás escritos de Lawrence, aquí no hay historias de amor: todas son fallidas y la separación los marca por igual.

Se ha dicho que esta noveletta es la mejor entre las que escribió Lawrence, y la peor. Se ha dicho que está quebrada y que es bivalva, que sus dos fragmentos —el inglés y el americano— tienen trama, estilo, ritmo y personajes dislocados; se ha dicho que es un perfecto reflejo de dos mundos diferentes, separados e

irreconciliables y que tal ruptura es prepositiva y genial. Se ha dicho que es caótica porque pretende reflejar el caos, la falta de relación entre los seres humanos y por eso apuesta al paisaje como única realidad. También se ha dicho que nunca Lawrence escribió con tan honda belleza como al hablar del paisaje de Nuevo México; que nunca alcanzó las alturas líricas a las cuales llegó al final *cuasi* sinfónico del libro.

Lawrence tenía la tendencia a suponer que todos sus lectores leían todos sus escritos, vivían en contacto estrecho con quienes ridiculizaba o emulaba en sus escritos, compartían sus ideas y seguían sin dificultad su flujo mental y su escritura. Tal vez en sus tiempos era más simple y visible: la ligereza de los "veinte" de la posguerra, la decadencia de Inglaterra, el espiritualismo místico barato de los artistas —ingleses o estadounidenses—, el renacimiento indio en Nuevo México; la influencia del cine (Lawrence odiaba el cine) en la configuración de la imagen del Far West, la comercialización de lo nativo; los conflictos en México tras doce años de luchas intestinas. Sin embargo nosotros tenemos distancia, escritos posteriores, cartas e inéditos en nuestras manos. En *La serpiente emplumada* vemos su fracaso y su intento por un final conciliador entre la mujer insatisfecha y una misión religioso-política. A través de "Pan en América" se explica el amor de Lou por el rancho "Las Chivas" (el rancho de Lawrence, donde aparece el mismo pino). A partir de *Apocalypse* y *Fantasía of the Unconscious*, donde México es el plexo solar del nuevo continente, entendemos la visión de Lou de una Europa hundida por un nuevo diluvio y el caballo caído como premonición de la derrota. En *The Flying Fish*, con un fragmento casi idéntico al de St. Mawr, adivinamos un retorno a Inglaterra y una reconciliación final.

St. Mawr coincide con las crisis múltiples de Lawrence, quien vivió América como pura violencia y muerte.¹⁴ Fue en el rancho donde recibió la noticia de la muerte de Katherine Mansfield y de su padre, y en México donde escuchó el anuncio de la suya. Allí reposan tanto sus restos como los de Frieda.¹⁵

La ruptura con Inglaterra llega aquí a su climax. El ataque a los intelectuales y artistas jóvenes adquiere aquí su máxima virulencia. Pero aún es vitalista, tenazmente luchador. Más tarde, será igualmente crítico —pero se reconcilia con Inglaterra con el paisaje de las primeras novelas en los Midlands antes de morir.¹⁶ El entorno seguirá siendo una metáfora, pero en St. Mawr la escribía sin haberla incorporado aún, tal era su inmensidad. Nunca más aparece Nuevo México en su literatura tras su partida. Lou era trashumante pero encuentra un lugar donde detenerse, un lugar que la llama, la desea. Es la única, entre todos los personajes del libro, que se adelanta en vez de hundirse o disolverse. Pero parece no encontrarse a sí misma, a pesar de que todos los demás personajes la auxilian en su tránsito. Por fin ha hallado un sitio donde estar en paz; "para mí, este lugar es sagrado. Es bendito". Para llegar a él debe abandonar su vida anterior, a todos sus acompañantes —St. Mawr incluido, aunque desató en ella esta conciencia. Está dispuesta a enfrentar lo oculto y terrible, a penetrar en vez de deslizarse. Ha dejado atrás Europa, el Océano terrible. El paisaje es ahora la

¹⁴ Véase Ronald G. Walker, *Paraíso infernal. México y la novela inglesa moderna*, México, fce, 1984, y Drewey Wayne Gunn, *American and British Writers in México*, University of Texas Press, 1969 (existe una versión en español, publicada por el FCE).

¹⁵ En 1935, cuando se construía la capilla mortuoria de Lawrence, Mabel Dodge Luhan expresó su intención de robar las cenizas para esparcirlas en el desierto y amenazó con hacerlo cuando muriera Frieda. Ella, para evitarlo, las mezcló con el cemento y arena del bloque central de la capilla, que pesa más de una tonelada.

¹⁶ Al regresar en 1925 y visitar su distrito se encuentra con que las minas están cerradas y más de la cuarta parte de la población desocupada.

conciencia.¹⁷ Lou toma aquí las decisiones, su madre está derrotada, Rico abandonado, Phoenix desenmascarado, Lewis y St. Mawr lejos. "¿Qué es real? ¿Qué es real en el ancho mundo?", se pregunta.

El libro es una peregrinación interior. Como la de Lawrence, termina en el embelesamiento místico ante las montañas. Aquí serán adorados los más antiguos dioses encarnados en cada una de las cosas. La tierra prometida es ésta pero no responde, a pesar de que llama.

Los polos de la noveletta son Europa y América, la animalidad y la civilización, lo nativo y lo cosmopolita, la proximidad y la vastedad, el orden y el caos, lo visible y lo invisible, la hondura y la superficie, el ruido y el silencio, lo solar y lo oscuro. Ciertamente Lou llega a donde rige la sangre oscura de las montañas. Llega desde "¡El horror de la ausencia de naturalidad en la vida humana, su civilización acumulada!" Sólo acá lo macho, fálico y solar estarán en armonía con la fuerza ctónica, oculta y soterrada femenina: pero es vasto, inhumano, agreste, indomeñable. Y el terror del paisaje.

...en la hondura misma de América, donde el espíritu salvaje me quiere... Y tampoco desea salvarme. Me necesita. Tiene ganas de detenerme. Y para él, mi sexo es hondo y sagrado, más hondo que yo misma, con una conciencia natural honda en lo hondo de mi sexo.

¹⁷ "El verdadero tema [es] la construcción de un espacio mágico —es decir, de una naturaleza que ha recobrado su inocencia— para celebrar la reconciliación del cielo y la tierra, del cuerpo y el alma, del hombre y la mujer. La visión [...] no se apoya en el paisaje; el paisaje es el que se sustenta en la visión poética. [...] El paisaje no aparece como fondo o escenario; es algo vivo y que asume mil formas; es un símbolo y algo más que un símbolo: un interlocutor y, en fin, el verdadero protagonista del relato. Un paisaje no es la descripción, más o menos acertada, de lo que ven nuestros ojos, sino la revelación de lo que está detrás de las apariencias visuales. Un paisaje nunca está referido a sí mismo sino a otra cosa, a un más allá. Es una metafísica, una religión, una idea del hombre y del cosmos." Octavio Paz, "Paisaje y novela en México", en *Corriente alterna*, México, Siglo XXI, 1967.

Tocada por la revelación, Lou alcanza la paz momentánea, debe luchar sola contra tales fuerzas.

Es algo salvaje, a veces me lastimará y a veces me gastará. Lo sé. Pero es algo grande, más grande que los hombres, más grande que la religión. Algo más, que tiene que ver con la América salvaje. Y algo que me concierne.

Todo queda pendiente, en los bordes, sin final. Lo anterior ha sido abandonado, pero no sabemos qué sucederá: su asombro es demasiado grande, el horizonte muy vasto. "¡Ah, tal belleza! -tal vez la cosa más bella del mundo. ¡Era una belleza pura, una belleza absoluta!. ¡Allí!"

La paradoja es que tal enigma magnífico, descrito con prosa deslumbrante, no accede a descifrarse con palabras ni a través de la conciencia. El genio de Lawrence radica en intentarlo -una y otra vez lo intenta.

Y tras enunciar y describir, hace del paisaje una metáfora y un símbolo, pero las montañas sólo responden a la entrega y al silencio -sin decir jamás si darán algo a cambio.

Lou Witt se había salido con la suya durante tanto tiempo que ahora, a los veinticinco años, estaba desconcertada. Cuando alguien se sale siempre con la suya navega a la deriva.

Para sentirse segura hizo fracasar durante un tiempo su historia de amor con Rico. Y tuvo entonces algo por lo cual sufrir de veras. Pero aun en eso se había salido con la suya. Rico regresó y se casó diligentemente con ella. Ahora formaban una encantadora pareja de recién casados; ella tenía veinticinco años recién cumplidos y él era tres meses mayor. Él coqueteaba todavía con las damas, cierto; no sería el galante Rico de no hacerlo. Pero ella lo había "pescado", ¡vaya si lo había pescado! Bastaba ver cómo la miraba de soslayo con sus grandes ojos azules, incómodo: como un caballo que retrocede ante su dueño, para mostrar que está completamente domado.

Ella no era realmente hermosa, pero sí atractiva: un extraño hociquillo y el aire exquisito con el cual fingía ser bien educada, su juego de enigmas, su extraña familiaridad con otras lenguas y otras ciudades, la coartada sentimental de ser siempre forastera; se sentía a sus anchas en cualquier lugar, en ninguno, como si fuera gitana: eso era la suma de su encanto y de su fracaso. No se adaptaba del todo a ningún lugar.

Era, por supuesto, de Estados Unidos: de una familia de Louisiana emigrada a Texas. Era moderadamente rica, no tenía más familiares que su madre. A los doce años había sido enviada a Francia para estudiar y, no bien terminó, deambulaba entre París y Palermo, Biarritz y Viena, regresaba a Londres vía Munich para salir nuevamente hacia Roma. Sus viajes a América fueron siempre breves.

¿Entonces, qué clase de estadounidense era?

O, más bien, ¿qué clase de europea? No encajaba en ningún lugar. En Roma un poco más que en otros lugares, tal vez, entre los artistas y diplomáticos.

Y fue en Roma donde conoció a Rico. Era australiano, hijo de un funcionario de Melbourne con título de barón. Rico, en consecuencia, algún día sería sir Henry, pues era el único hijo varón.

Mientras tanto, viajaba por Europa con recursos limitados —su padre no era pudiente— y era artista.

Se conocieron en Roma cuando tenían veintidós años y su aventura se desencadenó en Capri. Rico era guapo, elegante pero, sobre todo, tenía el pantalón manchado de pintura y estropeaba las corbatas al quitárselas. Poseía una elegancia muy extravagante que fascinaba a los italianos. Era, al mismo tiempo, tan astuto, amañado y sensible como le es dado serlo un joven presuntuoso; sobre todo, tenía buen corazón y era aprehensivo. Le preocupaba su futuro, le preocupaba su papel en el mundo; era pobre y, de pronto, despilfarrado a pesar de su estrechez y, de pronto, amargo a pesar de sus deseos de congraciarse y, de pronto, ingrato a pesar de sus grandes dosis de gratitud y, de pronto, grosero a pesar de sus buenos modales y, de pronto, odioso a pesar de su amabilidad suave y casi cortesana.

Lo fascinaron el aplomo exquisito de Lou, sus experiencias, su "sabiduría", su conocimiento *gamine*,¹⁸ su distancia, su ropa fina que a veces era del todo inadecuada, y su "acento" sureño que a veces resultaba del todo irritante. Un sonsonete *tan* de Estados Unidos. Pero nunca usaba americanismos, salvo cuando se hundía en extraños accesos de ironía ácida, bastante estadounidense, por cierto.

¹⁸ Travieso, inquieto.

Y Rico le fascinó a ella. Jugueteaban uno con otro como dos mariposas sobre una misma flor. En Roma fingían ser muy pobres — él era pobre; en Nápoles los creían muy ricos. Todas las miradas se posaban en ellos. Y habían tenido su aventura en Capri. Provocaban una crispación nerviosa el uno sobre el otro. Ella enfermó. Su madre se presentó: Rico no toleraba a la señora Witt y la señora Witt no toleraba a Rico. Fue un periodo terrible. Internaron a Lou en una casa de convalecencia de Umbría y Rico huyó precipitadamente a París. No hubo modo de retenerlo. Debía regresar a Australia.

Fue a Melbourne y, estando allá, murió su padre heredándole su título y recursos muy modestos. Lou volvió a América y le resultó el lugar más ajeno de cuantos había visitado. Regresó descorazonada y presurosa a Europa donde, por supuesto, tarde o temprano volvería a encontrarse con Rico.

No podían apartarse uno del otro, a pesar de que en sus pocas cartas él le informó que "probablemente" se casaría con una amiga muy querida de la infancia, hija única de una de las más antiguas familias de Victoria. No daba más explicaciones.

La "probabilidad" no fue tal y se le vio de nuevo en París tratando con fervor de pintar, muy influido por Cézanne y el viejo Renoir. Cenó con Lou y la señora Witt en La Rotonde y la señora, con sus extraños aires demócratas de Nueva Orleans, observaba el vestíbulo del lugar y a Rico con condescendencia salvaje, como si fueran parte del mismo espectáculo.

—Realmente —dijo—, en cuanto estas gentes logran tener un poco de dinero se enamoran con la barriga llena. Y cuando no lo tienen, se enamoran de un monedero lleno. Nunca había estado en un lugar tan repugnante: se enamoran como quien toma una pildora después de los alimentos.

Sus ojos grises y fuertes lanzaban miradas oblicuas; sentada, tensa y en silencio, con ropa de Estados Unidos comprada con

gusto. Y de repente espetaba algún comentario ácido. Rico siempre se sentía marchitar ante ella.

La señora Witt odiaba París: "ciudad sórdida y de mal agüero".

—Estoy condenada a que me suceda algo malo en este lugar siniestro y sucio —decía—. Siento el contagio en el aire. Por Dios, Louise, vámonos a Marruecos, a cualquier otra parte.

—No, querida mamá, no puedo ahora. Rico me propuso matrimonio y acepté. Ocupémonos de la boda, por favor.

—¡Lo ves! Bien dije que ésta era una ciudad de mal agüero —replicó la señora Witt.

Su cara de nariz afilada tomó ese gesto de honda mortificación típico de Nueva Orleans. Pero Lou y Rico tenían ya veinticuatro años, nadie podía intervenir. Lou se convertiría en lady Carrington a toda costa. Pero a la señora Witt le mortificaba al punto de la exasperación. Hubiera preferido casi que Lou se fugara con uno de los enormes y malévolos cargadores de Les Halles. La señora Witt había llegado a esa edad en la cual veía al macho malévolo en el interior de cada hombre, el viejo Adán traspasaba las barreras de clase. Y sin embargo —sin embargo—, viendo que Lou era de ese tipo, resultaba preferible que se convirtiera en lady Carrington.

Hubo boda, tras la cual la señora Witt regresó a América y Lou y Rico alquilaron una casita vieja en Westminster, donde pertenecían a cierto estrato de la sociedad inglesa. Rico se convertía, casi, en el retratista de moda. Al menos él estaba casi de moda, aunque sus retratos no lo estuvieran; y también Lou, casi —casi— estaba de moda. Pero había algo que no fluía. Ni Rico ni ella lograron entrar del todo en ninguna esfera, a pesar de las apariencias. Pertenecían a la clase artista indefinida. Pero ninguno de los dos se conformaba con pertenecer a la clase artista indefinida: querían acoplarse, querían hacerlo bien.

Por eso la casita de Westminster, los retratos, las cenas, los amigos y las visitas. La señora Witt llegó y, con sorna, se instaló en el departamento de un tranquilo hotel de buena clase, no muy lejos de ellos. Estaba bien situada. Sus ojos grises y terribles miraban con un sesgo socarrón la pantomima hueca de cuanto la rodeaba. Como si ella conociera algo mejor.

Lou y Rico causaban uno en el otro cierta reacción curiosa y fatigante: ninguno sabía por qué. Se tenían afecto. Los unía un lazo inescrutable. Se trataba de una rara vibración más nerviosa que sanguínea. Un vínculo nervioso más que un amor sexual. Una curiosa tensión de voluntades, más que una pasión espontánea. Se encontraban bajo el dominio del otro, de manera peculiar. Pero como eran pareja: debían estar juntos. Pero bien pronto empezaron a retraerse uno del otro. Este vínculo de voluntades y nervios era destructivo. En cuanto uno se sentía fuerte, el otro se debilitaba. Y no bien el otro recuperaba fuerza, caía quien antes estuvo fuerte.

Pronto, de manera tácita, el matrimonio se convirtió en algo parecido a una amistad platónica. Eran un matrimonio sin sexo. El sexo los quebrantaba y fatigaba, y ambos lo rehuían hasta que llegaron a comportarse como hermanos. Pero seguían siendo marido y mujer. Y la ausencia de una relación física era para ambos raíz secreta de desasosiego y pesadumbre. Ninguno lo aceptaba. Rico miraba a otras mujeres con ojos anhelantes y atentos.

La señora Witt lo notaba todo, como si observara tras una cerca, como demonio poderoso y elegante, con una energía terrible y un tipo de sensatez demoledora. Decía poco: pero sus comentarios cortos y esporádicos, con frecuencia mordaces, revelaban su desprecio ante tal *ménage*.

Rico frecuentaba a las personas renombradas y pertinentes. La señora Witt se presentaba con sus trajes neoyorkinos y unas cuantas joyas finas. Era guapa, con abundante cabellera canosa. Y

los ojos, de párpados pesados, eran la pesadilla de cualquier anfitriona. Contemplaba demasiadas cosas derruidas. Era evidente que estos ingleses renombrados y correctos la irritaban mucho con sus afectaciones y sus distinciones bien delimitadas. Se le antojaba pisotear sus bien delimitadas distinciones. Pensaba siempre en la casa de su infancia, la plantación, los negros, los plantadores: la sordidez tras tantas vidas grandiosas y carentes de propósito. Y le hubiera gustado inyectar una pizca de la sordidez de la América enorme y peligrosa a los melindrosos y seguros salones de Londres. Naturalmente, no era muy popular. Pero como era una mujer enérgica, se veía obligada a hacer *algo*. Hacia el final de la guerra había trabajado como enfermera en Francia, con la Cruz Roja Americana. Amaba a los hombres —a los verdaderos hombres. Pero, entrando en detalle, era difícil saber a qué se refería al hablar de "verdaderos" hombres. Nunca conoció a ninguno.

Regresó de la debacle de la guerra con un despojo poco usual de nombre Gerónimo Trujillo. Era de Estados Unidos, hijo de padre mexicano y madre navajo, nacido en Arizona. Al conocersele, resultaba claro que se trataba de un verdadero mestizo, aunque a primera vista hubiera pasado como ciudadano bronceado de cualquier país, sobre todo de Francia. Se parecía a cierto tipo de francés, con ojos oscuros y hundidos de manera curiosa, pelo lacio y negro, un bigotito oscuro y ralo, pómulos pronunciados y un porte algo encorvado, desafiante y burlón. Sólo al conocerlo y mirarlo directamente a los ojos se descubría el inconfundible destello indio.

Una granada lo había herido gravemente y durante algún tiempo estuvo hecho una desgracia. La señora Witt lo atendió durante su convalecencia y le preguntó qué haría. No lo sabía. Su padre y su madre habían muerto, no había nada que lo ligara a Phoenix, Arizona. Como había estudiado en una secundaria india, el pobre

infeliz carecía absolutamente de un lugar en la vida. Era uno más entre tantos desarraigados.

Su porte tenía algo parecido al de los "apaches" de París: pero era siempre reprimido, encerrado en sí mismo, nervioso. A la señora Witt le intrigaba.

—Muy bien, Phoenix —dijo, negándose a usar su nombre en español—. Veré qué puedo hacer.

Le consiguió trabajo en la granja solariega de unos conocidos. Era muy hábil con los caballos y tenía particular éxito con los guajolotes, los gansos y las aves de corral.

Poco después de la boda de Lou, la señora Witt se apareció de nuevo por Londres con Phoenix tras ella; venía del campo con un par de caballos. Había decidido montar en el parque por las mañanas y contemplar el mundo desde las alturas. Phoenix sería su palafrenero.

Y, para la gran incomodidad de Rico, pudo verse a la señora Witt con un traje finamente cortado, botas perfectas y un elegante sombrerito negro sobre su cabellera cana, montada en un caballo castrado¹⁹ gris tan elegante como ella, observando a la gente de Picadilly desde lo alto: engreída, inquisitiva y aristócrata-demócrata de Louisiana cruzando el Row, seguida, como por una sombra, por el taciturno Phoenix, que montaba sobre un caballo castaño con tres patas blancas como si hubiera nacido en él.

La señora Witt, como tantos otros, siempre esperaba encontrar en algún sitio al verdadero *beau monde*, al verdadero *grand monde*.²⁰ No la convencieron ni el Bois de Boulogne, ni Monte Carlo, ni el Pincio: todo era algo impostado, pero no muy *beau* y para nada *grand*? Y hela allí, con sus ojos grises de águila, su espléndido cutis y su salud como un arma, semicentenaria, los párpados algo

¹⁹ En inglés las palabras *stallion* y *gelding* se refieren específicamente a un caballo sin castrar o castrado.

²⁰ Buena sociedad, bello mundo, gran mundo.

caídos, un poco nerviosa pero siempre presta a desairar al *monde* al cual penetraba cuando entraba a Rotten Row.

Y navegaba el canal de arriba abajo, con la *regatta* de jinetes y amazonas, bajo los árboles del parque. Y sí, había muchachas encantadoras con hermosas cabelleras ondeando a sus espaldas, sobre alegres potros. Y papás muy bien vestidos, y tías mamás que parecían a punto de servir el té entre las orejas de sus caballos mientras entablaban con destreza charlas vacuas, con un ojo sobre la tetera y otro sobre la visita con quien charlaban, con la mirada atenta sobre todos los circundantes. La mirada alerta de las matronas inglesas, sorprendente y casi aterradorizante. La señora Witt pensaba inmediatamente en las matronas negras de Louisiana. Y sus ojos se convertían en dagas al ver a los jóvenes ingleses: correctos, flacos, trasquilados. Se negaba a mirar a los judíos prósperos.

En esos tiempos todavía se prohibía la entrada de automóviles al parque, pero Lou y Rico bordeaban por Hyde Park Corner y Park Lane y podían ver a la amazona inflexible y a su saturnino palafrenero casi con congoja. La señora Witt parecía apuntar al pecho de cada jinete y amazona con una pistola y exigir: "¡tu virilidad o la vida!, ¡tu feminidad o la vida!" No sabía bien a bien cómo deseaba que fueran: algo tan democrático como Abraham Lincoln, tan aristocrático como un zar ruso, tan refinado como Arthur Balfour²¹ y tan taciturno y poco ideal como Phoenix. Todo junto.

No hubo otro remedio. Lou tuvo que comprarse un caballo y montar al lado de su madre en aras de las apariencias. La señora Witt era *tan* parecida a una pistola: tersa, cargada, metálica; y Lou se vio obligada a convertirse en la funda. Realmente lucía

²¹ Político conservador inglés, participó en las negociaciones del armisticio que dio fin a la primera guerra mundial, tras la declaración Balfour, de 1917, plantea la migración de los judíos a territorio palestino.

hermosa con sus mechones como uvas, de pelo negro y oscuro de Nueva Orleáns y sus primorosos ojos pardos que no parecían del mismo color y eran vagos y algo adormilados y, a la vez, rápidos como los de una ardilla. Era ligera y elegante, un poco agobiada, y alguien comentó que parecía salida de una película.

Al día siguiente, y a pesar de todo, aparecieron en la columna social: "Dos figuras nuevas y notables en el Row esta mañana fueron lady Henry Carrington y su madre, la señora Witt", etcétera. Y la señora Witt se sintió complacida, a pesar de lo que dijera. También Lou estaba muy complacida. Resplandecía, sin remedio, bajo la luz de la publicidad.

—Rico querido, debes conseguirte un caballo. El tono era suave y sureño y con acento, pero por debajo asomaba una determinación certera. Rico se resistía en vano —con ese modo retorcido y plañidero que tal vez adquirió en Oxford. En vano alegó que no sabía montar y que no le gustaba hacerlo. Se enojó, y su hermosa nariz arqueada tembló, su labio superior dejó asomar sus dientes, como los de un perro que se prepara para morder. Pero no se atrevía a morder.

Así era Rico. No se decidía a morder. Y no es que le tuviera miedo a los demás, realmente. Tenía miedo de sí mismo, de perder el control. Podría quebrar, con un exabrupto de furia acumulada, el muy bello cuadro de una esposa joven y encantadora y una placentera casita y un fascinante éxito como pintor de moda y también "gran" retratista con color, color maravilloso y forma también maravillosa. Había trazado la composición de este *tableau vivant* con gran esfuerzo. No era deseable un exabrupto repentino de caballo perverso —en realidad Rico era más como un caballo que como un perro, un caballo que puede rebelarse a cada momento. Por el momento era bueno, muy bueno, peligrosamente bueno.

—Pero Rico, querido, creí que acostumbrabas montar en Australia, cuando eras joven. Tú mismo me lo contaste, ¿hm? —y terminaba con

un ¿hm? lento y cantarín que le provocaba el efecto de un estimulante y de una droga: él se supo derrotado.

Lou guardaba su yegua alazana en unas caballerizas tras la casa de Westminster y escapaba con frecuencia hacia los establos. El lugar le producía una nostalgia curiosa: la sorprendía de verdad. Nunca se había dado cuenta de que le gustaban los caballos, los establos y los palafreneros. Pero le gustaban. Estaba fascinada. Tal vez era debido a sus recuerdos de infancia, en Texas. Fuera lo que fuera, su vida con Rico en la casita elegante y todos sus compromisos sociales le parecían un sueño; la realidad sustancial estaba en esas caballerizas de Westminster, su yegua alazana, el señor Saintsbury, dueño de los establos, y sus caballerangos. El señor Saintsbury era un viejo solterón amante de los caballos, enamorado de la resonancia de los títulos.

—¡Lady Carrington! ¡Vaya! Así que ya está de vuelta con nosotros otro rato. No sé qué haríamos si se fuera, la extrañaríamos tanto —y le lanzaba su sonrisa de solterona—. Por nublado que esté el día, su Señoría lo alumbra como un rayo de sol. Poppy está muy bien, parece...

Poppy era la yegua alazana sin lunares en las patas y con ojos sorprendidos, y sí, estaba muy bien. Y el señor Saintsbury le sonreía con sonrisa solterona, mostrando toda la dentadura.

—Venga conmigo a ver un caballo recién llegado de provincia, lady Carrington, creo que vale la pena echarle un vistazo; si su Señoría dispone de un momento.

Su Señoría disponía de muchos momentos. Siguió al viejo despabilado y bien rasurado por el patio hasta un establo amplio y esperó a que abriera la puerta.

En el interior oscuro vio a un bayo hermoso, de orejas limpias y erectas como dagas sobre la cabeza desnuda, que volteó rápido hacia la puerta abierta. Tenía ojos negros y brillantes, con un

brillo agudo y curioso y con ese aire tenso de rapidez alerta que delata a los animales cuando pueden ser peligrosos.

—¿Es manso? —preguntó Lou.

—Pues... sí, Señoría. Es manso con quienes saben cómo tratarlo.

"Ven, muchacho, ven, bonito; ven acá ¡St. Mawr!"

Platicador hasta con los caballos, avanzó con suavidad y puso una mano suave y silenciosamente sobre el hombro del animal: como si se tratara de una mosca posándose. Lou vio la piel brillante del animal agitarse con un poco de desconfianza anticipada, como si una sombra bajara al líquido de oro rojizo y brillante. Pero el animal se tranquilizó.

—Manso con quienes saben tratarlo y algo malvado con quienes no lo saben. Esa fue la recomendación, ¿verdad, St. Mawr?

—¿Cómo se llama? —preguntó Lou.

El hombre lo repitió con un dejo algo galés.

—Es de la frontera galés a, su dueño es un caballero galés, el señor Griffith Edwards. Pero quiere venderlo.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años, siete años y cinco meses —dijo el señor Saintsbury, bajando la voz, como si revelara un secreto.

—¿Y podría montársele en el parque?

—Pues... ¡claro! Yo diría que un jinete que supiera manejarlo podría montarlo sin dificultad en el parque, y se vería magnífico encima de él.

Lou decidió, al instante, que era Rico quien se vería magnífico. Ya estaba medio enamorada de St. Mawr. Tenía un hermoso color rojizo y dorado, un oscuro fuego invisible parecía emanar de él. Pero sus ojos tenían una mirada acechante. Algo le hacía pensar que el caballo no era del todo feliz; que en lo hondo de su conciencia animal, en algún sitio, habitaba algún resentimiento peligroso y apenas revelado, un difuso sentimiento de hostilidad. Notó que era sensible, a pesar de su fuerza saludable e

inflamada, y nervioso, de una inquietud irritada que lo volvía rencoroso.

—¿Tiene alguna maña?

—No que yo sepa, su Señoría: no es mañoso, pero es una de esas criaturas que llaman temperamentales; aunque yo soy de la idea de que todos los caballos son temperamentales, si he de serle franco. Pero en éste hay algo, tiene su lado flaco. Si se toca ese lado flaco, no respondo por él.

—¿En qué se le nota? —preguntó Lou algo intrigada. Creyó tal vez que se trataba de algo físico.

—Bueno, resulta difícil contestar, Señoría. Si fuera un ser humano podría decirse que algo le salió mal en la vida. Pero creo que no podemos decir precisamente eso de un caballo. Un animal de raza como St. Mawr requiere comprensión y, que yo sepa, nunca nadie se la ha tenido. Confieso que yo tampoco. Pero me doy cuenta de que es un animal que requiere un trato singular y reconozco que lo merece, pero no sé cuál sea.

Vio al bayo reluciente con las orejas erectas, que volteaba la cara y ponía atención, como si fuera un receptor eléctrico. Era un semental. Al notarlo, Lou le tuvo más miedo.

—¿Y por qué quiere venderlo el señor Griffith Edwards?

—Bueno, Señoría, lo criaron para semental pero no sirve. Hay caballos que son así: por alguna razón, no parecen gustarle las yeguas. Bueno, entonces, no lo pueden conservar como semental. Pero vea usted que es potente, caballo hermoso, presto como silbato y se consume con su propia energía. No hay modo de tenerlo encerrado, no lo tolera. Es un caballo fino para montar, de acción; es una delicia montarlo, pero hay que saber hacerlo. Se le debe dominar, ése es el punto.

Lou presintió que había algo más tras la reticencia del hombre.

—¿Y se le sabe algo más? —preguntó con desconfianza.

—¿Algo más? Bueno, a decir verdad debo admitir que ha tenido dos accidentes. El hijo del señor Griffith Edwards lo montaba de manera alocada y un día le quebró la cabeza contra una rama baja de roble, en el bosque Dean. Fue el otoño pasado. Y hace tiempo aplastó contra el establo al palafrenero, lo hirió fatalmente. Pero fueron accidentes, Señoría, cosas que pasan.

El hombre hablaba con tono melancólico y fatalista. El caballo, con las orejas echadas hacia atrás, tenso, con la cabeza gacha, parecía entender cuanto se decía; como cuando una persona de buena crianza pero apasionada es juzgada y condenada.

—Me permite preguntarle "¿cómo está usted?" —le dijo al caballo, acercándose un poco, ataviada con un vestido blanco veraniego y alzando un poco la mano, donde brillaban esmeraldas y diamantes. Se alejó de ella como si lo empujara un viento, luego bajó la cabeza y la miró de lado, con su gran ojo negro.

—Creo que le gusto— dijo acercándose más, bajo su mirada.

Puso su mano sobre el flanco y lo acarició con suavidad, luego tocó el hombro y el arco tenso y duro de su cuello. Y le sobresaltó sentir llegar hasta ella, a través de ese brillo laqueado de rojo y oro, el calor vital de su existencia. ¡Una existencia tan suave, tan vital y cálida!

Se detuvo, reflexiva, mientras su mano reposaba sobre el cuello arqueado del caballo. Vagamente, un flujo de entendimiento antiguo pareció penetrar hasta su alma compasiva de mujer joven. Quería comprar a St. Mawr.

—Creo que lo compraré, si es posible —le dijo al señor Saintsbury.

El hombre la miró largamente, con desconfianza.

—Vaya, Señoría, no hay nada que se lo impida, pero ¿qué haría su Señoría con él, si me permite preguntar?

—No lo sé —dijo de modo ambiguo—. Podría llevármelo a Estados Unidos.

Tras una pausa, el hombre dijo:

—Dicen que ésa es la solución para algunos caballos, llevarlos a otras partes, como Australia. A lo mejor conviene, nunca se sabe. Quería comprar a St. Mawr. Quería que le perteneciera. Por alguna razón, la conmovían hasta las lágrimas su apariencia, su poder, su intensidad alerta y viva, su cualidad indomeñable.

Rara vez lloraba —en ocasiones de vejación o para salirse con la suya. En cuanto a lloriqueos, su corazón era más seco que el corcho. ¿Para qué sirven las lágrimas, a fin de cuentas? Hay que aferrarse a la vida, sin ceder, sin rendirse nunca. Las lágrimas lo dejan a uno débil y dolido.

Pero ahora, regresó a su casa, se ocultó en su cuarto y lloró, como si el fuego misterioso del cuerpo del caballo hubiera quebrado alguna roca en su interior. La cabeza salvaje, brillante y alerta de St. Mawr parecía mirarla desde otro mundo. Como si hubiera tenido una visión, como si de pronto se hubieran derrumbado los muros de su mundo y hubiera quedado en una oscuridad honda, desde donde el caballo la cuestionaba de manera diabólica, con grandes ojos brillantes, orejas erguidas como dagas sóbrelas líneas desnudas de su cabeza inhumana, su gran cuerpo que un poder rojo hacía relucir.

¿Qué era? Sentía los ojos del caballo casi como si un dios la observara terrible desde esta oscuridad insondable: grandes ojos brillantes que infundían miedo, de mirada cuestionadora y con un filo de luz blanca parecido a una amenaza. ¿Cuál era la pregunta inhumana, la amenaza desasosegante? No lo sabía. Era un demonio espléndido y ella debía adorarlo.

Se apartó de Rico. No toleraba la trivialidad y superficialidad de sus relaciones con los demás. Destacando como un dios emergido de la oscuridad estaba la cabeza del caballo, con ojos muy abiertos, interrogantes y terribles. Sentía que le prohibía ser

lo que solía ser: común y corriente. Le prohibía ser solamente la esposa de Rico, la joven lady Carrington, todo eso.

El caballo la obsesionaba. La había mirado como nunca antes había sido vista: ojos de mirada terrible, brillante, interrogante desde la oscuridad, respaldados por el fuego de ese gran cuerpo rubicundo. ¿Qué significaba, qué límites le imponía? Sintió que ponía sellos a su corazón: ejercía una autoridad extraña sobre ella que no podía, no se atrevía a entender.

Sin importar dónde estuviera o lo que hiciera, en algún rincón de su conciencia iba reluciendo la figura enorme, imponiendo respeto desde su oscuro trasfondo: St. Mawr mirándola sin verla en realidad, pero con destellos interrogantes tras sus ojos terribles, con destellos de amenaza, como el destino. ¡Parecía ser dueño del destino!

—¿En qué piensas, Lou querida? —le preguntó Rico esa noche.

Era tan hábil y tan sensible para detectar sus humores —en ese sentido, tan incitante. Y la miraba rápido desde sus ojos azules, con el blanco algo inyectado, grandes y un poco saltones, indagando ansioso, con cierto miedo, como si algo en su conciencia lo incomodara siempre. También él era, en parte, parecido a un caballo, pero siempre estremecido por una desconfianza fría y peligrosa que ocultaba tras un amor comedido. En el centro de su mirada había una ausencia de poder nodal que lo hacía comedido. Ella casi siempre sentía piedad ante esa mirada, con su nódulo de ausencia de poder. Pero después de haber visto la mirada llena, oscura, con tal brillo de pasión y vida diferentes en los ojos del desafortunado caballo, la ausencia de poder comedida del hombre la sacaba de quicio. Rico era tan guapo, tenía tal control sobre sí mismo, una bondad tan galante y una verdadera astucia mundana. Era digno de admiración; al menos ella debía admirarlo.

Pero sobre todo, sobre todo, era una pose, una actitud. Era algo sobre lo cual trabajaba conscientemente. Era una pose. Había leído a psicólogos que afirmaban que todo era una pose. Hasta lo mejor. Ella se daba bien cuenta de que todo es pose, tanto en hombres como en mujeres, cuando se carece de algo más. Algo hace falta y se ven a merced de sus propios recursos. El fulgor negro y fiero de los ojos del caballo no era una "pose". Era algo mucho más aterrador y real: lo único real. Brotado desde la oscuridad, cuestionador y amenazante centelleaba desde el espléndido cuerpo del caballo.

—¿Pensaba en algo? —respondió de manera lenta, divertida y desenfadada. Como si todo fuera informal y cómodo. Y lo era, desde el lado duro y pulido de su ser. Pero no incluía todo lo demás.

—Creo que sí, Loulina, ¿podría adivinar?

—No te molestes. Pensaba en un caballo, si acaso pensaba en algo; en St. Mawr, un bayo —dijo. El secreto *casi* asomaba a sus ojos.

—El nombre suena bastante atractivo —dijo él riendo.

—No tan atractivo como la criatura misma. Voy a comprarlo.

—¿De veras! —dijo—. ¿Por qué?

—Es *tan* atractivo. Te lo voy a comprar a ti.

—¿A mí? *Querida*, ¿supones que aceptaré? Qué tal si a mí no me parece nada atractivo. Como bien sabes, apenas me interesan los caballos. Y además, ¿cuánto cuesta?

—No lo sé, Rico querido. Pero estoy segura de que te gustará, aunque sea por complacerme —ahora le parecía un juego sólo para lograr sus propios fines.

—Mi queridísima Lou, no gastes una fortuna en un caballo para mí, pues *no* lo quiero. Preferiría un coche, de veras.

—¿No cabalgarías conmigo en el parque, Rico?

—Para ser francos, Lou, no me dan ganas.

—¿Por qué, niño querido? Te verías tan guapo. A mí sí me gustaría. Ven a ver a St. Mawr, de todos modos.

Rico estaba indeciso. Ciertamente se sentía incómodo con los caballos. Pero pesaba también lo guapo que se vería cabalgando por el parque.

Fueron a las caballerizas. Un pequeño palafrenero galés dabade beber al fantástico caballo.

—Sí, querida, ciertamente es hermoso: ¡un color maravilloso!, ¡casi naranja! Me parece que es un poco grande para cabalgar en el parque.

—No, es perfecto para ti, tú eres tan alto.

—Sería maravilloso en una composición, ¡qué color!

Lo único que Rico fue capaz de hacer fue mirarlo con ojos de artista; echó una ojeada al palafrenero.

—¿No te parece que el nombre también tiene algo fascinante? —dijo frotando su barbilla de manera artística y penetrante.

Lewis, el palafrenero, era un tipo pequeño, ágil, de piernas algo arqueadas, rebosante de soltura, edad indefinida, con una mata de pelo negro y una barbita negra. Cepillaba al reluciente St. Mawr al aire libre. El caballo era de veras glorioso: como una mercadela, con un lustre de oro puro, un destello dorado de laca verdoso sobre el rojo naranja encendido. En su hombro el destello de laca era amarillo. Lewis, apenas una cosita, trabajaba ensimismado y distraído en el caballo, con intensidad casi ritual. Parecía la sombra auxiliadora del rubicundo animal.

—Va incluido con el animal —dijo Lou—. Si compramos a St. Mawr, el hombre es parte del trato.

—Sería *tan* divertido pintarlos: ¡un contraste extraordinario! Querida, *espero* que no insistas en comprar el caballo. Es exageradamente caro.

—Mi madre me ayudará. Te verías tan bien sobre él, Rico.

—¡Si alguna vez tuviera la osadía de trepar sobre su lomo!

—¿Por qué no? —atravesó rápida el patio cubierto de grava—.

Buenos días, Lewis, ¿cómo está St. Mawr?

Lewis se enderezó y la miró tras la mata caída de pelo negro.

—Está bien —dijo.

La miraba de frente, bajo el pelo caído. Tenía los ojos de un gris claro, parecían fosforescentes y daban la impresión de pertenecer a un gato salvaje mirando con fijeza desde la sombra del arbusto donde permanecía oculto. Lou, con sus ojos castaños de distintos tonos, con su extraño tinte perplejo, se sintió descubierta. "Es un tipo común", se dijo a sí misma, "pero conoce a las mujeres y los caballos a primera vista." Dijo en voz alta, con acento sureño:

—¿Cómo cree que se llevaría con sir Henry?

Lewis lanzó una mirada remota, atenta y fría sobre el joven barón. Rico era alto y apuesto, y sus caderas equilibraban bien su peso. Su cara larga era de rasgos definidos; el pelo peinado hacia atrás de la frente parecía tan bien cortado como su ropa, siempre impecable. No podía imaginársele con la cara sucia, raspado, sin rasurar, ni siquiera con barba o bigote. Su cara estaba perfectamente preparada para cualquier requerimiento social. Si le hubieran cortado la cabeza, como a san Juan Bautista, habría sido, en sí misma, algo completo que no echaría de menos, para nada, el cuerpo. El cuerpo vestía a la perfección. La cabeza era una de esas famosas "cabezas parlantes" de los jóvenes modernos, cejas con cierto aire mefistofélico, grandes ojos azules con un dejo de osadía y una boca curvada que incitaba febrilmente al beso.

Lewis, el palafrenero, miraba entre la mata de pelo caído y la barba, acechando como animal agazapado desde el matorral. Y Rico era aún suficientemente colonial para advertir, incómodo, el matorral; incómodo ante la atención de los ojos gris pálido, e incómodo de esta exhibición hombre-a-hombre característica de las

colonias democráticas y de Estados Unidos. Sabía que a fin de cuentas sería juzgado por sus méritos como hombre, sin sus antecedentes: como un colonial sin adornos.

La ausencia de antecedentes y este indefenso asunto hombre-a-hombre lo ponían a merced de todos los sirvientes y alteraba sus nervios. Porque *también* era un artista. Lo toleraba con cierta desesperación y pronto se tornaba rencoroso y resentido. Pero también carecía de esa *suffisance* a toda prueba de los ingleses. Sabía que debía defenderse solo, apelando a sus propios méritos sobre el universo. La democracia extrema de las colonias le había dado esa lección. Y Lewis reconoció en él al pequeño nativo. También reconoció la curiosa carencia hueca de Rico, el miedo a alguna carencia bajo su porte de joven y apuesto héroe.

—La llevará bien con cualquiera que avance la mitad del camino y ponga algo de su parte —dijo Lewis, con su modo galés de hablar, rápido e impersonal.

—¿Oíste, Rico? —dijo Lou con su sonsonete, volteando a ver a su marido.

—¡Perfectamente, querida!

—¿Estás dispuesto a encontrarte con St. Mawr a medio camino? ¿Hm?

—Cubriré *todo* el camino. Si la montaña no va a Mahoma...

¿Quién se atrevería a otra cosa?

Hablaba con sarcasmo risueño, algo retador.

—Vaya, creo que St. Mawr lo entenderá muy bien —dijo Lou con tono suave de mujer obsesionada por el amor. Y fue y puso las manos sobre los flancos del caballo: lisos, resbalosos y plenos de vida. La miraba de reojo, con la curiosa cabeza equina gacha, sus exquisitas y finas líneas apuntaban al frente, como culebras; sus orejas, un poco hacia atrás. Se encontraba en un estado de desconfianza total, como gato preparando el salto.

—St. Mawr —le dijo—, ¡St. Mawr!, ¿qué te pasa? Tú y yo la llevamos bien, ¿no es cierto?

Y mientras hablaba en voz baja acariciaba, soñadora, el cuello del animal. Pudo sentir su respuesta poco a poco. Pero no alzaba la cabeza. Y cuando Rico se acercó, retrocedió con un movimiento abruptamente rápido, como si hubiera estallado un trueno junto a sus cascos.

El palafrenero le dijo algunas palabras en galés con voz muy queda. Lou, asustada, se quedó con la mano levantada, suspendida. Iba a acariciarlo.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó.

—Lo han azotado varias veces —dijo el palafrenero con voz neutra—, no lo olvida.

Oía en el tono de Lewis un juicio imparcial. Y pensó en el lado flaco.

No se trataba de un lado flaco sino de una batalla entre dos mundos. Se dio cuenta de que St. Mawr respiraba cálidas bocanadas en un mundo diferente al de Rico, al nuestro. Tal vez los antiguos caballos griegos vivieron en el mundo de St. Mawr, y los antiguos héroes griegos lo conocieron, tal vez el mismo Hipólito. Con las cabezas equinas desnudas, algo parecidas a las de las serpientes por su modo de mirar, alzando los hocicos sensibles y peligrosos, se movían en un crepúsculo prehistórico donde todo relucía de manera fantasmagórica, todos en un solo plano, presencias repentinas propelidas repentinamente desde los orígenes. Era otro mundo, un mundo más viejo, con potencias más pesadas. Y en aquel mundo el caballo era veloz y fiero, supremo e indomeñable e insuperable.

—Avancen la mitad del camino —había dicho Lewis. Pero la mitad del camino desde nuestro mundo humano hasta el terrible crepúsculo equino no es un trecho corto. Y era una brecha que Rico nunca tomaría, lo sabía. Lo sabía, pero estaba dispuesta a sacrificar a Rico.

Compraron a St. Mawr y contrataron a Lewis. Al principio Lewis cabalgaba detrás de Lou en el Row, para controlar al caballo. Se comportaba perfectamente.

Phoenix, el mestizo indio, se sintió muy celoso al ver al palafrenero galés de pelo negro con St. Mawr.

—¿Qué clase de caballo tienes? —pregunto al otro, mirándolo con esa extraña mirada fija que no ve, desde sus negros ojos navajos, donde un destello indio vacilaba como una chispa sobre el caos oscuro. La cara de Phoenix, de altos pómulos, mostraba todo el misterio de la raza india desposeída, además del vacío producido por el trauma de la guerra. Pero, al mismo tiempo, tenía el carácter de la tribu de su madre, que no se doblega sino ante la muerte. Resultaba difícil descubrir el hilo sutil que aún lo ataba a los navajo y le hacía compartir todavía su destino con los hombres rojos.

Eran una curiosa pareja de palafreneros tras las dos damas estadounidenses, correctas sin dejar de ser extravagantes. La señora Witt y Phoenix cabalgaban con estribos largos y las piernas estiradas sobre sillas sin postillones. Phoenix formaba una sola figura con el caballo. No se separaba nunca de la silla: trotara o galopara parecía montar a pelo. Miraba a su alrededor a los otros jinetes del Row, la gente charlando en grupos tras la barandilla, los niños que paseaban con sus niñeras. Parecía contemplar un espejismo ante cuya realidad se mostraba incrédulo. Para él todo Londres era una suerte de espejismo oscuro. Sus ojos pardos, muy abiertos y de mirada nerviosa, no parecían ver las cosas cercanas, sus pequeñas pupilas resaltaban tras el blanco; se fijaban en algo lejano, miraba los desiertos pálidos de Arizona con destellos de luz móvil, el gran espejismo del oleaje sobre un lago seco, el enorme cuenco claro de la tierra y del cielo dilatándose bajo la luz variable. Y una enorme y portentosa

forma de caballo aparecía en el espejismo, como bestia prehistórica.

Para él, eso era lo real: el fantasma de Arizona. Pero este Londres, sobre el cual divagaban sus ojos, era un falso espejismo.

Se veía muy elegante con su atuendo de montar bien cortado; tan elegante, que podría ser la parodia de los nuevos ricos. Tal vez lo que emanaba de su ropa era la afirmación física de su ser mestizo; la afirmación física y salvaje de sí mismo. Sin embargo, parecía algo "vulgar": ruidoso y atropellado.

Excepto su cara. En la dorada suavidad de su cara india de huesos pronunciados, lampiña, casi sin cejas, había un gesto hueco, perdido, casi conmovedor. También en su mirada perpleja y vacía. Pero en sus pequeñas pupilas oscuras brillaba aún algo inquebrantable: la punta luminosa de una daga.

Era buen palafrenero, atento y rápido cuando se requería. Tenía sobre los caballos un poder rápido y extraño, sin emoción ni simpatía, poderoso y callado. Conducía de igual manera el coche de la señora Witt: atento, con el poder de su callada voluntad, la mirada vacía y brillante, calculando instintivamente todo, como si el tránsito de Picadilly fuera un enemigo. Le prodigaba la aguda atención de su América natal y le hacía sentirse en casa.

—Phoenix —le decía, volteando abruptamente en su silla, mientras atravesaban sobre los caballos la caseta de policía de la esquina de Hyde Park—, no sabes lo feliz que me hace tener algo completamente americano a mis espaldas cuando cruzo estas puertas.

Lo miraba con su peligrosa mirada gris como si lo dijera en serio, con énfasis rencoroso. Un esbozo de sonrisa llegaba hasta los altos pómulos de Phoenix, pero no respondía nada.

—¿Por qué, mamá? —decía Lou cantarína—. ¡A mí me parece todo tan cordial!

—Sí Louise, así es. ¡*Tan* cordial! Por eso desconfío tanto.

Y se lanzaba al Row a medio galope, bajo los verdes árboles; su cara de Medusa cincuentona era un arma desenvainada. Miraba fijamente todo y a todos, con ojos de fría dinamita a punto de ser detonada. Lou trotaba a su lado, grácil y elegante, casi divertida. Detrás venía Phoenix, como sombra; su cara cetrina y huesuda aún mostraba señales de enfermedad. Y a su lado, sobre el gran bayo lustroso, el pequeño galés de barba negra. Entre Lewis y Phoenix había una simpatía latente, cautelosa, no explícita. A Phoenix le impresionaba mucho St. Mawr, no podía apartar la vista de él. Y Lewis cabalgaba sobre el magnífico semental, de movimientos tan bellos, tan quietos: casi una insinuación. Lewis parecía el más oscuro de ambos hombres, sus cejas casi unidas a su barba. Era moreno, de nariz algo chata y ojos de tono gris claro, misteriosos, atentos a todo, sin que le importara nada. Nada en el mundo le importaba por el momento sino St. Mawr. No le importaban las personas. Galopaba sobre St. Mawr y veía al mundo desde tan privilegiada perspectiva con rotunda indiferencia.

—¿Has estado mucho tiempo con este caballo? —preguntó Phoenix.

—Desde que nació.

Phoenix miraba actuar a St. Mawr en marcha. El bayo se movía entre el río de jinetes con orgullo, flexible, pero con perfecta sensatez. La mañana de junio era bella, el follaje espeso y verde se alzaba sobre las cabezas; el aire traía las primeras ráfagas aromadas desde las arboledas. Pero si la ciudad era casi una pesadilla para Phoenix, para Lewis era casi una prisión. La presencia de gente alrededor le producía el efecto de una prisión.

La señora Witt y Lou daban vueltas al extremo del Row, agachaban la cabeza para saludar a unos conocidos, los palafreneros se orillaban. La señora Witt miró con ojos fríos a Lewis.

—Me parece extraordinario, Louise, ver a un palafrenero con barba.

—No es común, mamá. ¿Te molesta? —preguntó Lou.

—No, para nada, creo que no. Estoy harta de estos jóvenes modernos, lampiños, *mucho*. El muchacho limpio y puro, ya sabrás. ¿No te aburren? No, creo que un palafrenero con barba es bastante atractivo.

Miró desafiante a la multitud, con firmeza guerrera apoyaba en el estribo la punta de su pie finamente calzado. Luego, frenó su caballo y volteó hacia los hombres.

—Lewis —dijo—, quisiera hacerle una pregunta. Supongamos que lady Carrington le pidiera que se rasurara la barba, ¿qué le diría? Instintivamente, Lewis se llevó la mano a la mentada barba.

—Ya me han pedido que me rasure antes, seño²² —contestó—, pero no lo he hecho.

—¿Por qué?, dígame la razón.

—Es parte de mi ser, señoras

La señora Witt enfiló nuevamente su caballo.

—¿No es extraordinario, Louise? —dijo—. ¿No te encanta su manera de decir "seño"? Suena tan inverosímil. ¿Alguna mujer podría verse a sí misma como "madame"? ¡Nunca! Ya no, desde tiempos de la reina Victoria. Pero nunca se me hubiera ocurrido que una barba fuera parte del ser de un hombre. Siempre me pareció que los hombres usaban barba como usan corbatas: para lucirse. Siempre recordaré a Lewis porque afirma que la barba es parte de su ser. ¿No te parece curiosa su manera de montar? Parece

²² *Mam*, en inglés. Se usa como abreviación de *Madam*, por lo cual lo traduje como seño.

fundirse con el caballo. Cuando le hablo, nunca estoy segura de si le hablo a un hombre o a un caballo.

Días más tarde, Rico apareció en la cabalgata matutina montado sobre St. Mawr. Montaba a conciencia, como hacía todo lo demás, y parecía un poco nervioso. Pero su suegra fue benévola. Lo obligó a cabalgar entre ella y Louise, como tres barcos navegando y avanzando lentamente.

Y ese día, ¿quién pasó por el parque en un carruaje abierto? ¡La reina madre! La muy querida reina Alexandra: se sintió un estremecimiento general. Y saludó a Rico, expresamente, con la cabeza, sin duda confundiénolo con otra persona.

—Sabes —dijo Rico mientras él, Lou y la señora Witt almorzaban en el salón oscuro de la señora Witt, en el hotel Mayfair—, realmente disfruté *tanto* la cabalgata con St. Mawr. En verdad es un animal noble. Si alguna vez me hacen lord, ¡Dios no lo permita!, seré Lord St. Mawr.

—¿Quiere decir eso que su real Señoría será un caballo? —preguntó la señora Witt.

—Es muy posible, lo admito —dijo Rico curvando su largo labio superior.

—¿No crees que St. Mawr *tiene* algo muy noble, mamá? A mí me da la impresión de ser la primera cosa noble que conozco —dijo Lou.

—Nunca he visto, ciertamente, a ningún *hombre* que pueda comparársele. Porque los nobles ingleses... ¡vaya!, si buscara lo que yo llamo nobleza, sería preferible hurgar entre los garroteros de tren negros.

El pobre Rico estaba cada vez más enfadado. Un demonio estaba posesionado de la señora Witt. En su interior había un demonio duro y astuto, y parecía poder liberarlo a su antojo.

Y al día siguiente, cuando Rico y Lou se unieron a ella en el Row, lo liberó. Era terrible con los caballos: sin decirlo, los dominaba a voluntad. De pronto se arrimó a la cerca, delante de

St. Mawr, y el caballo tuvo que retroceder para poder pasar. Luego, cuando tuvo la vía libre, se lanzó de repente al galope en un arranque brusco, y el semental agitado se lanzó tras ella. El parque entero parecía tenso esa mañana. Tal vez una tormenta se cernía en el aire. Pero St. Mawr seguía caracoleando y arrimándose, se orillaba sobre la cerca para terror de los niños y espectadores, que gritaban de pronto y saltaban hacia atrás, poniendo al caballo más nervioso que si escuchara un estallido de cohetes. Retrocedía y luchaba cuando Rico jalaba las riendas. Avanzó caracoleando, cabeceando, ladeándose, poseído por una legión de demonios perversos. La cara del pobre Rico era cada vez más desencajada y agria. Sintió nacer en él una furia casi incontrolable. Odiaba al caballo y, con saña, intentaba forzarlo a un trote tranquilo y recto. St. Mawr se elevó sobre las patas traseras, para terror del Row. El freno le había alcanzado los dientes y comenzó la lucha.

Pero Phoenix, astuto, iba delante.

—Bájate, Rico —dijo la señora Witt, con toda la calma de su regocijo malévolo.

Y antes de saber qué pasaba, Rico saltó ligero a tierra y detenía las riendas del caballo, que retrocedía.

También Phoenix desmontó ligero y corrió hacia St. Mawr, dándole sus riendas a Rico. Y comenzó la danza, el caracoleo, el retroceso, los cascos hundiéndose en la tierra. St. Mawr se portaba caprichoso. Pero Phoenix, sin que el conflicto asomara en su rostro indiferente, se afianzaba inmóvil, sin emoción y se mantuvo montado sólo gracias a una voluntad impersonal que pesaba todo el tiempo como un lastre sobre el caballo. Tenía un regocijo curioso, bárbaro, tal vez una voluntad desnuda y oscura, desprovista de emoción y de sentimientos personales.

Tuvieron su pequeña función en el Row; duró casi cinco minutos, con el retroceso y la lucha del magnífico caballo. Rico, con

expresión congelada y cara larga, avanzó sobre el caballo de Phoenix y se retiró a prudente distancia. Llegó la policía, diligentes policías montados dispuestos a controlar la situación. Pero era evidente que Phoenix, desapegado y al parecer sin esfuerzo, metería al orden al caballo con su voluntad bárbara y poderosa.

Y lo logró, y llevó al animal hasta su casa. Se le solicitó a Rico que no volviera a montar a St. Mawr en el Row, pues el semental era un peligro para la seguridad pública. Las autoridades ya se habían enterado de su historial.

Y ése fue el primer fiasco de St. Mawr.s

—No nos fue tan bien esta mañana con su Señoría —dijo la señora Witt, triunfante.

—No, no disfruté para *nada* su compañía —replicó Rico con furia. Quería que Lou vendiera el caballo.

—Dudo que nadie lo compre, querido, al parecer es un sujeto de mala fama.

—Entonces regálalo. Dáselo a tu madre —dijo Rico, venenoso.

—¿Por qué a mi madre? —preguntó Lou ingenuamente.

—Tal vez ella sea capaz de tratar con él... ¡o él con ella! —la última frase era lapidaria y, tras pronunciarla, Rico se retiró. Lou no salía de su desconcierto. Se quedaba con frecuencia perpleja, incapaz de ver o sentir nada con claridad. Caía sobre ella una curiosa mortandad, como el roce primero de la muerte. Como si una nube de adormecimiento y mortandad se interpusiera entre ella y toda su experiencia callada.

¿Por qué? No lo sabía. Pero sentía que, de alguna manera, derivaba de la batalla de voluntades entre su madre, Rico, ella misma: siempre una batalla inconsciente y soterrada de voluntades que poco a poco la adormecía y paralizaba. Sabía que Rico no tenía hacia ella sino sentimientos bondadosos. Sabía que su madre se preocupaba por cuidarla. Y sin embargo, había esta tensión

permanente de voluntades que la hundía en el letargo. Como si Rico estuviera siempre enojado a pesar de su apariencia "encantadora". Y el enojo de la señora Witt era orgánico. Eran, pues, un par de bombas programadas para explotar tarde o temprano y que, mientras tanto, sonaban como dos metrónomos comunes. Se había dado cuenta cabal de algo: el enojo de Rico se enroscaba en el fondo de su ser como un resorte de acero que no dejaba de trabajar, a pesar de que se portara "encantador": una bomba de tiempo tras dibujos de Sévres o figurillas de Dresde. Pero en su encanto mismo había cierta furia y su amor era destructivo en sí mismo. No podía remediarlo.

¿Y ella? Tal vez era bastante parecida. Ovillada sobre sí misma gozaba siendo "adorable". Pero bien en su interior había una tensión enroscada que, como ya había notado, era realmente cierta furia. Ése era el verdadero resorte que la hacía girar alrededor de sus "júbilos".

Solía gozar de la tensión y del *élan* que le provocaba. Mientras no lo reconocía. Siempre y cuando reconociera que este *élan*, esta tensión y entusiasmo de "disfrutar" eran la vida y la felicidad. Ahora, de pronto, desconfiaba de toda la función. Le atribuía el letargo raro que se había apoderado de ella y que le impedía sentir cualquier otra cosa.

Quería desatarse. Quería escapar de esta lucha de voluntades. Sólo a través de St. Mawr se insinuaba tal posibilidad. Era tan potente, tan peligroso. En sus ojos oscuros de pupila café, nublada —una nube dentro de un fuego oscuro, como un mundo más allá de nuestro mundo— brillaba una vitalidad oscura, y en ese fuego había sabiduría de otra clase. Estaba segura de esto: incluso cuando hacía las orejas para atrás, mostraba los dientes y sus grandes ojos lanzaban centellas desde su cabeza equina y desnuda, o cuando veía legiones de demonios en el caos de sus ojos terribles.

¿Por qué le parecían el telón vivo tras el cual deseaba ocultarse? Cuando movía la cabeza hacia atrás y relinchaba desde lo hondo de su pecho, resonando como hondas campanadas de viento profundo, le parecía oír ecos de otro mundo más oscuro, más amplio, más peligroso, más espléndido que el nuestro, fuera de su alcance. Y allá quería ir.

Guardó celosamente el secreto. Porque Rico se habría limitado a levantar su largo labio superior con una mueca condescendiente de "entendimiento" en la cara lampiña. Y su madre, como de costumbre, habría sospechado que daba pasos en falso. La gente que conocía, toda, estaba acartonada en su mundo "pasársela bien". Sus voluntades, como maquinarias, se concentraban en la felicidad, la diversión, lo-mejor-de-lo-mejor: el dejo lóbrego del júbilo adormecía su sangre.

No podría creer ya en el mundo donde vivía, tras haber visto a St. Mawr relucir, fiero y terrible, en una oscuridad ajena. No creía que las cosas sucedieran en la realidad cuando bailaba por la tarde en casa de los Claridge o por la noche en el Carlton, desliziéndose con algún hombre joven y suave que no le parecía, para nada, un hombre. Ni el fin de semana con los Enderley en Sussex —platicar, comer y beber, coquetear, bailar y más bailar—: le parecía todo más incorpóreo y, por alguna razón extraña, más inverosímil que cualquier cuento de hadas. Le parecía alimentarse en mesas mágicas salidas de la nada mediante un conjuro, por un encantamiento. Le parecía hablar con guapas irrealidades lampiñas, no con hombres: al deslizarse con ellos en un baile perpetuo, parecían conjurados desde la nada sólo para este giro, este deslizamiento que requiere el baile. Y tampoco estaba convencida de que no retornarían a la nada, disolviéndose, convirtiéndose en una nada completa cuando se apagarán las luces. ¡La carencia total de ser, en todo! Todo era un conjuro, nada era real. "¿No es lo-mejor-de-lo-mejor?", afirmaban con aplomo, como

almas en pena deleitadas, sin sustancia genuina. Y a su vez, ella afirmaba: "¡Tan divertido!"

Gracias a Dios, terminaba la temporada y todos abandonaban Londres. Ella y Rico irían a Escocia, pero no hasta agosto. Por el momento, irían con su madre.

La señora Witt había conseguido una cabaña en Shropshire, en la frontera con Gales, y se había mudado con Phoenix y los caballos. Los montes cubiertos de brezos y arándanos eran excelentes para galopar.

Rico accedió a pasar un mes en Shropshire porque la señora Witt tenía por vecinos a los Manby, en Corrabach Hall. Los Manby eran australianos ricos instalados con toda pompa, como hacendados en su antiguo terruño. Rico los había conocido en Victoria: eran de buena familia y las hijas le hacían muchos aspavientos.

Así que Lou, Rico, Lewis, Poppy y St. Mawr se dirigieron a Shrewsbury y luego al campo. La "cabaña" de la señora Witt era una alta casa estilo georgiano, de ladrillo rojo, frente a un cementerio y una enorme iglesia, recortada y oscura señoreando todo.

—Nunca me imaginé que fuera tan cómodo tener lápidas bajo las ventanas del salón y entierros a la hora del almuerzo —dijo la señora Witt.

Y de veras disfrutaba, con raro placer, al sentarse en su cuarto recubierto de madera pintado de gris, y mirar al vicario o a alguno de los clérigos officiar junto a las tumbas, entre los deudos provincianos enlutados, que utilizaban con profusión pañuelos bordados con festones negros.

—¡Mamá, me parece horrible!

El cuarto de Lou estaba en la parte trasera, se veía el jardín cercado y los establos. Sin embargo, el ¡dong; ¡dong! de las

campanas fúnebres y el repique y llamado de los domingos recordaban que vivían ciertamente a la sombra de una iglesia. Una sombra bien sonora, que se hacía oír con vehemencia.

El vicario era un hombre alto, nudoso y gordo, de buen talante. Era un caballero y hombre educado, en su esfera. Pero hacía notar la señora Witt que la consideraba una pequeñez —como una americana advenediza, una yanqui— aunque nunca fuera yanqui: al mismo tiempo, le tenía un respeto sincero, pues era una mujer rica. Sí. un sincero respeto por la mujer rica.

Lou sabía que todo inglés, los de la clase alta sobre todo, sentían un respeto absoluto por la riqueza; pero, ¿quién no lo siente?

Al diácono le *impresionaba* más la señora Witt que la pequeña Lou. Era encantador con lady Carrington: "ella es *casi* una de las nuestras", ya sabrán. Y era muy amable con Rico: "el espléndido servicio de tu padre a las colonias".

La señora Witt tenía ahora una nueva comparsa para divertirse: la casa georgiana, su propio reclinatorio en la iglesia —incluido con la casa—, el pueblo con techos de teja, algunos con hierro corrugado sobre el tejado, la gente de las cabañas, los granjeros y sus familias y algunos forasteros, muy pocos; el terrible grupito formado por los habitantes del Mile End, famoso por sus malas costumbres. Los habitantes del lugar eran todos Allison y Jephson, casados entre sí, según contaba el vicario, resultado de haber trabajado durante siglos en el Quarry y de su vida aislada en el Mile End.

¡Aislados! Imagínense, a apenas media milla de distancia de la vía del tren, a diez millas de Shrewsbury. La señora Witt pensó en Texas y dijo:

—Ciertamente están *muy* aislados, ¡hasta allá! Pero el diácono no sospechaba, ni por un momento, el sarcasmo. Pero tenía una función completa: la vida de una aldea inglesa. Hasta los

mineros, llegados para quebrar la armonía algo tiesa y malsana. Cuando se aparecía por la calle, todos los hombres llevaban la mano a la gorra al verla y las mujeres hacían una leve reverencia: los niños se apartaban.

Eran pobres nuevamente: tras la gloriosa guerra a los trabajadores ya no les alcanzaba el dinero ni para tomarse un vaso de cerveza por las tardes.

—Eso me parece de veras terrible —dijo la señora Witt—. No poder salir de esas cabañas tiesas, miserables y pintorescas siquiera una hora por las noches, para tomar un vaso de cerveza.

—Sí, lástima, estamos de acuerdo, señora Witt. Pero el señor Watson ha organizado un salón de lectura para hombres, donde pueden ir a fumar, jugar dominó o leer, si así lo desean.

—Pero nunca será igual de acogedor que el salón de La Luna y las Estrellas —dijo la señora Witt.

—De acuerdo, no es lo mismo —concedió el vicario.

La señora Witt fue a "La luna y las estrellas" y pidió al dueño un vaso de sidra.

—Deseo que estos pobres trabajadores tomen su vaso de cerveza en las noches —dijo con su acento americano.

—También ellos lo desean —dijo Harvey.

—Entonces, deben tenerlo.

Se les ocurrió entonces que ella comprara un barril grande cada semana; el dueño vendería a los trabajadores vasos a un centavo.

—Mi país también está seco —afirmó—. Pero no es porque no *podamos* hacer el gasto.

Cuando Lou y Rico llegaron, ya estaba compenetrada de todo. Pero no interfería: el barril de cerveza fue su único acto público.

Pero ya conocía a todos de vista y *sabía* vida y milagros de todos. Y había asistido a una reunión piadosa, a una de madres, a una sesión de costura, a una reunión "social", a una de la doctrina dominical, a una de misioneros y a la fiestecita

dominguera. Ignoraba las mediocres capillitas baptista y de Wesleyan; era episcopal de una pieza.

—¡Qué extrañas son estas viejas aldeas pintorescas, Louise! —dijo con una sombra sobre su aguda y bien comportada nariz—. Todo parece tan *fácil*, todo tiene un patrón definido. ¡Tan falso! Y, bajo la superficie, ¡tan corrupto!

Lanzó una mirada de soslayo triunfante y extraña, y su cara parecía agitarse con extrañas arrugas diabólicas.

Lou se retraía. Comenzaba a tener miedo de la curiosidad insaciable de su madre, siempre buscando culebras bajo las flores. O urracas, mejor dicho.

Siempre un interés malsano por las demás personas, sus andanzas, su vida privada, su ropa sucia. Siempre el mismo aire alerta ante los acontecimientos personales, personalidades, personalidades, personalidades. Siempre esa crítica sutil y juicio sobre los demás, ese análisis de sus motivos. Si la anatomía presupone un cadáver, la psicología presupone un mundo de cadáveres.

Personalidades, lo cual presupone crítica personal y análisis, presupone un laboratorio de psiques humanas en espera de la vivisección. Si se corta algo, apesta, por supuesto. Por lo tanto, la psicología humana, en última instancia, no puede sino desprender un hedor infernal.

La señora Witt era una psicóloga pura, una psicóloga infernal. Y Rico, a su modo, también era psicólogo. Pero él tenía su fórmula: "Debe conocerse lo peor, querida. Pero hay que verle el lado bueno, creer lo mejor".

—El diácono es un viejo sin igual, adorable —dijo Rico durante el desayuno.

Así comenzaba. Se habían iniciado las faenas de la vivisección psíquica en el laboratorio.

—Sí, es maravilloso —dijo Lou, vaga.

—¡Tan encantadoramente mundano! "Algunos de nosotros no venimos al mundo con dinero, mi estimado muchacho. Por suerte, nos es dado casarnos con él"—. La mueca de Rico era incomparable.

—¿La señora Vyner es muy rica? —preguntó Lou.

—Lo es, una mujer bastante rica... en carbón —dijo la señora Witt—. Pero el vicario debe valer su peso en oro. Y es bastante robusto. Me imagino que tenerle por esposo debe ser una gran satisfacción.

—¿Por qué, mamá?

—¡Ah, tal presencia! Uno de esos viejos ingleses a quienes nadie puede engañar. No puedo imaginarme a la esposa pidiéndole siquiera que le ensarte la aguja. ¡Después de todo, *tan robusto*! Tan diferente a los *jóvenes* ingleses, que parecen todas damas, damas perfectas.

—*Alguien* debe conservar la tradición de las damas perfectas —contestó Rico.

—Lo sé —dijo la señora Witt—. Y si las mujeres no se prestan, los jóvenes caballeros deben asumir la tarea. La cumplen bastante bien.

Estaban en pleno apogeo, a la orden del día. Y la pobre Lou se quedaba estupefacta ante el juego, confusa acerca del papel que le correspondía.

Rico y la señora Witt eran enemigos mortales, pero ninguno se rendía. Su duelo y su dueto eran tan implacables que parecía que eran ellos los casados.

Pero Rico comenzó de inmediato su ronda social: primero los Manby; luego veinte millas en coche para almorzar con lady Tewkesbury; luego el joven señor Burns llegó de Chester, piloteando su propio avión; luego debían ir en barco de motor hasta la casa de sir Frederick Edwards, donde se reunirían para nadar bajo la luz de la luna. Todo le parecía a Lou intensamente emocionante y tan intrínsecamente fatigoso.

Y tras todo esto, resplandeciente como hoguera en la oscuridad, estaba St. Mawr. Era realmente fastidioso ser dueño de tal caballo. Inquietaba a las yeguas, rondándolas siempre si compartían la misma caballeriza. Y peleaba con los otros caballos, con instinto asesino. Tenía que permanecer aislado.

—Ese St. Mawr es mal caballo —decía Phoenix.

—Tal vez —decía Lewis.

—¿No te gustan los caballos tranquilos?

—Casi todos los caballos *son* tranquilos. St. Mawr es diferente.

—¿Por qué no tiene potrillos?

—Creo que no quiere. Como yo.

—¿Y para qué sirve un caballo así? Mejor mátenlo, antes de que él mate a alguien.

—¿Y de qué serviría matar a St. Mawr?

—¿Y si él mata a alguien? No hubo respuesta.

Los dos hombres vivían arriba de los establos y Lou los veía, con frecuencia, desde su ventana. Eran un par de hombres callados, pero ella estaba muy consciente de su presencia; consciente de los hombros de Phoenix, algo cuadrados y altos, de su pelo lacio, suave y grueso, con tendencia a encrespase sobre su coronilla cuando pasaba, rápido, de una labor a otra. No era flojo, pero hacía todo con cierta deferencia, con cierta distancia y manejaba a sus caballos con cuidado, cautela e inteligencia, pero sin simpatía. Siempre parecía retener algo, inconscientemente, como si guardara un secreto en el fondo de sí mismo. Pero era un secreto de *voluntad*. Sus movimientos eran pausados y retraídos, como si nunca quisiera hacer realmente nada; sus zancadas largas de paso plano; el reto permanente de sus pómulos altos, el destello indio de sus ojos y su peculiar mirada, que observaba sin ver, causaban antipatía entre la servidumbre femenina.

Y a pesar de todo, las mujeres ejercían cierta fascinación sobre él: miraba a las criadas jóvenes y guapas con mirada intensa y

hueca cuando no se daban cuenta. Pero era algo pesado, dominante, y ellas lo resentían. A Lou le resultaba evidente que se consideraba amo, no sirviente. Cuando coqueteaba con las criadas, y lo hacía con frecuencia, era con cruda ostentación que parecía a propósito para hacerlas sentirse despreciadas, como sirvientas inferiores, aunque admiradas por sus hermosos encantos, como frescas chicas campesinas.

—Ese Phoenix me pone muy nerviosa —decía Fanny, la de pelo rubio—. Siento que si pudiera me haría algo.

—Conmigo que ni lo intente —dijo Mabel—, le arranco los ojos descarados. Descarado. Sólo eso. No es nadie... común, como todos los demás.

—Te hace sentir que estás allí para que te pisotee —dijo Fanny. —¡Por Dios!, si *serás* blanda. Si alguien es blando, es él. Fanny, no tienes derecho a permitir que un tipo te haga sentir *así*. Tú debes hacerlos sentir a ellos que ellos son basura sobre la cual caminas: eso es lo que son.

Pero como Fanny, la rubia pequeñita, era tímida, no le cuadraba el papel de pisoteadora. Y Phoenix la ponía de veras nerviosa. Y a él le encantaba. Cuando la molestaba, una sonrisa invisible parecía subir hasta sus pómulos y en sus ojos asomaba un destello. Su presencia misma la atormentaba, y él lo sabía.

Llegaba en silencio cuando estaba ocupada y se paraba tras ella, completamente quieto, y ella no se daba cuenta de su presencia. Luego, en silencio, *hacía* que se diera cuenta. Volteaba, nerviosa y al verlo, gritaba.

Un día Lou presenció este jueguito. Fanny limpiaba un cuenco de grosellas, sentada en una banca, bajo el arce del rincón del patio. No volteó, hasta que tomó el cuenco para llevarlo a la cocina: se oyó el ruido del cuenco y un grito.

Cuando Lou salió, Phoenix, agachado y en silencio, recogía las grosellas y la pequeña sirvienta, sonrojada y temblorosa, las ponía en otro cuenco. La espalda de Phoenix parecía sonreír.

—¡Phoenix! —dijo Lou— ¡Por favor, no asustes a Fanny!

Volteó a verla y ella vio un dejo de ridículo en sus ojos.

—¿Quién?, ¿yo?

—Sí. tú. Te paras detrás de Fanny para asustarla. No debes nacerlo.

Y se levantó despacio y se hundió en su silencio peculiar e invisible. Sus ojos miraron a Lou sólo un segundo y ella vio furia fría y un destello de malevolencia y desdén. No toleraba recibir órdenes o reprimendas de una mujer.

Pero era peor cuando lo hacía un hombre.

—¿Qué pasa, Lou? —preguntó Rico, apareciendo muy apuesto en escena, con pantalones blancos y una camisa de seda color durazno.

—¡Le decía a Phoenix que no debe molestar a Fanny!

—¡ Ah! —y la voz de Rico se transformó de inmediato en la de su padre, el connotado servidor de gobierno—. ¡Claro que *no*, por supuesto que *no*! —miró el cuenco roto y las grosellas regadas. Fanny se echó a llorar—. ¡Supongo que esto, en parte, es el resultado! Verás Phoenix, debes dejar en paz a la sirvientas, absolutamente. Les pediré que me avisen cada vez que interfieras con ellas, si *alguna* vez se repite. Pero espero que no sucederá. De *ninguna* manera. ¿Entiendes?

A medida que Rico se transformaba, cada vez más, en sir Henry y en el funcionario imperial, Lou sentía que sus huesos se descoyuntaban de incomodidad. Phoenix se quedó parado con un silencio raro, una sonrisa invisible, hasta los pómulos.

—¿Entiendes de qué te estoy hablando? —preguntó Rico con un tono cada vez más agrio.

Phoenix seguía tieso, como si su propia voluntad le sirviera de trinchera; y miraba a Rico con una sonrisa indefinible en la cara y un destello en los ojos.

—¿No tienes intención de responder? —el labio de Rico formó una curva terrible.

—Mi patrona es la señora Witt —respondió Phoenix.

Del cuello de Rico subió una oleada roja hasta la cara, sus ojos se ensombrecieron. Luego, de pronto, su rostro se puso amarillo. Lou miró a ambos hombres: su marido, cuyas furias, controladas, eran orgánicamente tan terribles; el mestizo, en cuyos labios morenos se extendía una vaga sonrisa de desdén, pero en cuyos ojos luchaban la cautela y el odio. Se dio cuenta de que Phoenix aceptaba su reprimenda o la de su madre porque las menospreciaba a ambas, por ser mujeres. Pero la actitud autoritaria de Rico, le movía al asesinato puro y simple. Tomó a su marido del brazo.

—Ven, querido! —dijo con tono casi suplicante—. Estoy segura de que Phoenix entiende. Todos entendemos. Fanny, ve a la cocina deja las grosellas, en el jardín hay muchas más.

Rico siempre agradecía, pronto y sumiso, ser salvado de su propia ira. La temía. Temía lanzarse contra el palafrenero de manera incontenible. Le aterraba tan sólo pensarlo. Pero se había visto muy cerca de ello.

Se alejó tieso, su propia furia lo paralizaba. Y las palabras "Mi patrona es la señora Witt" caían sobre su cerebro como ácido.

¡Qué insulto!

—Por cierto, *belle-mère*...²³ —dijo cuando se reunieron con la señora Witt, quien odiaba que la llamara así y una vez le dijo: "si soy la yegua, ¿dónde están mis potros?" También odiaba su voz de furia aplacada—. Tuve que llamarle la atención a Phoenix por

²³ *Belle-mère*. Suegra, en francés. Por asociación sonora, en inglés *mare* es yegua y *bell* campana. Lawrence usará este juego nuevamente en las siguientes páginas.

perseguir a las sirvientas. Se tomó la libertad de informarme que usted es la patrona, tal vez convenga que hable con él.

—Lo haré, claro. Son mis sirvientas, me parece, y sólo mías, mi deber es cuidarlas. ¿A quién perseguía?

—Yo tuve la culpa, mamá —intervino Lou.

Rico desapareció en ese momento. Tenía que salir, alejarse de la casa. ¿Cómo? El automóvil tenía algún desperfecto. Pero debía irse, alejarse. Iría a Corrabach. Montaría a St. Mawr. Había presumido al caballo y Flora Manby se moría por conocerlo. Había dicho: "No puedo esperar, tengo que conocer tu maravilloso caballo".

Iría con él. Sólo eran siete millas. Encontró a Elena, la sirvienta de Lou, y la mandó para que avisara a Lewis. Mientras tanto, para tranquilizarse, vistió con esmero un pantalón de montar blanco y una camisa de crepé de seda púrpura, una amplia corbata negra con lunares rojos, como catarinas, y botas negras. Luego tomó un sombrerito blanco, tan *chic*, con toquilla negra. St. Mawr estaba listo y ensillado, Lewis había ensillado otro caballo.

—Gracias, Lewis, iré solo —dijo Rico.

Era la primera vez que montaba a St. Mawr en el campo y estaba nervioso. Pero también lo aquejaba el infierno de una furia apaciguada. Ocuparse con cuidado de su atuendo no lo había apaciguado, realmente. Así que su nerviosismo abrevaba de su furia.

Montó de un solo impulso ciego y brusco. St. Mawr retrocedió.

—¡Basta! —gritó Rico, al encaminarlo hacia la cerca.

En la calle del pueblo, el caballo caminaba hacia los lados. Quería caracolear por la banqueta; para gran terror de los niños. Rico, exasperado, lo conducía hacia el otro lado. Pero no, se negaba a caminar por el centro de la calle. Comenzó a caracolear

y a arrimarse a la otra banqueta; los aterrados peatones entraban a las tiendas.

Se le había metido el diablo. A cada vuelta caminaba por donde no debía y equivocaba la dirección. Retrocedió con pánico ante un camión de mudanzas. *Insistía* en ir por el lado contrario del camino. Rico lo montaba sobre una martingala y podía verle los ojos agitados, inyectados de sangre.

—Maldita sea, *avanza* —dijo Rico, y le encajó las espuelas.

Se lanzó por el camino como un trueno. Hacía calor, en el aire se cernía una tormenta, así que Rico se acaloró pronto. Se sostenía firme, con los ojos fijos, todo el tiempo intentaba controlar al caballo. Tenía miedo, realmente, de que el bruto se detuviera de pronto mientras galopaba; cuidando esto, no le importó pasar la entrada de Corrabach.

St. Mawr volaba, en una especie de *élan*. Maravillosos, el poder y la vida de la criatura. Había un gozo grande y real en su movimiento. Si tan sólo galopara más lejos de la orilla, sin parecer siempre a punto de arrancarse de encima a Rico. Por suerte, el camino estaba vacío. ¡Galopar y galopar, con este terrible galope, hacia la eternidad!

Tras varias millas el caballo atenuó la carrera, y Rico pudo hacerle entrar a una vereda que tal vez llevara a Corrabach. Después de todo, la cabalgata había sido maravillosa. St. Mawr podía lanzarse como el viento, pero con ese oleaje de vida pesado y lujurioso que no tiene igual sobre la tierra. Parecía llevarlo a uno, de golpe, a otro mundo, lejos de la vida regida por los nervios.

Así llegó Rico a Corrabach, después de todo, casi como un conquistador. Sudaba, igual que el caballo. Pero era un héroe, llegado de un mundo lejano y heroico.

—¡Ah, que calurosa cabalgata! —dijo al entrar al prado de Corrabach Hall—. Entre el caballo y el sol, de veras: ¡entre dos fuegos!

—Note preocupes, te ves magnífico, algo acalorado y sonrojado —dijo Flora Manby—. Vamos a ver tu caballo.

Y su exclamación fue:

—¡Ah, es *adorable*! ¡Es *bello*! Me gustaría probarlo en alguna ocasión.

Rico decidió aceptar la invitación de pasar la noche en Corrabach. Por lo general era cuidadoso y se negaba a quedarse, a menos que Lou estuviera con él. Pero llamaron a la oficina de correos de Chomesbury: ¿podría el señor Jones hacer el favor de enviar a lady Carrington el recado de que sir Henry pasaría la noche en Corrabach Hall y regresaría al día siguiente? El señor Jones recibió la petición con diligencia zalamera y dijo que llevaría personalmente el mensaje a lady Carrington.

Lady Carrington estaba en el jardín tapiado de la casa de la señora Witt, cuya propiedad colindaba con el cementerio.

—Nunca imaginé, Louise, que tendría un viejo cementerio inglés por caballeriza, jardín y parque, ni que los dolientes deudos fueran mi coto de caza. Es curioso, por primera vez los entierros me parecen algo real. Hasta podría escribir un libro sobre el tema.

Pero Lou sólo lograba sentirse intimidada.

Tras la casa había un patio ralo, con establos, un arce y grandes puertas que abrían hacia la calle del pueblo. Del otro lado, en cambio, había un jardín cercado con árboles frutales y arbustos de grosellas, un gran macizo de ruibarbo y algunos de flores: peonías, rosas moradas, clavellinas. Phoenix tenía ciertamente gusto por la jardinería y estaba allí, desyerbando las zanahorias o atando las lechugas. No era flojo, pero no tomaba su trabajo

con la seriedad de un jornalero. Le entretenía atar, una por una, las lechugas: lo hacía muy bien. Pero si le aburría, abandonaba la tarea, encendía un cigarro, se paraba en el umbral de las grandes puertas a ver atento la calle, aunque completamente indiferente.

Tras la salida de Rico y St. Mawr, Lou se fue al jardín. Vio a Phoenix trabajando en el macizo de cebollas. Estaba agachado sobre su propio silencio, ocupado con dedos expertos y entretenidos en las cebollas tiernas, parecidas al pasto. Pensó que no la había visto, así que tomó la otra vereda hasta donde estaba una hamaca, colgada de los manzanos. Allí se sentó con un libro y varias revistas. Pero no leía.

Meditaba de manera vaga. Se sentía vagamente feliz de que Rico se hubiera alejado durante un rato. Vagamente la acometió un sentimiento de amargura, de absoluta futilidad: la absoluta futilidad de su vida. Esto la hizo naufragar a la deriva en un mar de congoja pura. Rico le parecía la suma de la futilidad. Se daba cuenta vagamente de que existía algo más, pero no sabía dónde ni qué era.

A la distancia podía ver la cabeza oscura y algo alargada de Phoenix; su pelo negro, fino, lleno de intensidad viva, tendía a erizarse, como púas muy finas y negras. El pelo —pensó— lo denuncia como un animal de especie distinta. Se había aburrido un poco de entresacar las cebollas: también se notaba. Muy pronto requeriría otra diversión.

En ese momento apareció Lewis. Era pequeño, lleno de energía, con piernas algo arqueadas de paso ligero y contoneado. Llevaba pantalones kaki de montar, calzoneras de cuero y una camisa azul. Como Phoenix, rara vez se cubría la cabeza. Partía su pelo negro a un lado de la cabeza y lo peinaba liso, pero caía sobre el lado derecho. Era muy largo, un verdadero mechudo de limpieza bajo el cual asomaban las cejas oscuras y fijas.

—¿Has visto a lady Carrington? —preguntó a Phoenix.

—Sí, está sentada allá, en la hamaca. Está allí hace rato.

¡El condenado la había visto desde que llegó!

Lewis se acercó, buscándola con la mirada gris pálida bajo la mata de pelo.

—El señor Jones, de correos, desea verla, mi lady, trae un recado de sir Henry.

Bastó para que la alarma se posesionara un instante del alma de Lou.

—¡Ah!, ¿quiere verme personalmente? ¿Qué recado trae? ¿Ocurre algo? —su voz recalcó la última palabra con cierta aprehensión defensiva.

—No creo que suceda nada —dijo Lewis reconfortante.

—Ah, ¿no lo cree? —su voz sonó aliviada. Y luego miró a Lewis con una breve sonrisa encantadora bajo sus ojos disparejos—. Como sabe, tengo mucho miedo de St. Mawr.

Su tono era dulce y juguetón. Phoenix oía, apartado.

—St. Mawr no hace nada si no le hacen nada —respondió Lewis.

—Estoy segura, ¿pero cómo saber que no se le hace nada? Dígale al señor Jones que venga para acá, por favor —concluyó en otro tono.

...

El señor Jones tenía cuarenta y cinco años, era robusto, su cutis era fresco y sus ojos pardos, algo tontos; usaba un gran bigote negro y venía resoplando por la vereda; sonreía algo fatuo y se quitó el sombrerito con un fantástico mohín en cuanto vio a Lou con su traje blanco ceñido, en la hamaca de color que colgaba bajo los árboles de duras manzanas verdes.

—Buenos días, señor Jones.

—Buenos días, lady Carrington. Si me permite la osadía, qué bello cuadro, qué bello.

Relucía bajo su gran bigote con un gesto de rompecorazones.

—¿De veras?, ¿sir Henry avisó que está bien?

—No *dijo* eso, exactamente, pero parece que está bien —el señor Jones transmitió su recado, envuelto en una untuosidad de mayonesa.

—Muchas gracias, de veras, señor Jones. Es usted *muy* amable en haberse molestado. Ahora no me preocuparé de sir Henry *para nada*.

—Fue un gran placer venir y transmitir a lady Carrington un mensaje tan tranquilizador. Pero no es amable de su parte no preocuparse *para nada* por la ausencia de sir Henry. Atodos nos complace que quienes amamos se preocupen por nosotros. Siempre y cuando no haya motivo para preocuparse, ¡por supuesto!

—¡Cierto! —dijo Lou—. ¿Le gustaría tomar ahora una copa de oporto y un bizcocho, o un whisky con soda? Y, nuevamente, le estoy tan agradecida.

—Gracias a *usted*, mi lady. Ya que es usted tan amable, tomaré un whisky con soda —y se pavoneó, presumido.

—Lewis, por favor acompaña al señor Jones a que se prepare un whisky —ordenó Lou.

"¡Válgame Dios!", pensó cuando el cartero se retiró algo incómodo por el camino del jardín, con su calvita entrando y saliendo del sol, bajo los árboles. "Qué ridículo es todo, qué ridículo, ridículo." Aunque no le desagradaran, realmente, ni el señor Jones ni la interrupción.

Phoenix escapaba del jardín. No iba a perderse el espectáculo.

—¡Phoenix! —dijo Lou—. ¿Me traerías por favor un vaso de agua? O manda a alguien.

Se detuvo en el camino y volteó a mirarla.

—¡Está bien!

Y siguió su camino.

No le gustaba estar sola en el jardín. Le gustaba que los hombres trabajaran cerca. Era curioso lo placentero que le resultaba sentarse en el jardín cuando Phoenix o Lewis andaban por ahí. Le

hacían sentir que nunca estaría sola ni de mal humor. Cuando Rico andaba por ahí, en cambio, siempre se ponía nerviosa.

Phoenix regresó con el vaso de agua, limón, azúcar y una botellita de brandy. Sabía que le gustaba la limonada fría con una cucharadita de brandy.

—¡Phoenix, qué amable! —dijo—. ¿Se tomó su whisky el señor Jones? —Se lo está tomando.

—Está bien, Phoenix. Por cierto, Phoenix, me gustaría que no te enojaras con sir Henry cuando te habla. *En realidad* es tan bueno. Volteó a mirar al hombre.

Se quedó parado mirándola en silencio, con una sonrisa indefinida en el rostro, con ese destello indio inescrutable revoloteando en sus ojos. ¿Qué pensaría? Había algo pasivo en él, casi sumiso pero, tras eso, tenía una resistencia indomeñable y cruel: sí, casi cruel. Ella sentía que era sumiso y atento sólo externamente: le traía limonada si a ella se le antojaba, sin que la pidiera. Pensaba por ella, de manera sutil. Pero en el fondo su odio era inalterable. Se sometía circunstancialmente, trabajaba por un salario. Y hasta le *gustaban* la patrona y su hija, circunstancialmente. Pero más allá de cualquier circunstancia o de cualquier afecto circunstancial había un odio esencial categórico, ante el cual era impotente. Su afecto por Lou y la señora Witt, su servicio, su trabajo a cambio de un salario estaban en contradicción con su naturaleza, enraizada en un odio del cual derivaba su existencia misma. Pero, ¿qué podía hacer? Tenía que vivir. Por lo tanto, debía servir, trabajar por un salario, ser fiel. Pero que *ellas* existieran negaba su propia existencia. Si él existiera realmente, ellas dejarían de existir. Y, al mismo tiempo, cierta tolerancia fatal lo obligaba a servir a estas mujeres, lo obligaba a seguir sirviéndolas.

—Sir Henry es *tan* bueno con todos —insistió Lou.

El mestizo la miró a los ojos y sonrió, incómodo.

-Sí, es un hombre bueno -respondió como si fuera sincero.

-Entonces, ¿por qué te molesta que te diga algo?

-No me molesta -dijo Phoenix mirándola de soslayo.

-Sí. De otra manera no lo harías enojar tanto.

-¿Se enojó? No sabía -dijo Phoenix.

-Se enojó mucho y sí lo sabías.

-No, no sé cuándo se enoja, no lo sé -el tipo insistía. Había cierta satisfacción frívola en su tono.

-Es muy poco generoso de tu parte, Phoenix -le dijo con tono ofendido.

-No, no sé cuándo se enoja. No quiero hacerlo enojar, no sé... Había adoptado un tono de ignorancia ingenua que calmó al instante su orgullo femenino y la engañó.

-Bueno, ¿pero me crees si te digo que lo *hiciste* enojar?

-Sí, si usted me lo dice, lo creo.

-Y me vas a prometer no volver a hacerlo, ¿verdad? Es *tan* malo para sus nervios, para sus ojos. Se le inflaman, le daña la vista. Y como sabes, si eres artista es terrible que te pase cualquier cosa en la vista.

Phoenix la contemplaba atentamente para captarlo todo. Todavía no entendía bien las oraciones largas enlazadas con lógica. Las conexiones lógicas del lenguaje parecían dejarlo perplejo, lo volvían estúpido. Entendía a través de definiciones de hechos inconexos. Pero había entendido lo que ella dijo: "Se enoja contigo. Cuando se enoja le duelen los ojos. No puede ver, porque le duelen los ojos. Quiere pintar un cuadro, no puede. No puede pintar un cuadro, no ve con claridad".

Sí, había entendido. Un destello de satisfacción apareció en su mirada.

-Ahora, prométeme que no lo harás de nuevo, que ya no lo harás enojar. ¿Ya no lo harás enojar?

—No, ya no lo haré enojar. Ya no haré nada que lo haga enojar —respondió un poco esquivo.

—¿Ahora ya lo entendiste? ¿Ya sabes qué bueno es, que hará cosas buenas para todos?

—Sí, es un hombre bueno —dijo Phoenix.

—Me alegro de que te des cuenta. ¡Vaya, ya es hora de comer! ¡Es bueno sentarse en el jardín cuando todos te consienten! No, yo llevaré la charola, no te molestes.

Pero él le quitó la charola de las manos y la siguió hasta la casa.

Al caminar tras ella miraba su nuca blanca y delgada, bajo el ramillete de su pelo corto, como una nutria ve a un conejo cuando lo persigue.

Esa tarde Lou regresó a su lugar del jardín. Allí se recostó, sobre unos cojines, sin leer ni trabajar, sólo meditando. Ahora conocía un nuevo placer: no hacer absolutamente nada sino echarse y dejar que el sol se filtrara hasta ella entre las hojas, ver un racimo de flores rojas inundar de escarlata la tarde, junto a la relativa neutralidad de las campánulas. Tan sólo el rojo intenso parecido al de las amapolas orientales caídas, y estas flores rojas entretenían su conciencia, como si le transmitieran un mensaje.

Hasta esa indolencia pacífica donde guardaba silencio incluso la gran torre gris, oscura y enorme de la iglesia, más allá de los tejos irrumpió la señora Witt, con un ancho sombrero Panamá y un vestido blanco.

—¿No quieres montar o hacer algo, Louise? —preguntó ominosa.

—¿No quieres estarte en paz, mamá? —respondió Louise.

—Sí, una paz *activa*. No puedo *creer* que mi propia hija se conforme con estar echada todo el día en una hamaca sin hacer *nada*, sin leer siquiera, para ilustrar su mente.

—Pues tu hija se *conforma* con esto. Es su mayor placer.

—Lo sé. Puedo verlo. Y me sorprende *mucho*. Cuando yo tenía tu edad, jamás estaba quieta. Tenía tal impulso... Tales doncellas, gracias a Dios descansan bajo la tierra con toda su generación.

—No, mamá, yo tomo la vida de otra forma. Tal vez tú terminaste con el otro tipo de *impulso*. Mi estilo es el del harén, mamá, preferiría un encierro sin nombres.

—¿Serás de veras hija mía? ¡Vaya! Una nunca sabe lo que le espera. Soy oriunda de *Estados Unidos* y supongo que es mi destino serlo siempre, esté donde esté. ¿Qué desea, Lewis?

El palafrenero se había acercado por el sendero.

—¿Debo ensillar a Poppy? —preguntó Lewis.

—No, parece que no —respondió la señora Witt—. Tu patrona prefiere la hamaca a la silla de montar.

—Gracias, Lewis. Mi madre tiene razón; por lo menos esta tarde —y le dedicó una sonrisa de complicidad.

—¿Quién le cortó el pelo? —preguntó la señora Witt al hombre.

Hubo una pausa de silencio resentido.

—Me lo corté yo mismo, señora. Sir Henry dijo que estaba demasiado largo.

—Y no mentía. Los sábados por la tarde llega al pueblo un peluquero, me parece... o puede ir hasta Shrewsbury. Voltéese, déjeme ver por atrás. ¿Es por el dinero?

—No, señora. No me gusta que esos tipos me toquen la cabeza. Hablaba con frialdad, con cierta reserva resentida que intrigaba a la señora Witt.

—¡De veras! Pero es *imposible* que ande así por la vida. Parece usted demente. Vaya al patio, consiga una silla y un trapo. Yo le cortaré el pelo.

El hombre dudaba, con hostilidad.

—No tenga miedo, sé hacerlo. Cortaba el pelo a los pobres muchachos heridos en el hospital: también los rasuraba. "¿Qué

mano tiene usted, enfermera!" Pobre tipo, estaba a punto de morirse, pero ninguno de nosotros lo sabía. Ésos son los piropos que aprecio, Louise. Traiga la silla y un trapo. Pediré prestadas sus tijeras de peluquero a Elena, Louise.

La señora Witt, feliz de entrar de nuevo a la batalla, se sentía a sus anchas. No le gustaba trabajar en labores reales. Le encantaban las minucias. Le gustaba preparar hermosas y extrañas ensaladas, inventar helados de aspecto incitante, rellenar pavos exactamente como sabían hacerlo en Louisiana —con castañas, mantequilla y migas—, o enseñar a los sirvientes a voltear las tartas en el horno, cocinar el jamón con azúcar mascabada y clavos, rodándolo con ron. Le gustaba recortar los rosales o comenzar a darle forma con las tijeras a un arbusto de tejo. Le gustaba ordenar sus zapatos y los de Louise, pues conocía el arte de la zapatería con tal exactitud que enloquecía a los dependientes. Era un demonio con zapatos. Al regresar de América se lanzaba sobre su hija:

—Louise, tira esos zapatos. Dáselos a la sirvienta.

—Pero, mamá, son mis mejores zapatos franceses. Me gustan.

—Tíralos. Sólo hay dos razones para que los zapatos existan: comodidad perfecta o apariencia perfecta. Esos zapatos no responden a ninguna de ambas. Te compré éstos.

Sí, había traído diez pares de Nueva York. Conocía los pies de su hija tan bien como los propios.

Y ahora estaba en su elemento, resplandeciente tras Lewis, quien la esperaba sentado a medio patio, con un trapo que lo cubría desde el cuello. Ella llevaba un delantal y un par de guantes de piel delgada y enarbolaba largas tijeras, como una de las Parcas. Se veía curiosamente joven con su gran sombrero, pero como alguna joven de una generación pasada. Sus ojos grises y lacónicos, de pesados párpados, estudiaban alertas la mata negra de pelo del palafrenero. Las cejas depiladas trazaban arcos negros y elevados

en su frente. Tenía piel fresca y un poco polveada y era realmente guapa, de una manera atrevida y anticuada, dieciochesca, con algo del estoicismo y la aventura de ese siglo y con el dejo vocinglero y eficiente de su país.

Lou se había quedado en el patio para observar; su madre parecía mucho más joven que ella, ella era miles de años más vieja: de pie, con su timidez de animal, su pelo corto como racimos de uvas a los lados de su cara, su color fresco y su preocupación añeja, sus ojos entrecerrados que, de tan decepcionados, poco a poco se iban pareciendo a los de un fauno.

—¡No muy corto, mamá! ¡No muy corto! —recomendaba a la señora Witt quien, en un efluvio terrible de eficacia, se lanzaba sobre el pelo negro del hombre, que caía en pequeños copos, como nieve oscura.

—Mira, Louise, sé lo que estoy haciendo, por favor no te metas. Hay dos cosas que odio: un hombre con cuello y orejas lanudas y un joven lampiño con cara y pelo recién comprados a un especialista en belleza masculina.

Y se agachó corta, corta y recorta mientras Lewis, perfectamente inmóvil, hundía la cabeza casi con angustia.

Phoenix se apoyaba contra la pared del establo con su eterno e inquieto cigarrillo. Y las sirvientas aparecían, se escondían y volvían a aparecer divertidas en la puerta de la cocina. Se acercó el viejo jardinero, aditamento provisto con la casa; se quedó parado con las piernas muy abiertas y en un silencio de reprobación total.

—Primera vez que veo algo semejante —murmuró y siguió hacia el jardín. Era un viejo malhumorado que condenaba por igual a todos los habitantes de la casa y habría renunciado si no supiera dónde está el panal de la miel: el panal de la miel era la cocina.

La señora Witt retrocedió unos pasos para contemplar su obra, sosteniendo las tijeras de pico alerta. Lewis levantó la cabeza y volteó cauteloso, como animal metido en una trampa.

—Estése quieto —le dijo—. No he terminado.

Y se dirigió al pelo de enfrente con vigor, levantando largas capas y despuntándolas con arte hasta que en el suelo, a su alrededor, se formó una aureola negra y aparecieron las orejas, otra vez levantadas, alertas, entre el pelo recién recortado. —Párese, déjeme ver —dijo.

Se levantó. Se veía absurdamente joven sin pelo sobre el cuello y las orejas, sólo largo en la parte superior. Ella revisó su obra, satisfecha.

—Se ve mucho más joven, le sorprenderá. Vuelva a sentarse.

Dio los últimos retoques a la nuca y luego, un poco dudosa, dijo: —¡Ahora, la barba!

Pero el hombre se levantó de la silla de un salto y se quitó el trapo con desesperación.

—No, de eso me encargaré yo —dijo mirándola con ojos donde asomaba una luz pálida y misteriosa.

Ella dudó, extrañada ante la singular rebelión masculina.

—Mire, me saldrá mejor a mí. Además —añadió de prisa, tomando el trapo que había echado a la silla—, todavía no acabo de cortar sobre las orejas.

—Con eso basta —dijo y volvió a mirarla a los ojos, con un destello blanco de fría decisión—. Gracias por todo lo demás. Y salió hacia el establo.

—Deben barrer aquí —dijo en voz fuerte la señora Witt.

—Sí, seño —respondió, volteando, sin dejar de caminar, con peculiar resentimiento.

—¡Vaya! —dijo la señora Witt—. Ojalá lo hagan.

Se había quitado los guantes y el delantal y entró a lavarse y cambiarse. También entró Lou.

—Es extraordinario, ¿qué pelo tiene ese hombre! ¿Te conté que cuando estaba en París me encontré a una mujer en un hotel? Su cara me pareció conocida, pero no podía reconocerla, hasta que se me acercó. "¿No eres Rachel Fanniére?", dijo. "¿Y tú, Janette Leroy?" No nos habíamos visto desde que íbamos juntas a la escuela en Nueva Orleáns, a los doce o trece años. "Ah", me dijo, "¿por qué todas las ilusiones están condenadas a desaparecer? ¿Tenías los rizos dorados más maravillosos! Toda mi vida me he dicho: si tuviera un pelo tan maravilloso como el de Rachel Fanniére. Toda mi vida tuve presentes tus maravillosos rizos rubios. Y ahora que te encuentro, ¿tienes canas!" ¿No te parece terrible, Lou? Bueno, el pelo de este nombre me hizo recordarlo... tan tupido, tan especial. Es raro que su pelo sea tan distinto; supongo que se debe a que es un mero animal... sin mente. No hay nada que admire más en un hombre que una *mente* clara. Tu padre era un hombre muy listo y todos los hombres que he admirado han sido listos. Pero nunca tuve deseos de tocar su pelo, qué curioso. ¿La vida es rara! Te quita una cosa y te da otra. Y hasta los chicos del hospital: los rasuraba, les cortaba el pelo como madre, sin pensar en nada más. Y casi todos eran muchachos adorables, inteligentes y limpios. Nunca se propasaron. Nunca creí antes que pudiera suceder *algo* con el *pelo* de una persona. Como Janette Leroy y mis rizos, cuando niña. Y ahora ya estoy canosa, como bien dice. Louise, ¿cuántos años tendrá este hombre, Lewis? ¿Verdad que se veía mucho más joven cuando aparecieron sus orejas?

—Creo que Rico dijo que tenía cuarenta o cuarenta y uno.

—¿Nunca se casó?

—No, que yo sepa.

—¿Qué curioso!, ¿un mero animal!, ¿sin mente! Un hombre sin mente siempre me ha parecido la cosa *más* despreciable. ¿Pero qué maravilloso tocar su pelo! Tu Henry tiene una buena mente, pero

me causaría repulsión tocar su pelo. Supongo que a una le gustaría tocar, por lo mismo, el pelaje de un gato. Tocar sólo al animal que hay en los hombres. Es curioso, no creo haberme topado nunca con alguien semejante, Louise. Ahora que lo pienso, tiene ojos de gato humano: un gato humano macho. ¿Lo consideras estúpido? Sí, es muy estúpido.

—No, mamá, no es estúpido. Es sólo que casi nada le importa.

—¿Como a un animal! ¿Pero qué extraña mirada tienen sus ojos! ¿Un tipo extraño de inteligencia!, tal confianza en sí mismo. ¿No es curioso, Louise, en un hombre con mente tan limitada? Sabes, me parece que puede espiar en el interior de una mujer bastante bien.

—¿Pero, mamá! —dijo Lou, con impaciencia—. Me parece que una puede cansarse tanto de los hombres con "mente", como tú los llamas. Hay muchos hombres listos con ese estilo. Y hay hombres que no son muy listos y son bastante agradables; y muchos que son estúpidos. Me parece que hay algo, además de la mente, lo listo, lo grato, lo limpio. Tal vez sea el animal. ¿Piensa en St. Mawr! Yo he pensado mucho en él. Lo llamamos animal sin saber lo que estamos diciendo. A mí me parece que tiene un misterio más hondo que el de un hombre listo. Es un caballo. ¿Por qué no puede decirse lo mismo de un hombre: es un hombre? No parece haber misterio alguno en ser hombre. Pero hay un misterio terrible en St. Mawr.

La señora Witt miró inquisitiva a su hija.

—Louise, no vas a decirme que es sólo lo animal lo que cuenta en un hombre. No te lo creería, nunca. El hombre es maravilloso porque es capaz de *pensar*.

—¿Lo es? —exclamó Lou con exasperación repentina—. Sus pensamientos me parecen infantiles, ¿como ensartar una y otra vez las mismas cuentas! ¿Ah, los hombres! Ellos y sus pensamientos son tan *mezquinos*, ¿cómo pueden impresionarte?

La señora Witt alzó las cejas con sorna.

—Tal vez no me impresionen. Ya no —dijo con un gesto agrio—. Pero tampoco me va a impresionar la mera animalidad de los hombres. Los animales son como nosotros. Creo que tienen los mismos sentimientos y necesidades que nosotros, comunes y corrientes. La única diferencia es que carecen de mente: al menos, de mente humana. Y a pesar de lo que digas, Louise, la ausencia de mente vuelve las cosas ordinarias.

Lou frunció el entrecejo, nerviosa.

—Supongo que sí, mamá. Pero las mentes de los hombres *son tan ordinarias*. ¡Mira al diácono Vyner y su mente! ¡Mira a Arthur Balfour, ejemplo brillante! ¿No es común *ser* así de listo? Odiaría que St. Mawr fuera estropeado por una mente así. —Sí, Louise, yo también. Porque hablas de hombres que en realidad son viejas, tejen una y otra vez el mismo diseño. Sin embargo, nunca cambiaré mi idea: una mente verdadera es lo único que cuenta en un hombre, y eso es lo que amamos las mujeres.

—Sí, mamá, ¿pero, qué es una mente verdadera? ¿Viejas tejiendo un diseño más complicado? Ah, me parece oír el ruido de las aguas al tejer, ¡los hombres listos! Es más, me parece, mamá, que Lewis tiene mucho más mente real que el diácono Vyner o cualquiera de los listos. Tiene una buena mente intuitiva, sabe las cosas sin pensarlas.

—Puede ser, Louise, pero es un sirviente. Está *debajo*. Un hombre verdadero nunca debe estar abajo. Y además, nunca se podría intimar con un hombre como Lewis.

—Ya no quiero intimidad, mamá. Estoy harta de eso. Amo a St. Mawr porque no es íntimo. Está donde uno no puede acercarse. Y arde con vida. ¿De dónde le llega la vida? Ése es el misterio. La gran vida arde en él, nunca se apaga. La mayor parte de los hombres tiene en su interior una mortandad que me asusta, por mi propia mortandad. ¿Por qué los hombres no arreglan sus vidas como St.

Mawr, y piensan después? ¿Por qué no pueden pensar rápido, mamá? Rápido, como las mujeres, pero más lejos. ¿Por qué el pensamiento de los hombres no es rápido como el fuego, mamá? ¿Por qué es tan lento, tan muerto, tan terriblemente aburrido?

—No sabría decirte, Louise. Mi opinión es que los hombres de hoy en día se han vuelto pequeños. Pero puedo vivir, a pesar de ello.

—No, mamá, parece que vivimos de combustible viejo, como el camello vive a expensas de su joroba. La vida no se precipita hacia nosotros como en St. Mawr, a pesar de que es un animal dependiente. No puedo vivir, mamá, no puedo, simplemente.

—No veo por qué. Yo estoy llena de vida.

—Ya lo sé, mamá. Pero yo no, a pesar de ser tu hija. Y no me mal interpretes. No quiero ser un animal, un caballo, un gato o una leona, aunque todos me fascinen por su manera de vivir una vida *correcta* que no depende de viejos combustibles, como la nuestra. No es que admire a los hombres de las cavernas, o algo así. Pero piensa, mamá, qué tal si pudiéramos tomar la vida directamente de las fuentes de la vida, como los animales, sin dejar de ser nosotras mismas. Tampoco a ti te gustan los hombres. Pero no tienes idea de cuánto me cansan: hasta el pensar en ellos. Dices que son demasiado animales. No es cierto, mamá. El animal en ellos se ha vuelto perverso, o demandante, o humilde, o domesticado, como el de los perros. No conozco ni siquiera a un hombre que sea un animal vivo orgulloso. Sé que han dejado de pensar, de veras. Pero los hombres siempre dejan de pensar realmente cuando la última pizca de animal salvaje que hay en ellos muere.

—Pero tenemos mentes...

—Una vez domesticados, dejamos de tener mentes, mamá. Los hombres son todos mujeres que tejen y enhebran palabras.

—No estoy de acuerdo contigo del todo, Louise.

—Ya lo sé, te gustan los hombres listos. Pero los hombres listos son casi siempre *animales* desagradables. Como animales son muy desagradables. Y en hombres como Rico el animal se ha vuelto más extravagante y equívoco. Y en esos muchachos agradables y limpios de la guerra que tanto te gustaban no queda ni rastro del animal salvaje. Son todos perros mansos, aunque sean valientes y de buena crianza. Todos son perros mansos con amos humanos, mamá. Carecen de misterio.

—¿Qué quieres, Louise? ¿*Quieres* un hombre de las cavernas que te dé con un palo en la cabeza?

—No seas simple, mamá. Eso va mucho más con tu línea subconsciente, con tu admiración por la Mente. No considero a los hombres de las cavernas animales humanos reales; para nada. Eran brutos degenerados. Un animal humano puro sería tan hermoso como un venado o un leopardo, ardería como una flama alimentada directamente desde abajo. Y sería parte de lo invisible, como lo son incluso los ratones. Y no dejaría de asombrarse, respiraría asombro silencioso y no visto, como las perdices al correr por el rastrojo. Sería todos los animales a la vez, no uno solo, la cosa fija y automática que es ahora, machacando sobre los nervios. Ah, no, mamá, quiero volver al asombro o moriré. No quiero ser como tú, que gozas al criticar y aniquilar a esas gentes horribles.

—Querida hija, fuera lo que fuere, un animal humano sería una mercancía muy peligrosa.

—Ojalá, mamá. Me matan los hombres sin peligro y huecos, sentimentales y rencorosos.

—Mentira, no te veo moribunda.

—Lo estoy, mamá. Y ya estaría muerta, si no fuera porque en este mundo existen St. Mawr, y Phoenix y Lewis.

—¡St. Mawr, y Phoenix y Lewis! Me pareció oírte decir que eran sirvientes.

—¡Eso es lo peor! ¡Si fueran los amos! ¡Si gente como ellos se encargara de mandar y no de servir, con tanta vida natural como la suya, sus mentes rápidas y osadas!

—No hay tales hombres —dijo la señora Witt, con cierto gesto de satisfacción.

—Lo sé. Pero soy joven y debo vivir. Y lo que se me ofrece como vida me mata de hambre, me mata, mamá. ¿Qué debo hacer? A ti te basta hacer trizas a la gente como el diácono Vyner. Pero yo soy joven y no puedo vivir de eso.

—Tal vez.

Lou sabía hacía tiempo que su madre se daba cuenta de las cosas y las entendía mejor que Rico. Rico tenía miedo, siempre tenía miedo de darse cuenta. Rico, con sus buenos modales y su afabilidad constante y ese gesto tan suyo, despectivo, de prisionero.

Al día siguiente llegó, sobre St. Mawr, algo agitado y rubicundo y muy amable, con una preocupación *empresé*²⁴ sobre el bienestar de Lou digna de verse. Sobre todo porque llegó en compañía de Flora Manby y Elsie, la hermana de Flora, y Frederick Edwards, el marido de Elsie. Todos montaban.

—¡Hacía años que no nos veíamos! —dijo Flora a Lou—. Perdona la irrupción, sólo vinimos a saludar y nos vamos a la posada. Ya tienen cuartos reservados. Decidimos pasar allí la noche para salir mañana temprano a la Silla del Diablo. ¿No quieres venir? ¡Es tan divertido! ¿La señora Witt no está?

La señora Witt había salido un momento. Al regresar tenía su extraña expresión rígida, pero dio la bienvenida a los recién llegados con cierta cordialidad; creyó, sin duda, que sería diplomático.

²⁴ Diligente.

—Hay dos cuartos aquí, si desean asomarse, nos encantaría que se quedaran. Se los enseñaré antes, porque son cuartos pobres y carecen de comodidades: no tienen agua corriente y los baños quedan a *millas* de distancia.

Flora y Elsie opinaron que eran cuartos "perfectos, adorables, preciosos, nada amontonados".

—Bueno, ciertamente los servicios no son lo que los amontona; si quieren quedarse, como están...

—Nos abruma, totalmente, ¿verdad Elsie? Pero no tenemos ropa... El silencio se había transformado de pronto en alboroto. Las chicas Manby se aparecieron a almorzar frescas como margaritas, con finos vestidos de muselina comprados en París. ¡ La ropa de las mujeres ocupa tan poco espacio, sobre todo si es veraniega! Fred Edwards era uno de esos ingleses rubios con un bigote como cepillito y ojos azules y fuertes que intentan siempre ser sentimentales pero que Lou, prejuiciosa, juzgaba crueles: nunca había analizado las razones de tal creencia. Sin embargo, adoptó con ella un tono galante desde el principio y ella debía fingirse halagada. Rico, al verla, se sintió aliviado al ver aflorar la frivolidad.

El mecanismo del reloj estaba en marcha otra vez: pasársela bien.

—¿No te parece que Fred y su manera de coquetear con lady Carrington son perfectamente descarados? Ella parece *tan dulce* —dijo Flora sobre su taza de café—. ¿No te importa, Harry?

Llamaban Harry a Rico, como cuando era niño.

—Sólo un poquito —dijo Harry— *l'uomo é cacciatore*.

—Ah, ¿y qué quiere decir eso? —exclamó Flora, a quien siempre emocionaban las ocurrencias afectadas de Rico.

—Quiere decir —dijo la señora Witt, agachándose y con su voz más suave— que el hombre es un cazador.

Hasta Flora se sintió desconcertada ante el suave ácido de la ironía.

—¡Ah, vaya! —exclamó—. Si es así, ¿en qué papel quedan las mujeres?

--Como presas —dijo la señora Witt con una acidez aún más suave.

—Al menos —dijo Rico— siempre se trata de un *juego*.²⁵

—¿Ah, pero realmente lo es? —preguntó Fred con tono viril y bien educado—. No estaría tan seguro.

La señora Witt les lanzó a ambos una mirada que los condenaba las mazmorras.

Lou salió a ver a St. Mawr. El lugar que había ocupado la silla estaba todavía húmedo y parecía algo menguado, como si hubiera desaparecido alguna virtud en él.

Pero cuando levantó la cabeza desnuda como racimo de flamas para ver quién había entrado, se dio cuenta de que era el mismo. Su cabeza se alzaba como el venero de una fuente, siempre sensible y alerta. Y en su interior, los huesos golpeteaban sobre la tierra, los cascos entre él y la tierra eran joyas modestas.

La conocía y no la rechazaba. Pero no le hizo caso. Nunca "respondía". Al principio ella se lo tomaba a mal. Ahora le alegraba. No accedía a intimididades, gracias a Dios.

No se apareció hasta la hora del té, aunque no pudo ocultarse de las voces. La cena se sirvió temprano, a las siete. Llegó el vicario Vyner —su mujer era inválida— y con él un artista que dibujaba y tenía su estudio en el pueblo. Era un hombre de treinta y ocho años más o menos, pobre; apenas comenzaba a aceptar que era un fracaso —al menos en términos económicos. Pero seguía con sus grabados y estudiaba temas esotéricos: astrología y alquimia. Rico lo protegía y le tenía un poco de miedo; Lou no lograba descifrarlo. Tras probar en París, Londres y Munich, pretendía sentar cabeza y convencerse de que la única vida genuina para él era la de una aldea inglesa, con un terrateniente

²⁵ *Game*, en inglés, significa tanto presa de cacería como juego.

y un diácono en el trasfondo, los campesinos en un primer plano y el humilde artista en el centro de la perspectiva. Su composición no era del todo exitosa. Se le echaba de ver por una curiosa torpeza en el cuerpo: parecía esforzarse para lograr moverse; y también por una curiosa duplicidad en los ojos amarillo-grisáceos, titilantes como de chivo, que se abrían y agrandaban con burla, ironía y frustración.

—Tu cara, curiosamente, es como la de Pan —dijo Lou durante la cena.

Era cierto, si se tomaba en el sentido más lato. Tenía ojos rasgados, facciones avispadas de cabra y orejas puntiagudas como el chivo Pan.

—La gente me lo ha dicho —contestó—. Pero temo que no sea la cara del Gran Dios Pan. Más bien se parece a la del Gran Chivo Pan.

—¡Vaya, eso sí que está bueno! —exclamó Rico—. ¡El Gran Chivo Pan!

—Siempre me ha resultado difícil ver al Gran Dios Pan como un viejo patas de cabra, padre de los sátiros —dijo el diácono—. Creo que tuvo bastante influencia: el mundo siempre estará lleno de viejos sátiros caprinos. Pero los encuentro algo vulgares. Entiendo demasiado bien a los viejos sátiros caprinos como para que me resulten venerables, y no logro ver al Gran Dios Pan como padre de todos ellos.

—Tus orejas deberían enrojecer —dijo Lou a Cartwright. También ella tenía ojos raros, como de ninfa, tan irresponsables e incrédulos, entrecerrados cuando sonreía.

—¡Ah, nada personal! —exclamó el vicario.

—No estoy seguro —dijo Cartwright con una sonrisita—. ¿Pero no creen que Pan fue un Gran Dios hasta que los griegos, con su afán antropomorfo, lo volvieron semihumano?

—Ah, tal vez. Es bastante probable. Pero, he notado que tengo una limitación: no puedo imaginar, para nada, la Europa anterior al

apogeo de los griegos. El esquema del señor Wells²⁶ tampoco me resulta útil —añadió el diácono sonriendo.

—Pero, ¿cómo era Pan antes de ser un hombre con patas de cabra? —preguntó Lou.

—¿Antes de parecerse a mí? —dijo Cartwright con una mueca vaga—. Digamos que fue el dios oculto en todas las cosas. Por aquellos tiempos, uno veía las cosas, nunca al dios encarnado en ellas. Quiero decir: era un árbol, un surtidor, un animal. Quien veía al Dios y no la cosa, moría. Si se le veía a simple vista, pues. Pero tal vez se llegara a ver a Dios por las noches. Y se sabía que estaba allí.

—Los panteístas modernos no sólo ven a Dios en todas las cosas: hasta le toman fotografías —se burló el diácono.

—¡Ah, y pintan cuadros divinos! —exclamó Rico.

—¡Cierto! —dijo Cartwright.

—Pero si los antiguos nunca vieron al Dios encarnado en la cosa, ¿cómo sabían dónde estaba? ¿Cómo podían reconocer al dios Pan? —preguntó Lou.

—Pan era el misterio oculto... la causa oculta. Por eso era un Gran Dios. Pan no era él, para nada: ni siquiera fue un Gran Dios. Era Pan. Todo: aquello que miramos al ver de manera total. A la luz del día se ven sólo las cosas. Pero si se abre el tercer ojo, ése que sólo ve lo invisible, puede verse a Pan oculto en las cosas; puede verse con el tercer ojo, que es la oscuridad.

—¿Crees que podría verse a Pan en un caballo, por ejemplo?

—Con toda facilidad. ¡En St. Mawr! —Cartwright la miró con complicidad.

—Pero sería difícil, me parece —dijo la señora Witt—, abrir el tercer ojo y ver a Pan en un hombre.

²⁶ H.G. Wells, además de autor de *La máquina del tiempo* y *La guerra de los mundos*, escribió *Outline of History* en 1920, al cual se refieren aquí y unas páginas más adelante.

—Tal vez —dijo Cartwright—. En el hombre es completamente visible el viejo sátiro, el Pan caído.

—¡Exacto! —dijo la señora Witt, y se hundió en sus reflexiones—. El Pan caído —repetía—. ¿No sería maravilloso un hombre en el cual Pan no hubiera sido derrocado? " A la hora del café, en el salón gris, dijo de repente:

—Suponiendo, señor Cartwright, que uno *abriera* el tercer ojo y viera a Pan en un hombre, ¿cómo sería?

Entrecerró los ojos y entornó la cara con una mueca rara, como si saboreara algo, dudosa.

—Yo también me lo pregunto —dijo él con su sonrisa enigmática. Pero ella notó que no la entendía.

—¡Louise! —llamó la señora Witt cuando se disponían a acostarse—. Ven a mi cuarto un momento, debo preguntarte algo.

—¿Qué, mamá?

—¿Entiendes *algo* de cuanto dijo el señor Cartwright acerca de Pan y el tercer ojo?, ¿ves a Pan en alguna cosa?

La señora Witt se acercó bastante a su hija y la enfrentó con un insinuante y extraño interrogatorio.

—Creo que sí, mamá.

—¿Dónde? —preguntó rápida como disparo.

—Me parece que en St. Mawr, mamá —dijo Lou con reticencia.

—¡En un caballo! —la señora Witt cerró un poco los ojos—. Sí, puedo verlo. Tienes razón. *Está* en St. Mawr. *Está allí*. Pero St. Mawr me da *miedo* —dijo, alargando la palabra. Se acercó más. — Pero Louise, ¿alguna vez lo viste en un hombre?

—¿Qué, mamá?

—A Pan. ¿Alguna vez has visto a Pan en un hombre, como lo ves en St. Mawr?

Lou dudó.

—No, madre. No creo. Cuando veo a un hombre con mi tercer ojo, como tú dices, lo que veo casi siempre es un *pan-cake*.²⁷

Dijo esto con una sonrisa desencantada, sin saber bien a bien qué decir.

—¡Ah, Louise!, ¿verdad que sí? ¡Siempre se ve un *pancakel*!

Escúchame, Louise, ¿alguna vez has estado enamorada?

—Creo que sí.

—Bueno, pues. ¿Alguna vez has visto a Pan en el hombre amado? Dímelo.

—¿Como lo veo en St. Mawr? No, madre —y de pronto sus labios comenzaron a temblar y sus ojos se humedecieron.

—Mira, Louise. Yo me he enamorado muchas veces; enamorado *de verdad*, dos veces. ¡Dos veces! Hace quince años, en realidad, que ya no tengo ganas de relacionarme con los hombres. ¡Quince años! ¿Por qué? Porque no veo en ninguno de ellos a ese peculiar Pan oculto. Yo me transformaba en aquello que se requería. Lo necesitaba, pero no lo hallé. No lo hallé en ningún hombre. Incluso cuando amé a algún hombre era por otra razón: porque lo *entendía* tan bien, o porque él me entendía a mí, o porque nos teníamos tanta simpatía. Nunca por un Pan oculto. ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¡Un Pan no derrocado!

—Más o menos, mamá.

—Pero creo que ahora comienza a abrirse mi tercer ojo. Me hartan esos hombres-panquecillos, con una cucharadita de mente o una cucharadita de espíritu, como si se tratara de polvos de hornear. Es extraordinario, el joven señor Cartwright habla de Pan sin saber nada de él. No sabe nada del Pan no derrocado, sólo conoce al Pan caído, con patas de cabra y lujurioso y esa clase de poder... ya sabrás.

—¿Pero qué sabes tú del Pan no derrocado, mamá?

²⁷*Pan-cake*. *Pan* también quiere decir sartén y *cake* es pastelillo. *Pan cake* o *hot cake*, crepa gruesa que se come con miel o mermelada.

—¡No me preguntes, Louise! Me estremezco como si estuviera en la frontera de algo.

Se iluminó con un gesto incipiente de triunfo y dio las buenas noches.

Habían organizado para el día siguiente una excursión a caballo a dos conjuntos antiguos de rocas llamados la Silla del Ángel y la Silla del Diablo, promontorios que coronaban los páramos y desde donde podía verse Gales, apenas a diez millas de distancia. Irían todos, saldrían temprano por la mañana con Lewis como guía, puesto que ninguno conocía el camino.

Lou se levantó poco después del amanecer. Los árboles tenían el aroma veraniego del alba, los aretillos se levantaban, altos y oscuros como sombras. Se puso una falda de montar de lino verde pálido que la sirvienta había preparado y una blusa cerrada azulosa.

—¿Ya estás lista para salir, querida? —preguntó Rico desde su cuarto.

—Voy a oler las rosas antes de irnos, Rico.

Éste se apareció en la puerta, con su pijama de seda amarilla. Sus ojos azules e inyectados tenían esa mirada oblicua e irritada que la impelía a huir.

—¡Vestida, con espuelas y todo...!, ¡qué *energía*! —exclamó.

—Es un día maravilloso para montar.

—Un día es maravilloso para todo, *menos* para montar. ¿Por qué arruinarlo montando? —su tono tenía un curioso dejo de amargura ácida. Resultaba claro que la excursión le era odiosa.

—Vaya, si no quieres ir nos quedamos, Rico.

—Ah, estoy seguro de que lo disfrutaré en cuanto salgamos. El problema es *salir*, los caballos y demás.

Lou salió al patio. Los caballos bebían en la pila que estaba bajo la bomba de agua, sus colores eran vivos y fuertes bajo la sombra del árbol.

—¿No vas a venir con nosotros, Phoenix?

—Lewis irá en mi caballo.

Se percató de que Phoenix no quería quedarse.

A las siete y media todos estaban listos. El sol brillaba en el patio y los caballos ya estaban ensillados. Agitaban las colas. Lewis trajo a St. Mawr de su establo separado, hablándole quedamente en gales: apenas un murmullo tranquilizador. Lou, alerta, notó que estaba inquieto.

—¿Cómo amaneció St. Mawr? —preguntó.

—Bien. No se siente a gusto entre tanta gente, pero estará mejor en cuanto salgamos.

Los otros ya habían montado: llegaron desde la sombra oscura del pueblo. Rico se acercó a su caballo para montar. St. Mawr reculó como si hubiera visto al diablo.

—¡Quieto, tonto! —gritó Rico.

El bayo se quedó con las cuatro patas un poco abiertas, el cuello arqueado, los grandes ojos mirando de soslayo, atentos y asustados.

—¡No te irrites con él, Rico! —dijo Lou—. Cálmate, St. Mawr, cálmate.

Pero también en ella brotó cierta furia. La criatura le parecía tan grande, tan lustrosa, tan estúpida parada con las patas traseras muy abiertas; preparado para retroceder o saltar, con una mirada de sospecha frenética en los ojos. Pero, ¿por qué tal desconfianza, a fin de cuentas? Rico no le haría ningún daño.

—Nadie te hará nada, St. Mawr —le dijo con tono algo irritado.

El palafrenero le hablaba, un murmullo bajo en galés. Rico atravesó nuevamente, despacio, para meter el pie en el estribo. El semental lo observaba de reojo, un extraño y estúpido frenesí

brillaba en sus ojos. En cualquier momento su inmensa fuerza física podía convertirse en desatado frenesí de pánico, o de malicia. En verdad, resultaba muy molesto.

—Tal vez no le guste tu camisa color durazno —dijo la señora Witt—, aunque combine con él de manera tan armónica.

Lo pronunció *dur-azno*,²⁸ y Rico se irritó mucho.

—¿Debimos haberle *consultado* antes de que me la pusiera? —replicó, su labio superior venenosamente contraído.

—Ya lo creo —contestó la señora Witt con calma.

Rico volteó hacia el animal con un giro abrupto. El animal se levantó sobre las patas traseras, con un chasquido súbito de cascos sobre las piedras del patio mientras Lewis se aferraba, como sombra, de las riendas. Se alzó sobre las patas, mostrando el vientre.

—Maldito animal —dijo Rico; soltó las riendas, asustado primero, paralizado luego. La furia lo invadía como una negra inundación.

"No hay nada tan irritante como un caballo haciendo estas escenas", pensó Lou.

—Oye, Harry —dijo Flora desde el camino—. Ven y móntalo acá, en la vereda.

Lewis miró a Rico y afirmó con la cabeza. Y calmando al temeroso animal lo condujo, ligero, hasta el camino bajo los árboles donde esperaban los tres amigos. Lou y su madre montaron de prisa y los siguieron. Y no bien Rico montó, tambaleándose, St. Mawr salió por el camino en dirección contraria. Lewis lo seguía sobre un caballo castaño. A Rico le tomó un rato voltearlo. Aun visto desde atrás, se notaba cuan incómodo se sentía el joven barón. Pero por fin salieron. Rico delante, disparejo pero tranquilo, junto a las dos chicas Manby, luego Lou con el joven acompañante

²⁸ *Ap-ricot*, durazno; si se separa fonéticamente se convierte en *ape*, simio y *Ricot*, por Rico. Juego intraducible que hemos sustituido por *dur-asno*, en aras de conservar al animal.

rubio, quien había servido en un regimiento de caballería y volteaba a ver a la señora Witt.

—No voltee a verme —dijo—. Voy atrás para librarme del polvo. Tras la señora Witt iba Lewis. La caballería completa avanzó al trote hasta pasar las cabañas y sus jardines, bajo el sol matutino, junto al campo de juegos, hacia los setos de la vereda. —¿Por qué le cuesta tanto trabajo comenzar a St. Mawr? ¿No puede hacer que llegue de mejor talante? —preguntó la señora Witt sobre su hombro.

—¿Perdón, señor?

Lewis se acercó un poco, al trote, y pudo verle de reojo la cara oscura e impávida, su figurita tranquila.

—Me resulta horrible su "señor" ¿Podría suprimirlo? —dijo. Y repitió la pregunta.

—St. Mawr no confía en nadie —respondió.

—¿Ni siquiera en usted?

—Sí, en mí sí; bueno, casi siempre.

—¿Y por qué en los otros no?

—Son distintos.

—¿Todos?

—Casi todos.

—¿En qué son distintos?

La miró con sus ojos grises, remotos, desconfiados.

—Diferentes —contestó, sin saber cómo expresarlo de otra manera. Cabalgaron despacio por una ladera empinada del bosque y luego de bajada hacia un claro donde estuvo una vía de tren pequeña, usada durante la guerra para extraer algún mineral misterioso del cerro; ya estaba abandonada; la mano muerta de la guerra había dejado su huella incluso en este paisaje, como un cadáver putrefacto.

Volvieron a trepar, pasaron las campánulas bajo los árboles.

Hasta adelante, St. Mawr lustroso, el alazán y el gris, parecían

nadar como mariposas entre un mar de heléchos y se movían del sol a la sombra y de la sombra al sol. Otra vez estuvieron en una cima, y a través de los árboles ralos se veían los páramos, más allá de la siguiente hondonada.

Pronto estuvieron en los cerros continuos y desnudos, dorados por la mañana y sin árboles; los cosechadores de arándanos, distantes figuras blancuzcas que cortaban -pic-pic-pic- con insistencia curiosa y casi molesta. Los caballos avanzaban sobre una vieja ruta que trepaba entre las espigas rosáceas de los brezos, los pastos altos y macizos de arándano verdes, algunos tramos ralos de jacintos silvestres, azules como burbujas.

Habían avanzado hasta lo alto de los cerros. Al oeste estaba Gales, doblado sobre los accidentes rugosos, dorado por la luz matutina, con sus laderas de páramos y sus lejanos y lóbregos sembradíos de maíz. En medio había un valle amplio y hondo con bruma veraniega donde asomaban, entre los árboles, granjas blancas con techos de tejas grises.

-Cabalgue junto a mí -le dijo a Lewis-. El paisaje viejo de estas aldeas me hace añorar América. ¿Ha estado usted en América?

-No, señor.

-¿Le gustaría ir?

-No me disgustaría.

-Pero, ¿no le entusiasma demasiado?

-No, señor.

-¿Está conforme como está?

La miró, sus ojos grises y remotos se encontraron con los de ella.

-No me agito.

-¿Por nada? ¿Nunca?

Miró a los otros jinetes que iban delante de ellos.

-No, señor -dijo sin mirarla.

Siguieron cabalgando unos minutos, sin decir nada.

—¿Qué es eso? —le preguntó señalando hacia el otro lado del valle—. ¿Cómo se llama?

—Yon's Montgomery.

—¡Montgomery! ¿Y aquello es *Gales*? —dijo, elevando curiosamente el tono.

—Sí, señor.

—¿Usted es de allá?

—No, señor, yo soy de Merioneth.

—¿No es usted galés? Creí que era usted de Gales.

—Sí, señora, Merioneth es Gales.

—¿Entonces, sí es gales?

—Sí, señor.

—Mi abuela era de Gales. Pero yo soy de Louisiana, y cuando voy allá, los negros todavía me llaman señorita Rachel. "Ah, vaya, señorita Rachel ¡la pequeñita regresó a casa! ¡Por Dios que es muy feliz de mirarla, ah, señorita Rachel!" Me produce una sensación tan rara, ¿sabe?

El hombre la miró con curiosidad, sobre todo cuando arremedaba acento de los negros.

—¿Se siente usted extraño cuando regresa a casa?

—Me criaron un tío y una tía —le contestó—. No quisiera volver a verlos nunca.

—¿Y no tiene casa?

—No, señor.

—¿Ni esposa ni nada?

—No, señor.

—¿Y qué hace en la vida?

—Estoy solo.

—¿Y nada le importa?

—Cuido a St. Mawr.

—Pero no siempre tuvo a St. Mawr: ni lo tendrá siempre. ¿Estuvo en la guerra?

-Sí, señor.

-¿En el frente?

-Sí, señor. Era palafrenero.

-¿Y cómo le fue?

-Perdí el dedo meñique, una bala me alcanzó.

Alzó la mano izquierda, pequeña y oscura: le faltaba un dedo.

-¿Le gustaba la guerra?

-No me gustaba.

Otra vez sus ojos grises y pálidos la miraban: eran tan inhumanos, no se comunicaban, no hacían vínculos ni eran accesibles. Ella estaba intrigada.

-Dígame, ¿nunca quiso tener esposa, un hogar, hijos, como todos los hombres?

-No, señor, *no*, nunca quise tener un hogar propio.

-¿Ni una esposa?

-No, señor.

-¿Ni hijos?

-No, señor.

Ella frenó su caballo.

-Espérese. Cuénteme por qué.

Él detuvo su caballo y ambos jinetes se enfrentaron.

-Dígame por qué. Debo saber por qué nunca quiso una esposa, hijos, un hogar. Quiero saber por qué no es usted como los otros hombres.

-Nunca me dieron ganas -dijo-. Mi vida ha transcurrido entre caballos.

-¿Odiaba demasiado a la gente? ¿Fue muy infeliz de niño?

-Nunca les gusté a mis tíos, ni ellos a mí.

--¿Y nunca le ha gustado nadie?

-Tal vez no -dijo-. No tanto como para casarme.

Ella volvió a poner en movimiento su caballo.

—¡Qué curioso! —continuó—. Yo he amado a la gente, muchas veces. Pero es probable que nunca me haya *gustado* nadie, excepto alguno de nuestros negros. Louise es mi hija, la amo, pero no me *gusta*. Creo que usted es la primera persona que me gusta desde que salí de la plantación, donde tuvimos unos negros *muy finos*. Y esto me parece muy curioso. Ahora, dígame si yo le gusto a usted.

Lo miró inquisitiva, pero él no respondió.

—Dígame —insistió—. No importa si me dice que no. Pero dígame. Me parece que debo saberlo.

Su cara se iluminó con una vaga sonrisa, cosa extraña en él.

—Tal vez sí —dijo.

Pensaba que lo equiparaba a los negros de la plantación: él los consideraba todavía esclavos. Le importaba poco dónde lo colocara ella.

—Vaya. Me alegro, me alegro de gustarle. Porque no le *gusta* casi ninguna persona, lo sé.

Ya habían pasado la hondonada donde la vieja capilla Aldecar ocultaba su húmedo aislamiento, el molino en ruinas, el riachuelo que bajaba de los páramos. Caminando por la ladera empinada podían ver los accidentes de las montañas como enormes dedos juntos, entre grietas profundas y elevadas. En el horizonte cercano había un conjunto de rocas; y al lado derecho, a lo lejos, otro conjunto.

—Allá está la Silla del Ángel —dijo Lewis apuntando hacia las rocas más cercanas—. Y allá está la del Diablo, a donde vamos.

—Ah, ¿y no vamos a ver la Silla del Ángel? —preguntó la señora Witt.

—¡No, señó! .

—¿Por qué?

—No hay nada interesante. La otra es más alta, es más grande, y es a donde todos acostumbran ir.

—¿De veras? ¿Por qué le dan un rango más elevado al diablo en este lugar? Creo que tienen razón.

Como no obtuvo respuesta, añadió:

—¿Usted cree en el diablo, verdad?

—Nunca me lo he topado —dijo él, ambiguo.

Adelante se veían los otros caballos relucientes, en grupos, por la ladera empinada: un negro, un bayo, dos grises y un alazán, a veces juntos, a veces dispersos. Esperaron a la señora Witt en la cerca. El joven rubio quedó junto a ella y comenzó a hablarle de cacería. Había cazado zorras por esos lugares y buscaba con ansiosa vehemencia el punto donde los sabuesos habían ladrado por primera vez, etcétera.

—¿De veras? —decía la señora Witt—. ¿De veras? ¡No me diga!

Si la ironía se concentrara en ácido prúsico, el guapo joven habría terminado allí mismo sus reminiscencias y sus días.

Por fin llegaron, trotando en fila por una ruta estrecha entre los brezos hasta la cuesta del cerro, donde de pronto se elevaba un nudo de granito pálido. Era uno de los lugares donde aún flota el espíritu aborigen de Inglaterra, la antigua Inglaterra salvaje cuya sangre fluye aún en unos cuantos ingleses, galeses, cornuallas. Las pesadas rocas, blanqueadas por los tiempos, se recortaban aserradas contra el cielo azul de agosto, con una redondez modelada por el tiempo.

Lewis se quedó abajo con los caballos. Los demás se afanaban con torpeza, apoyando las botas de montar sobre rocas gastadas por los pasos. Por fin se detuvieron en el lugar llamado la Silla, frente al poniente, el poniente galés, elevándose entre los pliegues dorados. No era un paisaje muy impresionante ni pintoresco: un valle hueco con granjas y elevaciones abruptas y cerros casi desnudos, laderas con maizales, páramos y pastura que se alzaban como barricada, alta, oblicua. Pero, a pesar de todo, tenía un extraño efecto sobre la imaginación.

—Vaya, mamá —dijo Lou—, ¿no te hace sentirte vieja, vieja, más vieja que todo cuanto existe?

—Ciertamente, parece antiguo.

—Me dan ganas de morirme —dijo Lou—. Siento que ya hemos durado demasiado.

—No diga eso, lady Carrington. Si no es usted sino una pollita aún: mejor dicho, una rosa en capullo —dijo el joven rubio.

—No —dijo Lou—. Millones de ancestros han gastado la vida. En realidad, no estamos vivos como lo estuvieron ellos.

—Pero, ¿quiénes? —preguntó Rico—. ¿Quiénes son *ellos*!

—La gente que habitó estas montañas en tiempos pasados.

—Pero la misma gente vive aquí todavía, querida. Son los mismos.

—No, Rico. La vieja raza guerrera reverenciaba a los diablos entre estas rocas: seguro que los reverenciaban aquí.

—Pero, ¿acaso insinúas que eran mejores que nosotros? —preguntó el joven apuesto.

Lou lo miró con curiosidad.

—Nosotros no existimos —dijo, entrecerrando de manera curiosa los ojos.

—A mí me consta, por fortuna, que yo sí existo —dijo el joven rubio.

—Yo considero que éstos son los mejores tiempos, sobre todo para las muchachas —dijo Flora Manby—. Y, de cualquier modo, es nuestro tiempo; así que no veo, bien a bien, razón para desperdiciarlo en lamentos.

Todos se quedaron callados, los últimos ecos de *una joie de vivre* enfática resonaron en el aire, sobre los montes de Gales.

—Rotunda sentencia, Flora —dijo Rico—. Repítelo, tal vez la próxima vez no tengas como foro la Silla del Diablo.

—Lo haré —dijo Flora—. Creo que éstos son los mejores momentos para que una muchacha la pase bien. Leí la historia de H. G.

Wells entera y la cerré y agradecí al destino vivir en los veinte

y no en otra época pavorosa, cuando las muchachas debían agacharse ante hombres dominantes que las modelaban a su gusto. Y después de esto, se dispersaron hacia otra parte de las rocas, al famoso Ojo de la Aguja.

—Muchas gracias, pero creo que lo haré mucho mejor sin ayuda—dijo la señora Witt al apuesto joven, mientras descendía, y pudo verse un trozo de media gris de seda tras su bota alta. Pero se apoyó en un punto seguro y un momento después estuvo a su lado,

.¿Jaonde él aferró su brazo, protector. Para el caso, podría haber afianzado protectoramente la garra de un león de montaña.

—Me gustaría tanto saber por qué está tan seguro de existir —dijo con suavidad, mirándolo a los ojos con una fuerza diabólica.

Él la miró y sus lucidores ojos azules se opacaron abochornados.

Luego su rostro se cubrió de un sonrojo lento, caliente y asalmonado; dio la vuelta de modo abrupto.

El Ojo de la Aguja era una piedra antigua y gris con un hueco, como ventana, abierto hacia Inglaterra; por el momento Inglaterra estaba en la sombra. Un riachuelo zigzagueaba brillante en la sombra plana y tras esa planicie se amontonaban cerros insignificantes, cúmulos de sombra. Las nubes cubrían de sombras el lado inglés. En Gales brillaba el sol, pero la sombra avanzaba. El día sería una decepción. Lou ya sentía algo de frío. Todavía faltaban algunas millas antes del almuerzo. El grupo se apresuró hacia los caballos. Lou recogió unas cuantas varas de brezo, unos jacintos y algunas flores amarillas desperdigadas. No porque quisiera tenerlas, sino para distraerse. El ambiente "pasársela bien" se volvía cruel para ella: le extraía toda la savia vital. "Ah, que no tuviera necesidad de pasármela bien." Pero las chicas Manby la pasaban bien, tan bien.

—Creo que esto es inmensamente hermoso —dijo la otra, no Flora, sino Elsie.

—Es hermoso, ¿verdad? Me alegro tanto de que les guste —contestó Rico. Y se sentía aliviado y gratificado, cuando la otra aseguraba disfrutarlo tan intensamente. No se atrevía a decir como hubiera querido: "Creo, Lou querida, que no te gusta tanto como a nosotros". Temía su respuesta: "No querido, ¡no me gusta, para nada! Quiero alejarme de esta gente."

Rico cabalgaba algo resentido, con el grupo Manby. Lou venía atrás, con su madre. Las nubes teñían el cielo de gris. Soplaban un aire frío. Todos se mostraban impacientes por almorzar en la granja y llegar a su casa antes de que comenzara la lluvia. Cabalgaban por caminos angostos de peatones, apenas hendeduras de pasto entre los brezos y los arándanos de un verde brillante. El joven rubio iba delante, luego su esposa, luego Flora, luego Rico. Lou, a cierta distancia, miraba las potentes ancas de St. Mawr, rebosantes de vida; siempre demasiada vida, casi una amenaza. El apuesto joven silbaba una tonada de moda.

—Es una tonada muy pegajosa —dijo Rico—. Sílbala de nuevo, Fred, me gustaría aprenderla.

Fred la silbó de nuevo.

En ese momento St. Mawr volvió a explotar, se hizo de lado como si hubiera estallado una bomba, retrocedía entre el pasto.

—¡Estúpido! —gritaba Rico, del todo descompuesto. Estaba muy atrás en la silla de montar y Lou temió que cayera. Pero volvió a colocarse en la silla y jaló con violencia las riendas para controlar al caballo y volver a enfilarlo. St. Mawr retrocedía: era su truco favorito. Rico logró adelantarlo unos metros cuando se alzó sobre las patas traseras.

—¡Estúpido! —gritó Rico en el aire y jaló hacia atrás al caballo, que cayó sobre él. ¡; Lou lanzó un grito fuerte, poco natural, horrible. Se oyó a sí misma y oyó el golpe del caballo al caer. Vio el vientre de oro pálido, los cascos que se alzaban y golpeaban el aire y a St. Mawr retorciéndose, alzando la cabeza

aterrado, los ojos abiertos desde la orilla desnuda de su nariz. El cuello arqueado, cruel, sobre el piso, jalando frenético las riendas que Rico sostenía aún con fuerza. Sí, Rico estaba tirado de lado, sus ojos también observaban desde un rostro pálido y amarillo y, entre la hierba, aún se aferraba a las riendas.

El joven Edward se adelantó de prisa y dio vueltas al enorme caballo que se retorció y cuyo peso, volteado y de oro pálido, parecía abarcar el universo entero.

—¡Deja que se pare, Carrington! ¡Deja que se pare! —gritaba, acercándose para agarrar las riendas, con gran riesgo. El caballo tuvo otra convulsión espasmódica.

¡Horror! El joven rodó hacia atrás y llevó las manos a la cara. Había recibido una patada. ¡La sangre le escurría por el mentón! Lewis ya estaba allí, quitó a Rico las riendas de las manos, St. Mawr se dio vuelta como un pez, extendió las patas sobre la tierra, echó hacia atrás la cabeza y miró alrededor desasosegado. Sus ojos entrecerrados, los hollares abiertos, su cara tenebrosa llena de pánico. Se quedó así unos momentos, hincado sobre las patas delanteras, la cara cubierta de pánico —parecía un terrible reptil. Luego se alzó débil sobre las patas y se quedó parado, convulso, tembloroso.

Rico estaba tirado, ovillado, un poco de lado, mirando al cielo con cara amarillenta y cadavérica. Lewis volteó con cierto terror y miró asustado a St. Mawr. Flora había estado dando vueltas.

Ahora se acercaba a donde Rico yacía postrado, dando gritos. —Harry, Harry, ¿no estás muerto? Ay, Harry, Harry, Harry.

Lou desmontó. No supo cuándo. Luego se detuvo un poco apartada, como hechizada mientras Flora gritaba "Harry, Harry, Harry". De pronto Rico se sentó.

—¿Dónde está el caballo?

Y en ese momento su rostro se puso más pálido aún, adolorido mordió su labio y se desmayó. Flora lo abrazó rápidamente.

¿Dónde estaba el caballo? Había retrocedido lento, lleno de desconfianza mientras Lewis murmuraba en vano. Otra vez levantó la cabeza, los ojos observaban desde sus cuencos y tuvo un expresión terrible y culpable y fantasmagórica. Cuando Lewis volvió a acercarse se apartó y encogió como un resorte de acero sacudido, no se le podía tocar. Parecía mirar legiones de fantasmas llegados desde todas las avenidas oscuras, desde todos los siglos transcurridos a partir de que el caballo fuera sometido por el hombre.

¿Y el otro hombre? Estaba todavía de pie, a poca distancia, inmóvil, con las manos en la cara; la sangre escurría por su camisa blanca y, a su lado, plañidera y ensimismada, su esposa. También estaba allí la señora Witt mirando, inmóvil como estatua de acero. No dijo nada ni se movió; se limitaba a mirar con cara impasible y fija.

—Dime, ¿crees que le pasó algo? —preguntó Lou a Flora, que sostenía a Rico y lloraba un torrente inimaginable de lágrimas. Entonces la señora Witt avanzó y de manera muy eficiente desabrochó el cuello de la camisa y puso la mano sobre el corazón del joven. Rico abrió los ojos otra vez, dijo: "¡de veras!" y volvió a cerrarlos.

—Se desmaya —anunció la señora Witt—. No tenemos brandy.

Lou, demasiado preocupada para sentir nada, dijo:

—Traeré un poco.

Se dirigió con su asustada yegua, que estaba con los otros caballos, cabizbaja y en suspenso. Lou montó casi inconscientemente, levantó la cabeza y se puso en marcha.

Y también Poppy se asustó, dio un brinco súbito y Lou paró.

—¿Por qué? —preguntó al caballo—, ¿por qué haces eso? Miró y vio un destello amarillo y negro entre los brezos.

—¡Una serpiente! —dijo, dudosa. Y miró atentamente.

Era una culebra muerta que debió haber bajado a beber en un estanque pequeño cubierto de juncos, en una depresión junto al camino. La habían matado a pedradas, su cabeza estaba aplastada y su espalda amarilla y negra brillaba un poco todavía, y asomaba un trozo del vientre azulado. Muerta, tal vez, apenas esa mañana. Lou continuó, enfilando hacia la granja. Un cansancio inexpresable se había apoderado de ella. No podía ni siquiera sufrir. El cansancio del espíritu la dejaba en una suerte de apatía.

Y tuvo una visión, una visión del mal. No era, estrictamente, una visión. Se dio cuenta de que el mal llegaba a la tierra en enormes oleadas: el mal, el mal. Siempre creyó que no existía tal cosa, apenas la negación simple del bien. Ahora, como un mar a cuya superficie emergía, podía ver las olas gris oscuro del mal retrocediendo en una gran resaca.

Y había barrido a la humanidad sin que la humanidad se percatara.-Había levantado a las naciones como un enorme mar picado eleva a sus peces y los barre hacia una gran marea malévola. No lo notan. La gente tampoco lo notaba. Ni siquiera lo deseaban. Querían ser buenos, que todo fuera gozoso y disfrutable. Todo: gozoso fcdisfrutable para todos; si se les pregunta, ése es su deseo.

Pero al mismo tiempo, estaban bajo el sortilegio del mal. Era algo suave y sutil, suave como el agua y su avance era suave e imperceptible como la marea lo es para quien está mar adentro. Y todos iban mar adentro, arrastrados por la corriente de un mal misterioso, criaturas de los principios malignos, como los peces son criaturas marinas.

No había tregua. El mundo entero era cubierto por la enorme inundación. Todas las naciones: blancas, morenas, negras y amarillas, inmersas en una extraña marea de maldad que se levantaba sutil, irresistible. Nadie la deseaba voluntariamente,

tal vez. Casi todos los individuos deseaban paz y pasársela bien, en todas partes: que todos la pasaran bien.

Pero algo extraño había sucedido y la enorme y misteriosa fuerza de la maldad certera se desató. Sentía que del centro de Asia brotaba la maldad, como si fuera un polo extraño, para ahogar lentamente a la Tierra.

Era algo terrible, algo ineludible. Le había llegado como una visión al ver el vientre de oro pálido del semental caído, los cascos salvajes en el aire, las corvas con cascos malignos, el mal luchando desde el cuello arqueado, como de pez, con ojos dilatados en la cabeza. Volteado, hendiendo el aire con los cascos. Invertido, absolutamente malévolo.

Veía lo mismo en la gente. Estaban caídos y se retorcían con maldad. Y el jinete, atrapado pero sin soltar las riendas.

¿Qué significaba? El mal, el mal y retorno acelerado al caos sórdido. ¿De quién era la culpa, del caballo o del jinete? ¿De ambos? Pensó horrorizada en St. Mawr y en la expresión de su cara. Pero pensó con horror, con un horror más frío, en la cara de Rico cuando gritaba "¡estúpido!". Su miedo, su impotencia como amo, como jinete: su soberbia. Y pensó con horror en las otras personas, tan volubles, de una volubilidad tan malévola.

¿Qué pretendían estas muchachas Manby? Socavar, socavar, socavar. Querían socavar a Rico, como el apuesto joven quería socavarla a ella. No creas en nada, que no te importe nada: pero que la superficie se mantenga tersa, hay que pasársela bien. *Socavarnos los unos a los otros. No hay nada en que creer, socavemos todo. ¡Pero, cuidado! Sin escenas, ni aguafiestas. Hay que apegarse a las reglas del juego. Conservar el espíritu deportivo, y que nada se trastorne. Que el juego siga sin tropiezos y con alegría, que cada cual cumpla su parte con camaradería. Nunca, ni por casualidad, herir abiertamente al compañero. Herirlo siempre en*

secreto. Engañarlo, socavar su naturaleza. Quebrarlo a fuerza de socavarlo, si es posible. Buen deporte.

¡El mal! La misteriosa potencia del mal. Podía verlo todo el tiempo en los individuos, en la sociedad, en la prensa. En el socialismo y el bolchevismo: el mismo mal. El bolchevismo estropeaba el exterior de la vida, había que derrocarlo. Y el fascismo. El fascismo conservaba intacta la superficie de la vida y aquello de los socavamientos funcionaba mucho mejor. Era mucho mejor deporte. Nada de sangre. Que las hemorragias fueran internas e invisibles. Y en cuanto el fascismo prospere —lo cual es inevitable, pues todo mal prospera siempre—, descartarlo. Descartarlo con gusto. La humanidad, como un caballo conducido por un jinete desconocido, lampiño y maligno. El mal mismo, lampiño, falsamente apuesto, galopando con la humanidad a costas hasta la ruptura última, junto a una serpiente muerta.

La humanidad ya no es dueña de sí misma. Montada sobre un espectro falsamente apuesto de lealtad exterior, de traición interna, en un juego de traición, traición, traición. Los últimos dioses de nuestra era, ¡supremos Judas!

La gente actúa papeles externos de lealtad, piedad y autosacrificio. Y por dentro son dados a socavar, a traicionar. Y dirigen toda su maldad sutil contra cualquier cosa que viva de manera positiva. Enmascarados por lo ideal, para envenenar lo real.

La creación destruye a su paso, derriba un árbol y levanta otro, pero la humanidad ideal aboliría la muerte, se multiplicaría: millones sobre millones, apilarían ciudad sobre ciudad, conservarían a cuanto parásito vive, hasta que la acumulación de la mera existencia fuera un horror siempre mayor. Y continuarían acumulando vida, lóbrego ejército de salvación de una humanidad ideal. Y furtivos, empeñados también, socavando con fuerza la creación natural, traicionando beso tras beso, destruyéndola desde

adentro, hasta hacer de nuestras existencias agolpadas una enorme podredumbre. Pero el juego debe seguir. Nadie va a detenerlo otra vez, de mala manera, como los alemanes y los rusos.

Dos irrupciones de este mal oculto: en Alemania y en Rusia.

¡Cuidado! ¡Que el mal vigile al mal con su ojo policiaco! La superficie de la vida debe permanecer intacta. Deben apilar producción sobre producción. Y la creación natural debe ser traicionada todavía por muchos besos. Judas es el dios último y, ciertamente, el más poderoso.

Pero hasta Judas se detuvo: se colgó y su vientre reventó poco después de su victoria.

El hombre debe destruir a medida que avanza, como unos árboles caen para que otros se levanten. La acumulación de vida y de cosas conduce a la podredumbre. La vida debe destruir a la vida para que continúe la creación. Conservamos la vida a expensas de la creación, hasta que todo alcanza la podredumbre. Y entonces, por fin, nos detenemos.

¿Qué hacer? En términos generales, nada. Que los muertos entierren a sus muertos: mientras, la tierra apesta a cadáver. El individuo puede apartarse de la masa e intentar limpiarse. Intentar aferrarse a la cosa viva que, aunque destruye al avanzar, es aún dulce. Y en su alma luchar, luchar, luchar para defender aquello que en su interior constituye su vida de los besos tenebrosos, de las mordidas venenosas de las miríadas de malévolos. Retirarse al desierto y luchar. Pero aferrándose, en el alma, a lo que es la vida en sí, que destruye de manera creativa a medida que avanza: destruir lo viejo y rígido para ceder paso a los nuevos brotes. El principio apasionado del ser creativo reconoce un bien natural y también tiene una espada para enfrentar a las legiones del mal. Lucha, lucha, lucha para protegerse. Pero en su interior fortificado tiene paz.

Lou llegó a la granja, consiguió brandy y pidió a los hombres que la acompañaran para transportar al herido.

El joven Edward había perdido dos dientes a consecuencia de la patada en la cara, que le dejaría una ligera cicatriz.

—Pasar la guerra y caer en esto —murmuraba lanzando miradas rencorosas a St. Mawr.

Resultó que Rico tenía rotas dos costillas y un tobillo magullado. Pobre Rico, cojearía el resto de su vida.

—Quiero que le den un *tiro* a St. Mawr —fueron casi sus primeras palabras a Lou, sentada junto a él en la cama de la granja.

—¿Y de qué servirá, querido? —dijo ella.

—Ese bruto es malvado. Quiero que le den un *tiro* —Rico hacía sonar la última palabra como pistoletazo.

—¿Quieres matarlo tú mismo?

—No. Pero quiero que lo maten. No estaré tranquilo hasta saber que lo ha traspasado una bala. Tiene un carácter malvado. No creo que estés segura mientras ande por allí. Le voy a encargar al guardabosque de Manby que lo mate. Puedes decírselo a Flora: yo mismo se lo diré cuando venga.

—¿Para qué hablar de eso, querido? Tienes fiebre.

¿Era St. Mawr malo, realmente? Nunca lo olvidaría, caído y revolcándose en el piso, su cara terrible al recular. Entonces, ¿por qué tenía una apariencia noble? No podía ser perverso. Pero todo mal entraña una perversidad interna, perversa. ¿Era perverso? ¿Era perverso y traicionero? ¿Se sabía capaz de matar y esperaba la oportunidad perversamente?

Tuvo miedo. Si era así, debía recibir un balazo. Tal vez debían matarlo.

La atormentaba tal pensamiento. ¿Había en el espíritu de St. Mawr algo perverso y traidor, algo del mal vulgar? Si era así, que lo mataran. Por momentos la acometía una furia, al recordar el retroceso frenético, su manera loca y horrible de retorcerse por

el suelo; y en su furia quería volver a casa de su madre y matar, cuanto antes, al caballo. Sería una satisfacción, una venganza a nombre de los derechos humanos. Después de todo, Rico era tan considerado con el brutal caballo. Pero en el caballo no había ni traza de consideración hacia Rico. No, la malevolencia servil de la criatura doméstica aquejaba a St. Mawr. Era el esclavo, cobrando su venganza de esclavo y retrocediendo, una vez más, hacia la servidumbre.

Todos los esclavos del mundo preparan su venganza de esclavos y, tras obtenerla, retornan a la servidumbre. ¡Libertad! Los esclavos, en su mayoría, no pueden ser liberados por más que se les deje sueltos. Son como los animales domésticos, a la larga más temerosos de la libertad que de sus amos: y si son liberados por un patrón generoso, tarde o temprano se arrastrarán hacia otro patrón malvado que los pateará sin escrúpulos. Porque para ellos son mejores las patadas y la servidumbre que la terrible y solitaria responsabilidad de la libertad verdadera.

El animal salvaje se disciplina con severidad a sí mismo, a cada momento, en la tensión de la autodefensa, la conservación, la reafirmación. Los momentos para la relajación son escasos y elegidos con cuidado. Hasta el sueño es alerta, cuidado, sin soltarse; el valor salvaje un poco por encima del miedo salvaje. Valor, el valor de lo salvaje para mantenerse solo y vivo en un universo distinto.

¿Tenía St. Mawr tal valor?

¿Y Rico?

¡Ah, Rico! Era uno de los miles de conspiradores de la humanidad que trabajan para vivir con una seguridad física absoluta mientras desean la desintegración minuciosa de toda la vida positiva. Pero ¿St. Mawr? ¿Acaso el ser natural y salvaje de su interior causaba tales desastres? ¿Acaso era el esclavo, animándose a tomar venganza?

¡Si se trataba de esto último, que lo mataran. Sería una gran satisfacción verlo muerto.

Pero si se trataba de lo otro...

Dejó a Rico con la enfermera y fue a casa de su madre en coche, tuvo allí durante dos días, mientras Rico convalecía en la granja. Todo parecía curiosamente alterado. Un nuevo silencio invadía el lugar, una nueva frialdad. El verano se había retirado tras varias tempestades y en la casa se sentía el soplo azul y fresco del otoño,. Floreaban las dalias y los girasoles con el amarillo de finales del verano, las brasas encendidas al rojo de principios de otoño. Asomanaban las puntas malvas de las flores de san Miguel. De pronto algo íla empujaba hacia los grandes espacios de Texas, su cielo azul, su tierra plana y quemada, y miles de girasoles. Otro cielo, otro silencio, allá donde se pone el sol. Y añoró, de pronto, el silencio más absoluto de América. La quietud de Inglaterra era tan suave como un murmullo de voces ininteligibles, de presencias. Pero el silencio de los espacios vacíos de América era aún inexorable, casi cruel.

St. Mawr estaba solo, en un pequeño prado: ella no toleraba que estuviera siempre en el establo. Atravesó lentamente la cerca para llegar a donde estaba. La brillante criatura baya se quedó quieta, mirándola.

Notó que se sentía algo menguado tras las últimas andanzas. Se percataba de la condena humana general, de la maldición de los hombres. Pero algo misterioso y obstinado lo hacía no someterse. —¡Hola, St. Mawr! —dijo al acercarse.

Y él se le quedó viendo, las orejas alzadas y sus grandes ojos mirándola de lado. Pero cuando quiso tocarlo, se alejó.

—No te preocupes —le dijo— no quiero atraparte ni hacerte nada. Se detuvo, escuchó el sonido de su voz y le lanzaba miradas breves. Su hocico temblaba, pero no parpadeaba. Sus ojos se

mantenían bien abiertos, no cedían. Tenía cierta obstinación maliciosa que la llenaba de furia.

—No te quiero tocar —le dijo—. Sólo quiero verte: y ni siquiera tú podrás evitarlo.

Y se quedó mirándolo con intensidad: quería saber y decidir la cuestión acerca de su perversidad de espíritu. Nada que contenga un espíritu valeroso puede ser perverso.

El caballo se sentía incómodo bajo la mirada. Fingió escuchar algo: las yeguas que estaban en el otro campo, alzó la cabeza y relinchó. Conocía el potente y espléndido sonido tan bien: como campanadas llegando desde membranas vivas. Y otra vez le pareció tan noble, con la cabeza en alto oyendo, sus ojos de macho mirando con intensidad a lo lejos.

Pero era todo una farsa.

Lo sabía, calló y se quedó parado a unos cuantos metros de ella, con la cabeza alzada y apesadumbrada, el cuerpo pleno de poder y tensión, la cara oculta a medias, y ella sintió que una gran tristeza animal se apoderaba de él. Una extraña atmósfera animal de tristeza, vaga y esparcida a su alrededor le hicieron sentir que respiraba pesadumbre. Llenó con ella su pecho, como si fuera el gran suspiro llegado desde los tiempos todos hasta su pecho. Y sintió un gran quebranto: el quebranto de la insignificancia humana. La raza humana juzgada por la conciencia de los animales sometidos, confederada desde allí sin valor ni nobleza.

Hombre plebeyo, igual a los animales subyugados, criados para quebrantar el espíritu de las criaturas. St. Mawr, ese caballo brillante, uno de los reyes de la creación del orden inferior al hombre. Habría sido una satisfacción para él servir a los hombres del pasado, valientes, desenfadados y hasta crueles, pero con una flama de nobleza encendida que se remontaba encima de ellos.

Servir a esa flama de misteriosa nobleza. Nada importa sino esa

flama extraña de nobleza innata que obliga a los hombres a ser valientes, a luchar y avanzar. Y el caballo los tolera sobre el lomo.

¿Y dónde está ahora esa flama de nobleza peligrosa que hace avanzar a los hombres? Muerta, muerta, fluye en las cloacas con olor apestoso de autosacrificio; y su luz es la luz débil del cansancio y del *laissez faire*.²⁹

Y el caballo, ¿ha de llevar a los hombres hacia esas cloacas? ¡No! Sabiamente, el hombre inventó los automóviles, coches y otros medios de locomoción. Para los hombres, el caballo está superado.

Pero, por Dios, el hombre está aún más superado que el caballo. Lou se dio cuenta de esto, vagamente, en sus divagaciones de mujer, al inhalar la tristeza del caballo, su quebranto vago y acumulado de generaciones por la ausencia de nobleza en nuestros tiempos. Y la invadió una ola de pesar y compasión por el caballo. Se dio cuenta de que en esa frenética obstinación y malevolencia se ovillaba su tristeza. Bajo la superficie todo era pesar; un pesar inconsciente, vago y generalizado y animal que tal vez sólo Lewis entendía, y eso, porque sentía lo mismo: el pesar de una criatura generosa que ve todas las rutas dirigirse hacia la ciénega de la vida plebeya.

No quería decirle nada más al caballo. No quería mirarlo más. El pesar inundaba su alma, le hacía desear la soledad. Sabía ahora lo que estaba en juego. Sabía que el caballo, nacido para servir con nobleza, había esperado en vano a alguien noble a quien servir. Su espíritu sabía que en los hombres ya no hay nobleza. Y esto lo dejaba a merced de ellos, en una suerte de desencanto.

Se alejó de él y se dirigió hacia la reja; el caballo echó a andar lentamente detrás de ella.

²⁹ Dejar hacer.

Phoenix pasó, caminó para encontrarla cerca de la reja.

—¿No le tiene miedo al caballo? —preguntó burlón, con su voz baja y sutil.

—En este momento, no —dijo en voz aún más baja y mirándolo de frente. No estaba de humor para ironías.

Y al instante desapareció el gesto de sorna de su cara y lo siguió otro, hueco, repentino, con un dejo de penuria racial en sus ojos agudos.

—¿Te daría gusto que le tuviera miedo?—preguntó sin dejar de avanzar hacia la reja.

—No, no me daría gusto —respondió melancólico.

—¿Y tú? ¿Tú le tienes miedo?—preguntó, volteando. St. Mawr se había detenido; al mirar a Phoenix se regresó.

—No le tengo miedo a ningún caballo.

Lou siguió, en silencio. Cuando llegó a la verja preguntó de nuevo:

—¿Te gusta St. Mawr, Phoenix?

—Sí, me gusta. Es un caballo muy bueno.

—¿A pesar de lo que le hizo a sir Henry?

—No por eso deja de ser un bueno caballo.

—Supongamos que te lo hubiera hecho a ti.

—No importa. Habría sido mi culpa.

—¿No crees que sea malvado?

—No creo. No patea a nadie. No muerde a nadie. No embiste, no corcovea, no hace nada malo.

—Se para sobre las patas traseras.

—¿Y qué tiene de malo? —dijo el hombre con una sonrisa lenta y complaciente.

—Bastante, si te cae encima.

—Un caballo no le cae a uno encima si no se le hace caer, ni cuando se sabe montar. Ese caballo quiere salirse a veces con la

suya. Si no se le permite, entonces debe lucharse con él. Y luego, hay que cuidarse.

—¿Cuidarse de que no te mate! ¿Eso quieres decir?

—No hay que permitírselo —dijo Phoenix con una sonrisa torva, burlona y lenta.

Lou vio la cara dorada y tersa, el bigote como una línea y los tristes ojos con su destello. Cruel —tenía algo cruel en el hondo abismo de su interior. Y, al mismo tiempo, tal soledad. Y una satisfacción interior torva por la lucha y un singular valor en su desencanto heredado. La gente que hereda el desencanto puede convertirse, al final, en un gran heroísmo. Con Phoenix casi sucedía esto. Probablemente tres cuartas partes de su sangre eran indias y el resto provenía de su padre mexicano, con lo cual añadía el desencanto hispano al indio. Era casi completo, suficiente para permitirle ser heroico.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó.

—¿Por qué no regresan usted y la señora Witt a Estados Unidos? Nunca han ido al oeste, vayan al oeste.

—¿Adonde, a California?

—No. A Arizona o Nuevo México, Colorado, Wyoming, donde sea. A California no.

Phoenix la miró intensamente y ella vio en él un deseo oscuro. Quería volver. Pero tenía miedo de volver solo, con las manos vacías, tal y como estaba. Había sufrido demasiado y en ese país tal sufrimiento lo abrumaría a menos que tuviera algo para respaldarlo. Tras demasiado contacto con el mundo blanco, el suyo, en cierta forma, era demasiado abandonado, demasiado desesperanzado para su propia desesperanza. Requería un contacto ajeno para brindarle consuelo.

Pero quería regresar. Su necesidad de retorno era cada vez mayor, casi demasiada.

—¿Cómo es Arizona? —preguntó ella—. ¿No es pura arena clara y alcalina, unos cuantos cactus, muy caluroso, fúnebre?

—¡No! —exclamó—. No la llevo allí. La llevaré a las montañas: árboles —levantó la mano y vio el cielo—, grandes árboles: ¡pinos! ¿*Pino real y pinovetes*, huelen bien. Y al bajar, más chaparros, *piñones y cedro*,³⁰ huelen bien al quemarse. Y se ve el desierto, a lo lejos, extendiéndose millas y millas, allá abajo; y donde está el cañón, en lo hondo ¡es rojo! Lo sé, he estado allí, trabajé en un rancho de ganado.

La miró con un brillo hechizado en los ojos oscuros. El pobre tipo sentía nostalgia. Y mientras brillaba con este extraño misticismo, también ella parecía imaginar el lugar con montañas enormes y oscuras que hospedaban en sus faldas grandes extensiones de desierto pálido, rugoso, callado, virgen aún ante las ideas, su parlamento aún por decir.

Phoenix la miraba con atención y sutileza. Quería algo de ella, intensa y pesadamente, y la miraba como si pudiera forzarla a dárselo. Quería que lo llevara de regreso a Estados Unidos porque, en su desolación, temía volver solo. Quería que lo llevara de regreso: con avidez. Ella era el medio para este fin.

¿Por qué no volvía solo? ¿Por qué la presionaba para que se fuera también? ¿Para qué la quería allá?

No había respuesta, pero así era.

—Phoenix, tal vez regrese a América. Pero, como bien sabes, sir Henry nunca iría allá. No le gusta América, aunque jamás haya visitado el lugar. Estoy segura de que nunca viviría allá.

—Pues que se quede —dijo abruptamente Phoenix, con una mirada sardónica, mientras observaba su cara—. Venga usted y él que se quede.

³⁰ Estos cuatro nombres de árboles están en español en el original; pinoveto es el pinabeto, nombre genérico en español que reciben los abetos en el suroeste de Estados Unidos.

—Ah, ¡ése es otro asunto! —dijo ella, retirándose.

Y se alejó; él la miró irse, quieto, en suspenso, mirando como miran los indios. No era amor. El amor personal cuenta poco cuando llegan hasta nosotros penas más grandes, esperanzas más grandes, mayores desencantos y mayores resoluciones.

La señora Witt estaba más silenciosa que de costumbre, encerrada en sí misma con mayor celo. Su boca cerrada, sus cejas arqueadas y más imperiosas que nunca, cavilaban sobre problemas interiores que Lou tuvo la sensatez de no indagar.

En la tarde el vicario Vyner y su señora llegaron a visitar a lady Carrington.

—¡Qué mala suerte, lady Carrington! —dijo el vicario—. Como para descartar Escocia, me temo. ¿Cómo dejó a su esposo?

—Parece que está bien, dadas las circunstancias —dijo Lou.

—Pero *qué* desafortunado —dijo la inválida señora Vyner—. Un hombre tan joven y guapo, en la flor de la edad. ¿Sufre mucho?

—El pie, sobre todo.

—Espero que sea posible rehabilitar su tobillo. Ah, qué desgracia quedar cojo a esa edad.

—El doctor no puede saberlo aún. *Puede* que resulte cierta cojera —dijo Lou.

—Ese caballo dejó su huella, de seguro, sobre dos tipos bien pareídos y jóvenes —dijo el vicario—. Si me permite decirlo, lady Carrington, tiene usted un problema en casa.

—¿Quién? ¿St. Mawr? —preguntó Lou con sonsonete americano.

—Sí, lady Carrington —susurró la señora Vyner, con su tono débil de inválida—. ¿No cree que debe deshacerse de él? A mí me parece la encarnación misma de la crueldad. Su relincho. Me atraviesa como puñales. ¡Cruel, cruel! Ah, creo que se le debe despachar.

—¿Despachar cómo? —preguntó Lou adoptando ella misma el susurro de la inválida.

—Darle un tiro, supongo —dijo el vicario.

—Creo que no duele. Ni siquiera se dará cuenta —se apresuró ir la señora Vyner—. ¡Piense en el mal que ha causado ya! ¡Terrible, terrible! —se estremeció—. Pobre sir Henry, baldado de por vida, y Freddy Edwards desfigurado. Sin contar con todo lo anterior. Ah, no, tales criaturas no merecen vivir.

—Vivir, y tener un palafrenero que lo cuida y lo alimenta—dijo el vicario—. Es algo grave: morder la mano que le ofrece pan... o avena, puesto que se trata de un caballo. Pero supongo que tendrá la intención de deshacerse de él.

—Rico así lo desea —dijo Lou.

—Con toda razón. Yo sería de la misma opinión. Un caballo malvado es peor que un hombre malvado: la diferencia es que uno tiene derecho de mandarlo unos metros bajo tierra, acabar por voluntad propia, del todo, con su maldad.

—¿Cree usted que St. Mawr es un caballo malvado? —preguntó Lou.

—¡Claro!... bueno si he de limitarme a las definiciones, sé que es peligroso.

—¿Y usted cree que debemos matar cuanto nos resulte peligroso —preguntó Lou, sintiendo que su rostro se encendía.

—Pero, lady Carrington, ¿lo ha consultado con su esposo? Me parece que debe regirse por sus deseos en asuntos de esta naturaleza. ¡Y más en ocasiones como ésta! Para *usted*, que es mujer, debería bastar que el caballo sea ¡cruel, cruel, malo! Lo sentí antes de que nada sucediera. ¡El mal de la crueldad del macho! ¡Ah! —y la mujer apretó con fuerza las manos,

—Supongo que St. Mawr pertenece a Rico: se lo regalé. Pero, a pesar de todo, no permitiré que lo mate, no creo.

—¡Ah, lady Carrington! —dijo agitado el vicario—. Puede usted delegar la responsabilidad. El caballo es una amenaza pública, dejémoslo en eso. Podemos conseguir una orden para que se encarguen de él, como parte de un gasto público. Y, aquí entre nos, buscaremos la forma de darle a usted una compensación

adecuada, como muestra de nuestra simpatía. ¡Y es bien sincera, créame! A nadie le gusta destruir a un animal tan hermoso. Pero preferiría sacrificar una docena antes que ver a nuestro Rico inválido.

—Ciertamente —dijo la señora Vyner.

—Discúlpenme un momento, me ocuparé del té —dijo Lou levantándose y saliendo.

Su cara estaba encendida y sus ojos lanzaban destellos. Estas gentes la sublevaban casi hasta el odio. Ah, estos seres humanos terribles, crías caseras, crías de interior, ¡qué repulsivos le resultaban!

Se dirigió rápidamente hacia el salón de su madre. La señora Witt se pintaba de rojo los labios, con cuidado.

—Mamá, quieren matar a St. Mawr —dijo.

—Ya lo sé —dijo la señora Witt, con tal calma como si Lou anunciara que el té estaba listo.

—¡Vaya! —tartamudeó Lou, un poco desconcertada—. ¿No te parece terriblemente desfachatado?

—Supongo que depende del punto de vista —dijo sin apasionamiento la señora Witt, mirando detenidamente sus labios—. Creo que el clima inglés no me sienta. Necesito algo sólido: mucho calor o mucho frío. Este clima, como la comida y como la gente, es casi siempre tibio o templado, sólo eso. Y ni lo tibio ni lo templado son mi línea —hablaba con acento lento.

—Pero están en el salón mamá, quieren obligarme a matar a St. Mawr.

—¿Y el té? —preguntó la señora Witt.

—No me importa.

La señora Witt hizo sonar la campana.

—Supongo, Louise, que si son tus huéspedes, serás tú quien presida la ceremonia del té —dijo con sus modales más pulidos del siglo XVIII.

-No, mamá, hazlo tú. Me siento incapaz de sonreír hoy,

-Yo sí soy capaz -dijo la señora Witt.

Hizo una reverencia leve, con un esbozo de sonrisa formal y efusiva, como si pasara una taza de té.^r

En la cara de Lou asomó una sonrisa.

-Entonces sírveles tú, los toleras mucho mejor que yo.

-Sí -dijo la señora Witt-. Vi pasar por el cementerio el sombrero de la señora Vyner. Es tan parecido a un plato con su taza gastada.

Y no he dejado de decirme: "Querida señora Vyner, podría escanciar en su taza" y servírselo en el sombrero. Y me parece oír responder al vicario: "Mi cabeza está llena de crema, derramáis mi taza". Eso es lo que ellos me hacen sentir. ¡Bajaron y la señora Witt sirvió el té con esa corrección devastadora que hacía que la señora Vyner la calificara como de una indescifrable vulgaridad", puesto que era del todo impermeable al sarcasmo. Pero el vicario era un viejo perro y no soltaba el tema que traía entre dientes.

-Le comentaba a lady Carrington sobre el semental, señora Witt.³¹

-¿Semental, dijo? -preguntó ella con perfecta neutralidad.

-Sí, supongo que es un semental.

-Supongo -dijo desabrida la señora Witt.

-Me temo que lady Carrington muestra compasión en el terreno equivocado -dijo el vicario.

-Disculpe -dijo la señora Witt inclinándose de manera neutra y más cortés-. ¿En el terreno del semental, opina usted?

-Sí -dijo el vicario Vyner con necedad-, en el terreno del caballo St. Mawr.

-El semental St. Mawr -dijo la señora Witt con una vaguedad más suave.

³¹ Siempre que Lawrence se refiere a St. Mawr le dice *stallion*, pues en inglés hay términos para caballos castrados y no castrados. Aquí, el vicario recalca, como si se tratara de una mala palabra, que este caballo no está castrado.

Ignoró por completo a la señora Vyner, que se sentía relegada como un espécimen conservado en formol. Hubo por un momento una pausa absoluta.

—¿Sí? —dijo ingenua la señora Witt.

—Estará de acuerdo en que no podemos permitir que se sufran más accidentes —dijo el vicario, algo abrupto

—¡Por supuesto!

La señora Witt hablaba de una manera lenta y la dama del vicario comenzó a prestar atención. Podía encontrar un hueco donde ensartar su aguja en esta contienda.

—Sabrá usted, vicario, que mi yerno me llama, cariñosamente, *belle-mère*. Suena muy inglés cuando lo dice; yo siempre me siento como una vieja yegua canosa con una campana colgada del cuello, encabezando a otros caballos.

Lanzó una sonrisita frunciendo los labios y siguió, muy coloquial:

—Bueno, en mi calidad de *bell-mare* de un hato de caballos, veré que mi yerno no vuelva a acercarse jamás al semental. El semental no tolera que lo molesten.

Hablaba con tal énfasis que el vicario la miró con ojos muy abiertos y totalmente desconcertado.

—Todos sabemos —dijo en tono firme— que el autor de las maldades, señora Witt, fue St. Mawr mismo.

—¿De veras cree eso? —su voz se elevó con sorpresa americana—.

¡Vaya! ¡Qué extraño! —y puso énfasis deteniéndose en la última palabra.

—¿Extraño, eh? ¿Tras lo acontecido? —dijo el vicario con una sonrisita helada.

—¡Pues sí! ¡De lo más extraño! Yo misma vi a mi yerno jalar hacia atrás al caballo y detener las riendas con todas sus fuerzas; jalar la cabeza de St. Mawr hacia atrás, al suelo; hasta que el palafrenero se arrastró y arrancó las riendas de su mano. ¿No le parece que sir Henry se mostró malvado?

El vicario se puso morado, hizo un movimiento convulsivo con las manos. La señora Vyner se había convertido en un pilar de sal sedente, estrafalariamente ataviado.

—Señora Witt, juega usted con las palabras.

—No, vicario Vyner, no es así. Mi yerno jaló al caballo y lo tiró, detuvo las riendas.

—¡Pobre caballo! —dijo el vicario con burdo sarcasmo.

—¡Sí, *pobre*! —dijo la señora Witt—. ¡*Pobre* caballo, de veras!

La señora Vyner se levantó como si un resorte de la silla la hubiera impulsado. Su cara tenía un tinte rosa, manchado.

—Señora Witt, equivoca usted sus simpatías. Ese pobre joven: la belleza de su juventud.

—¿Verdad que es *hermoso*! —dijo la señora Witt con sus extravagantes simpatías—. Se trata del esposo de mi hija —y vio a Lou petrificada.

—¡Ciertamente! —dijo agitada la señora Vyner—. Y defiende usted a ése, ése...

—Ese semental —dijo la señora Witt—. Verá, señora Vyner—añadió agachándose hacia adelante de manera femenina y confidencial—, si la vieja yegua canosa no defiende al semental, ¿quién lo defenderá? Todas las jóvenes en flor defienden a mi hermoso yerno. Usted misma, incluso, alberga hacia él *cordiales* sentimientos. Yo soy una mujer americana y siempre defiendo a los acusados. Y defiendo al semental. Creo que no están en lo correcto. Mi yerno lo hizo retroceder y caer, fuera o no su intención. Y vea cómo lo maltratan. Digan a todos, señora Vyner, vicario Vyner—dijo volteando hacia éste—, que la *belle-mère* está del lado del semental.

Miró primero a uno y luego al otro con una caravana leve y graciosa, sus cejas negras arqueadas como arco iris negros sobre su cara del siglo XVIII, sus ojos abiertos, grises, osados, absolutamente incomprensibles.

—¡Vaya! Es un recado peculiar el que nos pide difundir, señora Witt —empezó a reclamar el vicario, cuando lo interrumpió poniendo su mano sobre su brazo, inclinándose más y mirándolo a la cara con un gesto plañidero e insistente.

—*Hágalo*, por favor, vicario, *hágalo* —rogó mirándolo a la cara con intensidad.

Él retrocedió incómodo ante la mirada.

—Si así lo desea... —dijo con voz impostada.

—Ciertamente, eso deseo —dijo, como si se tratara del deseo más dulce del mundo. Y volteando hacia la señora Vyner añadió:

—Adiós, señora Vyner. Mi hija y yo agradecemos *tanto* su visita.

—Fue un gesto amable —dijo la señora Vyner.

—Lo sé, ah, lo sé —dijo la señora Witt—. Se lo agradezco *tanto*.

Adiós. Adiós, vicario. ¿Quién está a cargo del servicio religioso del domingo? Espero que sea usted, puesto que tengo ganas de ir.

—Me toca a *mí* —dijo el vicario—. Adiós. Bueno, adiós, lady Carrington. Mañana iré a visitar a nuestro joven y con gusto la llevaré a usted, o cualquier encargo.

—Tal vez mi madre quiera ir —dijo Lou, suave y suplicante.

—Bueno, ya veremos —dijo el vicario—. Adiós por ahora.

Madre e hija, paradas en la ventana, los vieron cruzar el patio. Ambos sabían que los miraban pero no se atrevían a voltear, ni se atrevían a confesárselo uno al otro.

Lou sonreía con una sonrisa amplia que le daba una extraña apariencia intensificada de druida o fauno.

—Estuvo casi tan bueno como servirle té en el sombrero —dijo la señora Witt serena—. Me cansa la gente así. Me voy a tomar un jerez.

—Yo también, mamá. Mucho mejor que servirle el té en el sombrero. Tu intención era ponerle crema y azúcar antes de servírselo, ¿o no?

—Eso hice —dijo la señora Witt.

Y, pasada la emoción del encuentro, Lou sintió que también su vida había pasado. Se metió a la cama, se sentía incapaz de tolerar nada más.

En la mañana encontró a su madre junto a la ventana, contemplando un entierro. Llovía copiosamente, algunos de los deudos usaban gabardinas. El entierro se llevaba a cabo en el rincón más pobre del cementerio; sobre una tumba reciente había guirnaldas de flores deshojadas y empapadas. El ataúd amarillento estaba bajo la lluvia, sobre la tierra mojada. El clérigo sostenía sobre su cabeza el sombrero, a modo de pequeño paraguas, como en saludo continuo y apuraba la ceremonia. La gente parecía tan mojada que ya no lloraba para no mojarse más.

Era un ataúd largo.

—¿De veras te gusta mirarlo, mamá? —preguntó Lou irritada, mientras la señora Witt contemplaba, absorta.

—Sí, Louise, realmente lo disfruto.

—¡Disfrutarlo, mamá! —a Lou casi le repugnaba.

—Te diré por qué. Imagino que soy yo quien está dentro del ataúd (ésta es una chica de dieciocho años, murió de tisis), que son mi parentela y los miro enterrarme. Y has de saber, Louise, que he llegado a la conclusión de que en este mundo nadie vive de veras, por lo cual nadie muere de veras tampoco. Bien puede decirse: "Oh, Muerte, clava tu aguijón: jon-jón".³² Pero ni siquiera la muerte puede aguijonear a quienes no han vivido de veras. Siempre había dicho que querría eso: morir sin el aguijón de la muerte. Y estoy segura de que la muchacha de la caja dice: "Figúrense, la tía Emma trae puesto un impermeable pardo, ¡y que lo use en mi entierro! No muestra mucho respeto. ¡Pero la parentela de mi madre siempre fue bastante vulgar!" Creo que deberían enterrar

³² La cita de Shakespeare, tomada a su vez de la *Biblia*, *O death, where is your sting* y que Lawrence termina con un *a-ling, ling*.

solemnemente un rollo de periódicos donde se dé cuenta de la muerte y del entierro a la semana siguiente. Sería igual de serio, la tumba de todos los comentarios mundanos...

—No quiero ni imaginármelo, mamá. Uno debería ser capaz de reírse. Me gustaría reírme.

—Bueno, Louise, piensa que es un error tan grave reírse de todo como llorar por todo. Tampoco la risa es la panacea. Me gustaría, *en verdad*, saber dónde me encuentro antes de que me encierren en una caja. La muchacha de esa caja nunca estuvo en ningún lugar: sólo en los comentarios de los periódicos sobre su muerte y funeral. Me pregunto dónde he estado yo. También yo he sido sólo una secuencia de comentarios de periódico. Estoy segura de no haberte concebido nunca, ni haber dado a luz. Sucedió como un anuncio en el periódico. Que seas mi hija es un hecho periodístico, se limita a eso.

Lou escuchaba y sonreía.

—Siempre supe que eras filósofa, mamá, pero nunca imaginé que todo terminaría en panegíricos de cementerio rural acerca de tu maternidad.

—¡Exacto, Louise! Me siento aquí y canto la elegía de mi maternidad. Nunca tuve maternidad sino como hecho periodístico, nunca estuve casada sino como reseña periodística. Nunca fui joven sino como nota periodística. Si enterrasen cuanto dije o dijeron de mí, me enterrarán a *mí*. Pero como Las Palabras Afables Nunca Mueren³³ no me podrán enterrar, y la muerte no me clavará su aguijón-jón-jón. Escúchame, Louise, quiero que la muerte sea para mí algo real, no lo que fue para esta muchacha. *Quiero* que me duela, Louise. Si me duele suficiente, sabré que antes estuve viva.

³³ Burla de los clichés de las tarjetas de felicitación, bordados y cromos domésticos de época.

Su expresión era fija, miraba tras los párpados entrecerrados el funeral, estoica, fatal y por esa vez, de cierta manera, con avidez de muchacha virgen y joven. A Lou la asustaba mucho. Estaba acostumbrada a que su madre fuera una amazona invencible y un terror se apoderó de la joven al verla quieta, ávida, virginal y tierna como muchacha que nunca se hubiera levantado en armas, anhelante tras la ventana desde la cual sólo podían verse las tumbas ¡El terror del *demasiado tarde!*

En ese momento Lou se sentía siglos más vieja que su madre, con la responsabilidad fastidiosa de los jóvenes, cuando deben proteger y guiar a los viejos.

—¿Qué podemos hacer al respecto? —preguntó Lou, protectora.

—No hagas nada, Louise. No quiero que nadie conduzca con prudencia mi canoa cuando por fin siento acercarme a los rápidos. Me dejaré llevar por el río. No intentes hacer nada por mí. Yo misma he provocado ya suficientes estropicios en aras de ese instinto Al fin voy río abajo.

Hubo una pausa.

—Pero, ¿ahora y aquí? —preguntó Lou con cierta ironía.

—No lo sé, realmente. Espera un poco.

—¿Regresar a América?

—Es posible.

—Tal vez yo también regrese.

—Siempre esperé a que regresaras por tu propia voluntad.

Lou salió, anduvo por la casa. Estaba tan rotundamente cansada de todo... fatigada de la casa, del cementerio, fatigada hasta sólo de pensar en Rico. Tenía que regresar al día siguiente para atenderlo. El pobre Rico, que pasaba sobre los días como una amable maquinaria. No era su culpa. Pero su vida era una agitada nulidad y la suya debía agitarse con una nulidad acorde a la de él. Apenas tenía fuerza para detener la agitación y estar quieta. Tal vez no tenía ni siquiera esa fuerza.

No sabía. Se sentía tan débil que a menos que algo la arrancara de tal estado seguiría en su parcela de agitación, en la gran maquinaria de la vida humana hasta desplomarse; hasta su agitada agitación se agotara sola, callara y un silencio casi estéril tomara el lugar antes ocupado por su propio ruido. Salió a la lluvia, a la caballeriza donde Phoenix y Lewis estaban sentados uno frente a otro, uno en el umbral y el otro en unos escalones.

—Vaya —dijo sonriendo de manera extraña—. ¿Qué haremos?

Los dos hombres se levantaron. Afuera, la lluvia caía constante sobre las piedras del patio, a través de las hojas del árbol. Lou se sentó en el escalón de hierro de la carreta.

—Está frío —le dijo Phoenix—, siéntese aquí. Y echó una manta amarilla de caballo sobre la caja donde él estuvo sentado antes.

—No quiero quitarte tu lugar.

—No importa, siéntese usted.

Se movió y se dejó caer ufano en la orilla de la carreta. Lou se sentó y desató su suave chal de tartán. Su cara estaba sonrosada y fresca, la humedad ensortijaba su cabello casi con desenfado. Pero bajo sus ojos se veían huellas de una preocupación mortal. Miró a los dos hombres, lanzando nuevamente una sonrisa extraña. —¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

La miraron con atención, sin entender.

—¿De qué? —preguntó Phoenix con una débil sonrisa que reflejaba el gesto de ella.

—Ah, de todo —dijo, apretando el chal—. ¿Saben lo que quieren? Quieren matar a St. Mawr.

Los dos hombres se miraron.

—¿Quiénes? —preguntó Phoenix.

—Pues... todos nuestros *amigos* —dijo con cierto mohín—. El vicario Vyner.

Los hombres intercambiaron una mirada. Después hubo una pausa. Luego Phoenix dijo, sin mirarla:

—El jefe lo va a vender.

—¿Quién?

—Sir Henry —al mestizo siempre le costaba trabajo pronunciar el título, lo hacía con cierta sorna—. Se lo va a vender a la señorita Manby.

—¿Cómo sabes?

—Me lo dijo anoche un hombre de Corrabach. Flora, dijo.

Lou miró directamente a los ojos burlones de Phoenix, no parecía ver nada, estaban llenos de sarcástico entendimiento. Ella se volvió.

—¿Qué más dijo?

—No sé —dijo Phoenix evasivo—. Dijo que lo cortarían, o le darían un balazo. Creo que lo cortarán; y si se muere, pues, que se muera.

Lou entendió: castrarían a St. Mawr; a su edad.

Miró a Lewis. Estaba sentado con la cabeza gacha, no le podía ver la cara.

—¿Cree que sea cierto, Lewis? ¿Cree que intentarían castrar a St. Mawr, lo castrarían?

Lewis la miró. Hubo un breve brillo mortal en la calma de su cara.

—Es bien probable, seño.

Ella tuvo miedo de sus ojos fríos, pálidos y desconfiados, con su niebla de anuencia incómoda y gris. Estos hombres, con propósitos callados y sombríos, no eran como los demás. Parecían silenciosos enemigos de todos los hombres que había conocido. Enemigos en un gran campo blanco, disfrazados de sirvientes, aguardando una oportunidad imprevista. Cuál era esa oportunidad, nadie sabía.

—Sir Henry no me ha dicho nada sobre la venta de St. Mawr a la señorita Manby —dijo.

Un asomo despectivo en forma de sonrisa se posó en la cara de Phoenix.

—Primero lo venderá y luego lo dirá —dijo con su manera contundente.

—¿De veras lo crees?

Era extraordinario cuánto menosprecio corrosivo podía imprimir Phoenix a las cosas, con apenas unas cuantas palabras. Se sintió casi insultada. Y, sin embargo, era un respiro.

—Sabes, no puedo creerlo. No creo que sir Henry desee que mutilen a St. Mawr. Preferiría matarlo.

—¿Usted cree? —preguntó Phoenix con apenas una sonrisa.

—Lewis, dígame lo que en verdad piensa.

Lewis la miró con una mirada directa, dura, sin miedo, inglesa.

—El hombre, Philips, estaba anoche en La Luna y las Estrellas. Dijo que la señorita Manby le había dicho que había comprado a St. Mawr, le había preguntado si sería seguro castrarlo, para que ya no fuera semental. Él dijo que sería lo mejor, que así se le quitaría ese temperamento. Además, dijo, ni siquiera sirve como macho.

Lewis volvió a agachar la cabeza y hacía dibujos en el suelo con la punta de su pie, más bien pequeño.

—¿Y usted que piensa? —dijo Lou. Se le ocurría que la señorita Manby podía ser mucho más práctica y sensata que el vicario. Lewis volteó a mirarla, con ojos pálidos.

—No me compete para nada. No iré a Corrabach Hall.

—Entonces, ¿qué hará?

Lewis no contestó. Miró a Phoenix.

—Tal vez él y yo vayamos a América —dijo Phoenix, mirando el vacío.

—¿Y él puede entrar?

—Sí, yo sé cómo —dijo Phoenix.

—¿Y el dinero?

—Tenemos dinero.

Hubo un silencio, tras el cual preguntó a Lewis:

—¿Abandonará a St. Mawr a su suerte?

—No puedo evitarlo —dijo Lewis—. En el mundo hay demasiadas gentes, yo no puedo evitar nada.

—¡Pobre St. Mawr!

Entró en la casa y se dirigió a su cuarto. Luego subió a las habitaciones más altas de la casa georgiana. Podía ver los campos mojados desde una de las ventanas. Podía ver a St. Mawr mismo, solo, como siempre, parado con la cabeza alzada, mirando sobre las cercas. La lluvia lo pintaba de un tono más oscuro. Hermoso, con su cabeza firme y su cuello fuerte y sus magníficos flancos. Llamaba a Poppy con un relincho. El sonido, como campanada, llegaba claramente a través del aire mojado; el llamado del semental que la señora Vyner calificó de cruel. Sonido extraño, con un esplendor propio, de otra era del mundo. La malvada crueldad humanitaria de la señora Vyner, la crueldad burda de Flora Manby, la crueldad eunuca de Rico. Toda nuestra civilización eunuca, de mente estrecha propia de eunuco, con su crueldad escurridiza y esterilizante.

Ella misma, al ver la marcha altanera de St. Mawr hacia la reja, no pudo evitar decir:

—¡Sí, muchacho! ¡Si supieras lo que te prepara la señorita Flora Manby! ¡Ya *afila* el cuchillo que te pondrá en paz!

Y Lou fue a buscar a su madre.

Las dos mujeres se pararon ante la ventana alta, desde donde se veía el paisaje inglés mojado, cercano, parcelado por setos y cercado. Todo cercado, cercado hasta la opresión. Hasta las manzanas del árbol parecían encerradas, era imposible imaginar que en ellas se incubaba siquiera ni una pizca de "conocimiento".

Buenas para comer, para cocinar, para mostrar. Pero sin la savia

silvestre del conocimiento, indomeñable e inextinguible. Sin eso, hasta las manzanas estaban capadas.

La señora Witt escuchaba las declaraciones de Lou, casi humorosas.

—Debes admitirlo, mamá, Flora es una chica sensata.

—Lo admito, Louise.

—Se dirige a la raíz del problema.

—Y lo elimina de raíz. ¿Qué sensata! ¿Y cuál es tu respuesta?

—No sé mamá. ¿Tú qué le dirías?

—Sé lo que yo le diría.

—Dímelo.

—Diría: "Señorita Manby, puede usted quedarse con mi marido, pero no con mi caballo. Mi marido no requiere su emasculación y mi caballo no requiere su interferencia. Si puedo hacerlo, protegeré al último ejemplar de masculinidad que queda en este museo que es el mundo".

Lou escuchó y sonreía, vagamente.

—Eso es lo que le diré —dijo por fin—. Lo curioso, mamá, es que creen que todos sus hombres rasurados o con bigotitos de interrogación son tremendamente machos. ¡Estilo cazador de zorros!

—Lo sé. Como automóviles machos en pequeño. Un poco de gasolina, echarlos a andar en primera velocidad, y siempre arrancan. Se agita toda su velocidad macha, igual a la de un auto barato.

—Creo que me disgustan todos los hombres, mamá.

—Adelante, Lou. Piensa en Flora Manby y verás que también adoras el sexo bello.

—St. Mawr es mejor, a fin de cuentas. Y me alegro de que les pateee la cara.

—Ah, Louise. —La señora Witt juntó las manos con maliciosa pasión—. ¡Ay, qué gozo!, como decía nuestro Juan,³⁴ en el rancho de tu padre en Texas —y miró con un éxtasis malicioso por la ventana. Oyeron a la sirvienta de lady Carrington llamarlas quedamente y Lou bajó.

—¿Qué sucede?

—Lewis quiere hablar con usted, señoría.

—Que pase a la sala.

Las dos mujeres bajaron.

—¿Qué pasa, Lewis? —preguntó Lou.

—¿Debo llevar a St. Mawr a Corrabach en caso de que envíen por él?

—No —dijo Lou rápidamente.

—Espérate un momento —añadió la señora Witt—. ¿Por qué crees que enviarán por St. Mawr desde Corrabach, Lewis? —preguntó suave como leopardo gris.

—La señorita Manby fue a Flints Farms con el vicario Vyner esta mañana, apenas regresaron. Detuvieron el coche y la señorita Manby se bajó ante la reja, en el campo, para mirar a St. Mawr. Creo que si hizo un trato con sir Henry, va a enviar esta tarde a su hombre; en ese caso debo cepillar un poco a St. Mawr.

El hombre estaba de pie, extrañamente quieto mientras sus palabras brotaban, sombras apenas de lo que significaban. Era un reto.

—Comprendo —dijo la señora Witt lentamente.

La cara de Lou se ensombreció. También ella se daba cuenta.

—Así que ése es su juego —dijo—. Así es que por eso me enviaron para acá.

—No importa, Louise —dijo la señora Witt. Y luego a Lewis—: Por favor traiga a St. Mawr. Eso deseo, ¿verdad, Louise?

³⁴ En español en el original.

—Sí —dijo dudosa. Pero vio en la cara de la señora Witt que preparaba el contraataque.

—Y, Lewis —dijo la señora Witt—, tal vez mi hija desee que monte a St. Mawr en la tarde, aunque no vaya a Corrabach Hall.

—Muy bien, seño.

Cuando Lewis salió, la señora Witt se quedó sentada un rato, en silencio, inspirándose en las lápidas mojadas y grisáceas.

—¿Crees que ha llegado el momento de actuar, hija?

—Cualquier cosa —dijo Lou con desesperación.

—Muy bien. Mis queridos amigos, y mis *únicos* amigos en este país, viven en Oxfordshire. Iré a visitarlos *a caballo*. Saldré esta tarde hacia Merriton. Lewis me acompañará, con St. Mawr.

—Pero no puede llegarse a Merriton en una tarde —dijo Lou.

—Ya lo sé. Iré a campo traviesa y lo *disfrutaré*, hija. Haré de cuenta que ya empecé el viaje de regreso a Estados Unidos. Este lugar me aburre terriblemente. Desde Merriton haré los arreglos necesarios para volver a América y me llevaré a Phoenix, a Lewis y a St. Mawr conmigo. Creo que quieren irse. Tú debes decidir por ti misma.

—También yo iré —dijo Lou desapegada.

—Muy bien, saldré inmediatamente después del almuerzo pues este sitio no me permite *respirar* más. ¿Dónde están los planos de carreteras de Henry?

Esa tarde se vio a la señora Witt montada sobre su caballo, con una capa impermeable larga, y a Lewis con igual atuendo, sobre St. Mawr, trotando entre los charcos, avanzando lentamente hacia el sur. Caminaban por el campo y pasaron cerca de Flints Farm, pero a la señora Witt le importaba bien poco. Con dificultad amarró un rollo impermeable con lo que necesitaría para esa noche y, por primera vez en mucho tiempo, parecía respirar con libertad.

Y, ciertamente, más o menos una hora después de la partida de la señora Witt llegó Flora Manby en un automóvil salpicado, con su hermana, un palafrenero y una silla.

—¿Sabías que Harry me vendió a St. Mawr? —exclamó—. No puedo esperar, estoy loca por tenerlo.

—¿Cómo?

—Ah, no sé, hay maneras. ¿No te importa si Philips lo monta hasta Corrabach? Ah, se me olvidaba, Henry te mandó esta nota.

Loulina, querida: ¿Has estado lejos dos días o dos años? Parecen dos años. Se te extraña tanto. Flora tenía tantas ganas de comprar a St. Mawr para evitarnos más dificultades, que se lo vendí. Me dará lo mismo que pagamos nosotros: más bien de lo que pagaste tú; por supuesto, el dinero es tuyo. Agradezco la oportunidad de deshacerme del animal y de que quede en manos competentes —le pedí que por favor te liberara de la carga hoy mismo. No tienes idea qué alivio me da saber que ya no estará allí. Vendrás mañana, ¿no? No pensaré en nada sino en ti, hasta verte. ¡Arrivederci, queridísima, mi querida! R.

—¿Lo lamento! —dijo Lou—. Mi madre fue a visitar a unos amigos a caballo y Lewis la acompañó con St. Mawr, él sabe el camino.

—¿Volverá esta tarde? —preguntó Flora.

—No lo sé. Mi madre es tan impredecible. Puede que esté fuera uno o dos días.

—Bueno, aquí está el cheque por St. Mawr.

—No, no lo tomaré ahora. No, gracias... no, hasta que mi madre regrese con la mercancía.

Flora estaba contrariada. Ambas mujeres sabían que se odiaban una a otra. La visita fue breve.

La señora Witt cabalgó bajo el agua; disminuyó conforme avanzaba la tarde, que terminó sin lluvia, con un baño de luz amarillenta y pálida. Había cabalgado todo el tiempo en silencio, seguida por Lewis. Apenas veía los cerros cubiertos de brezos, las grandes

hondonadas separándolos, el bosque de robles, las campánulas que aún floreaban, ni siquiera veía el suelo. Sentía un profundo rechazo interior hacia Inglaterra: prefería incluso la crudeza de Central Park, en Nueva York.

Y sentía un deseo casi violento de alejarse de Europa y todo lo europeo. Ahora ya estaba en *marcha* y no le importaban St. Mawr, ni Lewis, ni nada. Algo en su interior se rebelaba contra Europa todo el tiempo. La enloquecía la proximidad, el sentimiento de cohesión, el sentimiento de estar fundida en un solo bloque con los demás —a pesar de mantener las distancias. En América la cohesión era un asunto voluntario, de elección. Pero en Europa era orgánico, como si se tratara de las partículas indefensas de un cuerpo caído de bruces. Y el gran cuerpo presentaba un estado de incipiente descomposición.

Tenía 51 años y la sensación de que no había estado viva ni un día. Si miraba hacia atrás, veía los árboles ralos de los pantanos de Louisiana, la emoción bochornosa, subtropical de la Nueva Orleáns decadente y la vasta desnudez seca de Texas con sus múltiples rebaños en el polvo iluminado. ¡La emoción semieuropea de Nueva York! ¡La falsa estabilidad de Boston! Un marido listo, brillante abogado a quien emocionaba más, sin embargo, un rancho ganadero que la ley; bebía mucho y murió. Sus primeros años de viuda en Boston, el consuelo del cortejo autosuficiente y casi intelectual de hombres inteligentes. Pues, curiosamente, cuando lo deseaba, podía orillar a los hombres al cortejo. A toda clase de hombres. Luego, una temporada algo alocada en Nueva York, cuando tenía apenas cuarenta años. Más tarde, un prolongado coqueteo *visual* en Europa. Desde que llegó a Europa había dejado de "amar", sólo lo hacía con la mirada. Al enfilarse hacia Estados Unidos, descubrió que también allá habían terminado sus "amores". ¿Qué había ocurrido? Tras analizarse decidió, tiempo atrás, que su naturaleza era una fuerza destructiva. Pero se justificaba: sólo

se destruye lo que puede destruirse. Si hubiera encontrado algo indestructible en los hombres, a pesar de luchar en su contra, se hubiera sentido al fin feliz de ser derrotada.

Dependía de eso. Realmente quería sentirse derrotada en su interior. Y nunca nadie la había derrotado. Los hombres nunca fueron contrincantes de su altura. Era una mujer de salud inquebrantable, sentía que en sus fuertes extremidades había más fuerza eléctrica que en las de ningún hombre que hubiera conocido. Esa curiosa fuerza fluida hacía que cualquier hombre le besara la mano, si ella lo deseaba. Sería reina mientras lo deseara. Y aunque jamás fue buena estudiante, siempre tuvo gran respeto por los poderes de la mente. Sus poderes no eran mentales, eran más bien eléctricos —como salidos de un singular dinamo físico en su interior. Por eso reverenció con diligencia la Mente.

¡Pero, por Dios! Tras lapsos breves, descubría que la Mente se plegaba ante ella —al menos la de los hombres que pasaban por ser inteligentes. Su peculiar fuerza de dinamo era más poderosa que la fuerza de la Mente. Podía obligar a la Mente a besarle la mano. Y no usaba trucos sensuales. La sensualidad no le importaba, menos aun cuando era joven. El sexo venía por añadidura. Le interesaba la simpatía misteriosa, intensa, dinámica que pudiera fluir entre ella y algún hombre "vivo": un hombre que fuera muy consciente, como un alambre tenso. Era lo que le importaba.

Pero no descansaba hasta que el hombre admirado —y la admiración era la raíz de la atracción hacia cualquier hombre— besara su mano. Real y metafóricamente: de ambas maneras. Física y metafísicamente: conquistarlo, en sus territorios.

Y siempre tuvo éxito. Y creía que, si lo deseaba, *siempre* tendría éxito en el mundo de los hombres "vivos". Por su poder: el de sus brazos, de sus manos fuertes y bien formadas pero terribles; en suma, por el gran dinamo de su cuerpo.

Por eso había sido tan complaciente con Rico y el enamoramiento de Lou. ¡Por Dios!, ¿dónde colocar a Rico dentro de la escala de los hombres?

Tal vez despreciaba con demasiada rapidez a los hombres de la generación más joven. Como no veía en ellos veneros de poder, deducía que les faltaba. Tal vez la capacidad de acomodarse a cualquier circunstancia sin comprometerse en ninguna era la última victoria de la humanidad.

Había pasado ya el apogeo de su generación. Le había tocado. El mundo de sus hombres se hundió en una suerte de intrascendencia. Y con gran deferencia despreciaba el mundo que lo había reemplazado, el mundo de Rico, de Flora Manby; el mundo representado, según ella, por el príncipe de Gales.

En ese mundo ya no quedaba nada por conquistar. Daba todo y nada a todos y ninguno, siempre. ¡*Dio benedetto!*, como diría Rico. Y el complejo nudo de nulidades se enredaba en la nada. Al menos eso parecía.

¡Por Dios! Ésta era la generación que contribuyó a echar al mundo.

Habían pasado sus tiempos y, en lo que respecta a los misterios de la vida, siempre había ganado. Como Cleopatra, en el misterioso asunto de la vida de las mujeres siempre ganó.

Y César, calvo y necio, había logrado sacar el hierro de la forja sin perder por completo el control. Y se había salido con la suya. Antonio era, ciertamente, un espléndido compañero para la muerte.

En su vida nunca hubo un César testarudo que se saliera con la suya, alejándose con sangre fría. Sus hombres se habían alejado entre las multitudes, con la cola entre las piernas. Y ciertamente nunca hubo un hermoso Antonio por el cual morir o con el cual morir.

En su corazón abrigaba, casi, la tentación de gritar: "¡Por Dios, antes de que muera, conquístenme!" Pero, bueno, tenía una enorme complacencia hacia el dios que supuestamente regía este mundo. Sentía que podía lograr que *Él* también le besara la mano. Hela allí, una mujer de cincuenta y un años que había sufrido ya los cambios de su edad. Y la gran amenaza era morir una muerte vacía, estéril. Ah, si al menos la muerte abriera las alas oscuras del misterio y del consuelo. Morir una muerte fácil y estéril. ¡Irse como había pasado, sin misterio, sin agitar la oscuridad! Tal era su agobio final, último, ceniciento.

"Vieja", se dijo. "No soy vieja. He vivido muchos años, es todo. Pero soy tan intemporal como un reloj de arena que da vueltas de día y de noche, y deja caer en una dirección las horas del sueño y hacia la otra las de la vigilia, sin alterarse. Nada me ha alterado, de verdad, en toda mi vida. Creo que Cleopatra hacía pruebas con el áspid, como con las perlas en el vino, para ver si realmente le producía alguna alteración. Nada la había afectado nunca: ni César, ni Antonio, ni nadie. Nunca, ni siquiera una vez estuvo perdida, perdida interiormente. Y entonces probó con la muerte, a ver si así podía perderse. A ver si podía perderse interiormente. ¡Ah, la muerte!"

Pero la señora Witt también desconfiaba de la muerte. Sentía que podía pasar hacia una simple nada, como un ramillete de margaritas silvestres hacia el otoño. Y dentro de ella, algo deseaba la muerte, al menos como algo *real*: arroparse, por fin, en las palpitantes alas del misterio, como un halcón cuando se dispone a dormir. No como algo envuelto en un paquete y colocado sobre el montón de basura más reciente.

Iba por los montes, al trote, en silencio, milla tras milla. Evitaba los caminos, evitaba las cosas, evitaba a la gente, sólo trotaba y avanzaba hacia la noche.

Al oscurecer habían recorrido veinticinco millas. Había viajado en automóvil por esos lugares y conocía los pueblos y posadas; sabía dónde pasar la noche.

La mañana amaneció soleada y hermosa. ¿Por qué una mujer saludable como ella viajaba con la realidad de la muerte ante los ojos? Así viajaba.

Pero la mañana era clara y debía enfrentarla.

—¿Lewis! —dijo—. Venga, dígame una cosa, por favor. Dígame, ¿cree usted en Dios?

—¿En Dios! —dijo meditando—. Nunca pienso en eso.

—¿No reza?

—No, señor.

—¿Por qué?

Se quedó pensando unos momentos.

—No me gusta la religión. Mi tío y mi tía eran muy religiosos.

—No le gusta la religión —repitió ella—. Y no cree en Dios.

Bueno, entonces...

—No —y dudó—. Nunca dije que no creyera en Dios. Pero estoy seguro de no ser metodista. Me siento tonto en una iglesia formal. Me siento tonto cuando el ministro y los diáconos me persiguen. Nunca pienso en Dios si los demás no me obligan a ello —y sonrió un poco, de manera oblicua, casi alegre.

—¿Y no le gusta sentirse tonto? —ella sonrió de manera protectora.

—No, señor.

—¿Yo lo hago sentirse tonto? —preguntó seca.

Ella miró sin contestarle.

—¿Por qué no me responde? —lo presionó.

—Me parece que a veces le gusta burlarse de mí.

—¿Como ahora? —insistió.

Ella lanzó su mirada lenta y distante.

—¿Tal vez! —dijo algo despreocupado.

Era raro, no podía conmovirlo. Parecía observarla siempre desde su distancia, como si estuviera en otro lugar. Hasta cuando se burlaba de él, algo en él la apartaba siempre, la volvía ajena. Ella se enredaba en este juego personal, volvió a su pregunta aislada. Un vicio la hacía siempre usar trucos personales. Aunque no fuera realmente su intención.

Había algo en este hombrecito —algo que, para sus adentros, le hacía llamarle *Little Jack Horner sat in a corner*³⁵— que la irritaba, la obligaba a retarlo. Su inaccesibilidad peculiar, a la vez tan formal y tan ligera.

Y había algo más también: su manera de mirarla, como si la mirara desde otro lugar donde él habitaba y donde ella nunca había estado. La conmovía de una manera extraña. Tal vez, tras este hombrecito se ocultaba el misterio. A pesar de que en la vida real, en el mundo de ella era sólo un palafrenero, algo *chetif*,³⁶ con piernas toscas y un poco arqueadas, sin instrucción, con su "sí seño, no seño", alguien que nunca logró nada, nada sobre la faz de la Tierra. Una no-entidad, en sentido estricto.

Y tal vez lo único real para ella era que el otro habitaba en un mundo ajeno al suyo. Un mundo oscuro y quieto donde el lenguaje nunca agitaba los follajes en crecimiento ni afilaba los bordes, como un mal viento.

¿No se trataba de una ilusión, a fin de cuentas? A veces parecía eso, una simple farsa que ella imaginaba para poder asombrarse de algo.

No obstante, cuando veía a Lewis y Phoenix juntos, en silencio, sabía que existía otra comunión callada que la excluía. Y a veces, cuando Lewis estaba a solas con St. Mawr; y otra vez, cuando lo vio recoger a un pájaro lastimado por los alambres, se

³⁵ Canción infantil inglesa de un pequeño trompeterillo sentado en un rincón, comiendo pastel.

³⁶ Endeble; en francés en el original.

percataba de la existencia de otro mundo, callado, donde cada criatura está sola en su propia aura de silencio, en el misterio del poder: y Lewis tenía poder con St. Mawr y hasta con Phoenix. El mundo visible y el invisible. O, más bien, el sonoro y el inaudible. Ella había vivido tanto tiempo y tan inmersa en el mundo visible y sonoro. No podía aceptar con facilidad otro, callado. Siempre quería hacerle alharaca cuando se aproximaba a sus fronteras.

Aun ahora, quería alborotar al pobrecito tipo porque se mantenía inaccesible en su mundo de silencio, en lo inaudible. Y sabía que él lo sabía.

—¿Alguna vez ha deseado ser rico, ser un caballero, como sir Henry? —le preguntó.

—Muchas veces he querido ser rico. Pero nunca, realmente, he querido ser caballero.

—¿Por qué no?

—No puedo precisarlo. Me sentiría incómodo si fuera como son ellos.

—¿Está cómodo ahora?

—Si no se meten conmigo...

—¿Pero, acaso no se meten con usted? ¿El mundo lo deja en paz?

—No, no me dejan.

—¿Entonces...!

—Soy tan retraído como me es posible.

—Y cuando está retraído, como usted dice, ¿se siente cómodo?

—Sí.

—Pero cuando está usted retraído, ¿de qué se retrae? ¿Cuál es el tesoro precioso que tanto cela?

La miró, se percató de su burla.

—Ninguno, no tengo nada, no es por ahí.

Ella avanzó, con impaciencia. Y no bien lo hizo, se arrepintió. Podía ignorar al pequeño sujeto, con desdén. Pero no, no lo haría.

Había ignorado tantas cosas: pronto estaría en un círculo vacío, su propio ser vacío al centro.

Detuvo un poco la marcha.

—Lewis —dijo—. No quiero que tome a mal nada de lo que le diga.

—No, señor.

—No quiero que me diga "no, señor" siempre —le pidió impulsiva—.

Prométalo.

—Sí, señor.

—¡De veras! Prométame que no se ofenderá, le diga lo que le diga.

—Sí, señor.

Lo miro inquisitiva. Para su sorpresa, ella estaba al borde de las lágrimas: ¡una mujer de su edad! ¡Con un sirviente!

Pero la expresión de él era vacía y pétrea, una orgullosa cara pétrea y distante que lo hacía inmune a las emociones de otros, volvió a lanzarle su mirada fría y distante, vio de frente la cara de la fogosa, confusa y doliente. Tan frío, la rechazaba sin más. No creía, no confiaba en ella, ni siquiera le gustaba. Para él era una enemiga en armas. Y se mantenía de veras distante, donde las armas no lo alcanzaran: no del todo.

Pero al mismo tiempo, cuando lo atacaba de esta forma tonta, vivaz, lo lastimaba. Podía ver en sus ojos masculinos la nube que el dolor le ocasionaba, por distante que se mostrara.

Compraron comida en la tienda de la aldea y se sentaron bajo un árbol, cerca de un campo donde los hombres cosechaban la avena, en un valle tibio. Lewis dejó los caballos vagar sueltos un par de horas, para que comieran y descansaran. Pero se reunió a almorzar con ella. Se sentó a poca distancia, con un trozo de pan con queso en las manos morenas y pequeñas; comía en silencio y miraba a los campesinos. Ella estaba enojada con él y, por lo tanto, era tacaña: sólo le dio pan y queso. Tampoco ella tenía hambre. Él le ocultó la cara. Es más, le ocultó todo su ser, se alejó. No quería tocarla ni ser tocado por ella. Mantenía su espíritu allí, pero

alerta, en guardia, lejos del contacto. Era como si inconscientemente hubiera aceptado la batalla, la batalla ancestral. Él era su blanco, el ancestral objetivo de las mortíferas armas. Pero se negaba a disparar de regreso. Era como si tomara los proyectiles al vuelo, antes de que lo tocaran, para echarlos al piso tras él, en silencio. Y alguna parte especial de su interior la ignoraba, permanecía en otro mundo. ¡Ese otro mundo! ¡Mera armadura masculina de impunidad artificial! La enojaba.

Pero sabía que era otro mundo, por su manera de ver a los cosechadores o de mirar a los chapulines que sólo aparecían al moverse. Y cuando pasó una muchacha rumbo al campo con comida, fue en él en quien se fijó. Y él le concedió una sonrisita rápida y animal que afloró, desprevenida. ¡Otro mundo!

—¡Bueno! —se levantó impaciente.

La tarde era calurosa y estaba un poco cansada. Fue al mesón y durmió, volvieron a salir tras tomar su té. Y tuvieron que cabalgar hasta tarde. Se metió el sol entre el olor de los maizales, claros y amarillo rojizo tras los árboles oscuros e inmóviles. De las chimeneas de las casas se desprendía un humo rosa pálido. No había ni una nube en el cielo, donde permanecía una luz elevada y flotante, como si se tratara de un cuenco volteado a propósito. La luna nueva apareció y se ocultó. La noche comenzaba.

A lo lejos, vieron el curioso resplandor rosáceo de un fuego, tal vez eran hornos. Y la señora Witt creyó detectar un olor de humo de horno o de fábrica. Pero siempre decía eso del aire inglés: tenía siempre olor a humo, a humo de carbón.

Cabalgaban despacio por un sendero entre los sembradíos, por una pendiente larga. A lo lejos había un haz de luces. La oscuridad entera parecía surcada por luces sin dirección, por cierta curiosa inquietud. En lo alto del cielo, una estrella parecía

caminar. Era un avión con las luces encendidas. Su zumbido estremeció las alturas. Ni una pizca del espacio o del campo que no estuviera humanizado, que los hombres no reclamaran como propia. Ni siquiera el cielo.

Bajaron lentamente a través de un bosque oscuro, al que habían entrado después de traspasar una verja. Lewis desmontaba con frecuencia para abrir verjas, la dejaba pasar, las cerraba y volvía a montar.

Y la suficiencia. Era en él algo parecido a la avaricia, guardarse todo sin dar nada.

Tras un rato, llegaron a orillas de la oscuridad del bosque y vieron la concavidad pálida y abierta del mundo debajo de ellos. La oscuridad nunca era oscura. La quebrantaba la concurrencia de muchas luces invisibles —de pueblos, caseríos, minas, fábricas, hornos colocados en los valles y tras todas las elevaciones.

Al salir del bosque, cuando Rachel Witt frenó su caballo, en el cielo se vio, muy grande y suave, una estrella fugaz hundiéndose en el ajeteo de la noche humana, con destellos de un mundo más vasto.

—¡Mire, una estrella fugaz! —dijo Lewis al abrir la verja.

—La vi —dijo la señora Witt al tiempo de atravesar con su caballo. La voz del hombrecillo mostraba una rara emoción de asombro y magia. Incluso en él una noche así despabilaba algo extraño.

—Usted me preguntó por Dios —le dijo, enfilando su caballo en el borde de la sombra del bosque, en la oscuridad del viejo Pan que mantenía a raya a nuestro mundo, iluminado por luces artificiales—. Nada sé acerca de Dios. Pero cuando veo caer una estrella desde un lugar distante del cielo, y a la luna metiéndose y diciendo:

"¡Adiós!, ¡adiós!, ¡adiós!", sin que nadie preste atención, me parece escuchar algo, aunque no le llame Dios.

Entonces, ¿cómo? —preguntó Rachel Witt.

—Y ahora que el aire es frío puede olerse el aroma de las hojas de roble. Su aroma me resulta más vivo que las personas. Los árboles mantienen los cuerpos rígidos y quietos, pero observan y escuchan con las hojas. Y me parece escucharlas: "¿Eres tú quien pasa, Morgan Lewis? Está bien, pasa aprisa y nada te haremos. Eres como el muérdago".

—Es cierto —dijo secamente Rachel Witt—. ¿Por qué?

—Los árboles crecen todo el tiempo y escuchan. Si uno tala un árbol sin pedir perdón, tarde o temprano los árboles, por la noche, le harán daño a uno.

—Supongo que sí, es una vieja superstición.

—Dicen que a los fresnos no les gusta la gente. Cuando las otras gentes poblaban el campo —quiero decir, los que no existen, los que nombran hadas—, los fresnos eran sus árboles favoritos. ¿Conoce esas cositas verdes con nuececitas dentro, que caen de los fresnos? Les llamábamos *pichones*, son las semillas. Las otras gentes las agarraban en el aire y las comían, antes de que tocaran la tierra. Eso les permitía escuchar a los árboles, sentir cosas. Pero cuando nuevos pobladores llegaron a Inglaterra sus árboles favoritos fueron los robles, pues sus cerdos comían las bellotas. Y ahora, los fresnos que vemos están enojados. Quieren matar a todas las personas, pero los robles son mucho más abundantes que los fresnos.

—¿Y usted come semillas de fresno? —le preguntó.

—De chico siempre las comía. Entonces no les tenía miedo a los fresnos, como casi todos los demás. Tampoco a la luna. Uno podía ver a la gente de la luna, podía irse con ellos si no se acercaba en todo el día al fuego, si no comía nada cocido o que hubiera estado cerca del sol —nabos, rábanos, trufas, cosas así—, si salía desnudo una noche de luna llena. Ellos nunca hacen fuego, nunca hablan y sus cuerpos son casi transparentes, como gelatina. De

existir el más pequeño fuego cerca, mueren al instante. Pero saben más que uno. Porque nunca mueren a menos que los toque el fuego. Ven a las personas vivir y las ven morir y dicen que son como las ramitas de un árbol, las trozan del árbol para prender fuego. Se hace lumbre con ellas y desaparecen, y luego desaparece el fuego y después desaparece todo. Pero la gente de la luna no muere y no necesita fuego. Lo ven desde el cielo, desde lejos, ven quemarse las cosas y ven a las personas aparecer y desaparecer como ramitas que brotan con la primavera y se trozan en otoño, se queman y desaparecen. Y dicen: "¿qué importan las personas?" Si uno deseaba ser importante, debía convertirse en muchacho-luna. Entonces jamás lo cegaría el fuego y nadie podría dañarlo nunca. Porque con la luna llena uno puede irse con la gente de la luna y cruzar el aire y pasar por lugares fríos, traspasar las rocas y los troncos de los árboles y, cuando alguien está abrigado en su cama, se le puede castigar.

—¿Cómo?

—Se sienta uno en la almohada donde reposa la cabeza y pone en su boca una telaraña para que no pueda respirar el aire fresco llegado de la luna. Y así respiran y vuelven a respirar el mismo aire y eso los va entumeciendo. El sol da calor, pero el aire fresco llega de la luna. La gente de la luna tiene esa tarea: limpiar el aire con luz de luna hasta dejarlo puro.

Hablaba con una ansiosa y extraña ingenuidad que divertía a Rachel Witt y a la vez le daba cierto escalofrío: ¿sería un imbécil, a secas?

—¿Quién le contó todas esas cosas? —preguntó abrupta. Y, de igual manera, él se refrenó.

—Era lo que decíamos de niños.

—Pero no lo cree, ¿o sí? Después de todo, es bastante pueril.

Hubo una pausa.

—No —dijo con su vocecita cotidiana e irónica—. Sé que parezco tonto al hablar de esto. Pero son cosas que pasaban por nuestra mente: algunas quedaron, otras no. Tal vez se me ocurrió ahora porque usted me preguntó por Dios. No sé en qué cosas creo: sólo sé que no es lo mismo que creen los tipos de las capillas. Ninguno de nosotros las cree, cuando se trata de ganarse la vida; ni ustedes, cuando se trata de gastar su fortuna. Sabemos entonces que el pan cuesta, que hasta dormir cuesta. Es el trabajo. O ustedes, que son dueños de propiedades y deben cuidar que les den dinero, hacer que rindan. Pero muchas cosas cruzan por la mente de un hombre. Por las de algunas personas, como las de mis tíos, sólo cruzaban cosas de la religión: y el infierno abierto para todos los demás. Las mentes de otras personas se ocupan del dinero, dinero, dinero y cómo apoderarse de todo aquello de lo cual aún no se han apoderado. Otras personas, como usted, indagan aquello que buscan las demás personas. Y otras se ocupan de divertirse, de que piensen mucho en ellas, cosas por el estilo. Y otras, como lady Carrington, no saben qué hacer. Por mi parte, yo no quiero tener en mi cabeza lo que otros tienen en las suyas. Soy de esos que prefieren su propio asunto. Y sí, al ver caer una estrella fugaz, como hoy, pienso: "En el cielo hay movimiento. El mundo cambiará otra vez. Algo nos avienta desde la distancia y nos toca, querámoslo o no. Mañana todos seremos diferentes, pues el cielo nos aventó algo diferente, lo queramos o no". Si eso es lo que quiero pensar, déjeme pensarlo.

—Supongo que sabe lo que es realmente una estrella fugaz; y que abundan en agosto porque es la época en que cruzamos por una región donde hay estrellas fugaces.

—Sí, señó, eso me han dicho. Pero no nos llegan piedras desde el cielo porque sí. Tal vez sea como cuando una persona nos avienta una manzana al pasar por su huerta; o cuando alguien lanza una piedra, para descalabrarlos. Nunca me harán creer que el cielo es

una casa vacía de donde se desprende una teja. El mundo tiene vida propia, el cielo tiene vida propia y no se trata de piedras despeñadas desde una pila de escombros, que caen a una laguna. Hay muchas cosas que viven y se agitan en el cielo y muchas cosas que ocurren, más allá de nosotros. En eso creo y ésta es mi manera de pensar.

—Y nunca imaginé que hablara tan ampliamente.

—No, seño. Es porque usted me pregunta sobre Dios. O tal vez sea porque es de noche. No creo en Dios, ni en ser bueno, ni en irse al cielo. Tampoco adoro ídolos ni soy un hereje, como decía mi tía.

Nunca quise creer en las cosas que nos retacaban en la casa, la doctrina, la escuela desde niño. La mente de un hombre debe conteer algo, así que me aferré a lo que creía cuando era pequeño. Son tonterías infantiles, lo sé. Pero me cuadran más que las de otras personas. Y Phoenix, su hombre, es parecido... cuando lo suelta. De cualquier modo, es mío, lo creía de niño y lo prefiero a lo que creen las demás personas. Fue su pregunta sobre Dios lo que me desató. Pero nunca seré miembro de ningún club, ni sindicato. Y pasa lo mismo con mi manera de ver a Dios.

Y le dio una patadita al caballo y St. Mawr arrancó excitado, bailando por la carretera cercana y la señora Witt tuvo que galopar tras él tan rápido como pudo.

Al llegar al hotel adonde habían enviado un telegrama reservando habitaciones, Lewis desapareció y ella se quedó cavilando.

No fue sino cuando estuvieron a veinte millas de Merriton mientras cabalgaban a través de la espesa niebla matutina cuando ella volteó en su silla con cara consternada y anhelante, lo cual no era usual, y le dijo:

—Lewis, no se sorprenda de lo que voy a decirle. Le voy a preguntar algo: supongamos que quisiera casarme con usted, ¿qué diría?

Le lanzó una rápida mirada y se puso en guardia de inmediato.

—Que no lo dice en serio —respondió apresuradamente.

—Sí —dudó y su cara era anhelante y consternada—. Suponga que sí lo diga en serio. Suponga que de verdad, de corazón, quisiera casarme con usted y ser su mujer —lanzó su mirada a través del campo—, ¿qué diría entonces?

Su voz sonaba triste, algo quebrada.

—¡Pues, señó! —respondió frunciendo el entrecejo y meneando un poco la cabeza—. Diría que no sabe lo que dice, que algo la aqueja.

—Pero suponiendo que *quisiera* que me aquejara algo.

Meneó la cabeza.

—¡Nunca funcionaría, señó! La sangre y la carne de algunas gentes se amasa como pan: yo soy de éstos. A otros hay que extenderlos como pasta fina, como a lady Carrington. Y otros se mezclan con pólvora. Son como cartuchos para cargar pistolas, señó.

Ella escuchó, impaciente.

—No me hable de pan, pasteles y pastas, no aclaran nada. Solía responder lacónicamente. "¡Sí señó! ¡No señó!" Eso bastaría.

¿Podría decir sí o no?

Sus ojos se encontraron. De nuevo ella se envalentonaba.

—No, señó —dijo, bastante neutral.

—¿Por qué?

Esperó su respuesta, vio secarse los veneros de locuacidad, su cara volvió a ser muda y distante, como solía ser hace dos días, cuando adquirió ese toque jocoso de alegría inexplicable.

La miró sin desviar la mirada neutra, sombría, dolida. La miró como si los separaran mares infinitos, espacios infinitos. Y sus ojos parecían alejarla, poner una cerca entre ambos. Y una rabia sólida como lava fría lo colocó impassible contra ella y cuantos eran como ella.

—No, seño. No podría dar mi cuerpo a ninguna mujer que no lo respetara.

—Pero lo respeto, sí lo respeto —y se sonrojó como muchacha.

—No, seño, no como yo entiendo el respeto. Había en su voz un dejo de furia contra ella, la distancia de la antipatía.

—¿Y cómo lo entiende? —preguntó, y el sarcasmo regresó a su voz. Se dio cuenta de que le resultaría repulsivo tocarla o acariciarla como mujer: repulsión pura.

—Me veo obligado por ahora a ser sirviente de mujeres, a ganarme un salario. Nunca podré tocar con mi cuerpo a una mujer a quien he servido.

—Usted no es mi sirviente: es mi hija quien paga su salario... y entre un hombre y una mujer eso no importa.

—Ninguna mujer que toque mi cuerpo me hablaría nunca como usted me habla, ni pensaría de mí lo que usted piensa.

—Pero —tartamudeó— yo pienso en usted con amor. ¿Puede ser tan ingrato como para fijarse en mi tono? Sabe que así soy yo.

—Usted, como mujer, no tiene respeto por un hombre.

—¡Respeto! ¡Respeto! —exclamó—. Estoy por perder el respeto que me quedaba. Sé que yo puedo *amar* a un hombre. Ahora, que un hombre sea capaz de corresponderá a una mujer...

—No —dijo Lewis—. Nunca he podido, y creo que nunca pondré. Porque no quiero. Sólo pensarlo me llena de vergüenza.

—¿Qué quiere decir?

—Nada en el mundo me haría sentir más vergüenza que tener una mujer que me grite, o se burle de mí. Y veo que las mujeres se burlan y desprecian a los hombres con quienes se casan. Ninguna mujer tocaría mi cuerpo para burlarse o despreciarme después, ninguna.

—Pero hay que burlarse de los hombres a veces, hasta se debe despreciarlos.

—No. A éste no. No la mujer que yo haya tocado con mi cuerpo.

-¿Es usted perfecto?

-No lo sé. Pero si toco a una mujer con mi cuerpo, eso debe sellarla: para respetar lo que yo nunca podría haber despreciado: nunca.

-¿Qué es eso que nunca hubiera despreciado?

-Mi cuerpo, el haber tocado a una mujer.

-¿Por qué insiste tanto en el cuerpo? -y lo vio con cierta burla complaciente, socarrona.

Él la vio a los ojos, fija y fríamente, la apartó con la mirada y se alejó de ella.

-¿Espera que en estos tiempos alguna mujer quiera ser su humilde esclava? -preguntó ella, terminante.

Se limitó a mirarla, frío y distante, negándose a cualquier contacto.

-Es un asunto de dar y recibir, entre un hombre y una mujer; un hombre no puede pretender ser adorado con humildad *siempre*.

Seguía mirándola frío, algo pálido, alejándola de él. Luego, dio la vuelta a su caballo y se lanzó rápido por el camino, dejando que siguiera sola.

Ella puso en marcha su caballo, lo dejó ir, pensó: "¡Vaya con el gallito pendenciero! ¡Vaya con el caballerango! ¡De no creerse! Piensa que puede domeñar a una mujer".

Estaba enamorada de él. Y él, de manera excéntrica, estaba enamorado de ella. Ella lo supo por su júbilo misterioso y extraño, por su inesperada locuacidad. Pero no le permitía acercarse físicamente. Era inaccesible como cactus, guardaba su "cuerpo" del contacto. Como si el contacto con ella fuera un insulto mortal o una herida fatídica sobre su maravilloso "cuerpo".

¡Como pichoncillo macho!

Que se adelantara. En algún lugar tendría que esperarla.

Lo encontró a la entrada de la siguiente aldea; su cara estaba pálida y desencajada. Se dio cuenta de que se sentía insultado, pues se había coagulado en un mutismo tenso.

"En el fondo todos los hombres son iguales", se dijo, "se dan tal importancia macha y hueca".

Así que también ella cabalgó directamente hasta el hotel, con una máscara ante el rostro.

—¿Pueden servirnos de cenar a mí y a mi sirviente? —preguntó en la posada; por fortuna recibían automovilistas, pues si no se hubieran negado.

—Creo que notificaré a lady Carrington que renunciaré a mi trabajo la próxima semana —dijo Lewis cuando Merriton estuvo a la vista.

¡Un pequeño desconocido! Y tan impertinente.

—Haga exactamente lo que desee.

En Marshal Place encontró varias cartas.

Querida mamá. Apenas acababas de irte cuando llegó Flora... pero no en capullo sino en plena floración. Clamaba por su víctima; Shylock³⁷ exigía su porción de carne: quería entregar los denarios. Los rechacé con gusto.

Dijo que "Harry" estaba mucho mejor y nos invita a quedarnos en Corrabach Hall hasta que se recupere del todo: "sería más fácil para la servidumbre que en tu casa, mientras esté inválido y en cama". El plan es, pues, que lo traerán el viernes en caso de que se le pueda mover, y nos iremos directamente a Corrabach. Estoy empacando sus maletas y las mías, borrando las huellas: las de él irán a Corrabach y las mías se quedarán aquí, a ver qué deciden. Mañana voy otra vez a Flint Farms, devota, aunque no sea la flor que adorna a la cabecera. Me gustaría saber si Rico ya le dice *Fiorieta*; o tal vez Florecita. Me recuerda la historia del viejo Williams.

"Debe usted decirme, señito: ¿cual es la mejor carreta?" Y el susurro quedo cuando contestaba: La de las dos tetas".³⁸ Por Dios que estoy cansada de ser tan rencorosa, ¿cómo evitarlo?

Te veías de lo más libresca y romántica al emprender el viaje, con tu capa de hule, Lewis detrás. Ojalá que los caminos no estén muy resbalosos y que hayas disfrutado al estilo

³⁷ Personaje de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare; avariento y vengativo exige una libra de carne del cadáver de Antonio.

³⁸ Se buscó el equivalente al refrán negro de Louisiana: *The best posey that grows is the Colliposy*.

Mademoiselle de Maupin. Recuerda, querida, que no debes devorar al pequeño antes de haber cubierto la mitad del camino.

Querida mamá. Esperaba recibir noticias tuyas antes de irme pero no llegó nada. Forrester me trajo antes del almuerzo. Rico parece mucho mejor, casi el mismo —más o menos. Me abordó sobre Corrabach con mucho tacto. Le dije que Flora me había informado y que me parecía un buen plan. Luego le conté sobre St. Mawr. Se sintió un poco contrariado y hubo una pausa de silencio reprobatorio. Luego dijo: "Muy bien, querida. Si quieres conservar al animal hazlo, por supuesto. Te lo regalo de nuevo". Yo: "Es muy amable de tu parte, Rico, pues sé que la venganza es dulce". Rico: "¡Venganza, Loulina! No creo que venderlo fuera una venganza. Trataba de deshacerme de él, a través de Flora, puede manejarlo mejor". Yo: "Pero, como sabrás, querido, ¡iba a caparlo!" Rico: "No creo que nadie lo haya propuesto. Lo que pensamos fue cómo hacerlo más tratable. ¿Te lo dijo ella?" Yo: "No, lo dijo Phoenix. Oyó a un palafrenero decirlo". Rico: "¡Diosmío! ¡Chismorreos de establo! ¡Y tu madre salió con Lewis a alejar a St. Mawr del peligro! Ahora entiendo todo. Esperemos que no ocurra nada malo". Yo: "¿A quién?" Rico: "No importa, querida. Qué gusto verte, te ves muy descansada. Estas rosas *Countess of Wilton* me parecían lo más maravilloso del mundo hasta que llegaste, las logras opacar". Tenía una rosas muy bellas en un vaso de cristal. El cuarto olía a rosas. Yo: "¿De dónde las sacaste, Rico?" Rico: "Ah, Flora me las trajo". Yo: "¿Con todo y florero?" Rico: "Con todo y florero. ¿Verdad que es muy amable?" Yo: "Pues sí. Pero después de todo es la diosa de las flores, ¿o no?" Pobrecito, le ofendió que me burlara de él estando enfermo, y me aplaqué. Tiene dos chaquetas de cama para enfermo maravillosas que le enviaron desde Londres: una es amarillo y malva con forro de arabescos color de rosa: una tela muy fina. Por desgracia ya la manchó de sopa. La otra es de un suave brocado azul, verde y plateado. Me recibió con ésta y de inmediato la alabé. También tiene un anillo nuevo que le envió Aspasia Weingartner, con un *intaglio* bastante bello de Príapo bajo una rama de manzano, o al menos, eso dice él. Pone cara maldosa y dice: "La etapa Príapo me resulta algo lejana, ¡pobre de mí!" Le pregunté cuál es la etapa de Príapo y me dijo: "Ah, nada". Luego la enfermera dijo: "La señorita Manby trajo un gran diccionario clásico, si desea buscarlo". Así es que he estado estudiando a los dioses clásicos. El mundo siempre fue un lugar extraño. Si Rico se convierte en el dios Príapo será aún más extraño. Andaría por la huerta pintando manzanas realistas e invitando a las ninfas a comerlas. Y las ninfas fingirán que son verdaderas. "¡Vaya, sir Pripri, qué manzanas

más asombrosamente malévolas!" En estos tiempos no hay nada más artificial que pecar. Supongo que alguna vez fue real. Estoy aburrida aquí, ojalá tuviera mi caballo.

Querida mamá. Me alegro tanto de que disfrutes la cabalgata. Estoy segura de que es como entrar a un relato, como *Un yankee en la corte del rey Arturo* entre viejos caminos aledaños y veredas romanas. Todavía me fascinan: más antes de llegar que cuando ya estoy allí. Comienzo a sentirme de verdad americana y me molesta el pasado. ¿Por qué el pasado no se entierra a sí mismo, decentemente, en vez de sentarse y esperar la adulación del presente?

Phoenix trajo a Poppy. La quiero tanto: ayer monté durante cinco horas. Me siento feliz cuando me alejo de esta granja. Vino el doctor y Rico podrá ir mañana a Corrabach. Flora llegó para escuchar el reporte y se retiró de prisa. Parece que Rico le hará un retrato mientras está en cama. Doy gracias a Dios de que Priapo empuñe su paleta desde la almohada sobre sábanas que no son mías.

Phoenix piensa que tu intención es volver a América con St. Mawr y que yo también iré, que dejaré aquí a Rico. ¿Será cierto? Hoy en día me siento tan irreal como una de las pinturas de Rico en su atril. Me siento tan irreal que no puedo decidir nada. Es terrible cuando el flujo de la vida cesa y todo parece de cartón, cuando uno mismo parece de cartón. Estoy segura de que es peor que estar muerto. Me di cuenta ayer, cuando yo y Phoenix almorzábamos junto a un río. Como ves, te imito en todo. Encontró unos berros: tenían un sabor tan fresco, tan vivo, que recordé cuan mortal soy. Phoenix quiere que nos vayamos, compremos un rancho en Arizona, criemos caballos si St. Mawr, como el padre Abraham, se presta. Me pregunto si importa lo que se haga, si uno no hace lo mismo una y otra vez. Pero Phoenix, con su curiosa cara sin expresión, conmueve mi corazón y lo entristece. Y también puede ser cruel. Lo vi en su cara cuando creyó que no lo miraba. Cualquier cosa menos esta mortandad, este asunto de Priapo-pintor. *Au revoir*, querida mamá! Sigue divirtiéndote.

Querida mamá: recibí tu carta de Merriton: me alegró tanto que llegaras sana y salva de cuerpo y humor. También recibí una carta muy rara de Lewis, que te mando. ¿Por qué la decisión descabellada? Le escribí diciéndole que llevara a St. Mawr a Londres y me esperara allá. Telegrafíé a la señora Squire para que prepare la casa. Iré allá directamente. Aquí, las cosas terminaron como era previsible. No pude tolerarlo. No bien metieron a Rico al automóvil, se posesionó de él una importancia personal como de héroe herido conducido

hasta el centro del escenario. "¿Por qué tan solemne, Rico querido?", le pregunté tratando de liberarlo a través de la risa. "No solemne, querida, sólo un poco trashumante." No creo que ni él mismo sepa lo que quiere decir. Flora estaba en la escalera cuando el auto se acercó, vestida de riguroso blanco. Sólo le faltaba el delantal para convertirse en enfermera: o un velo para ser novia. Era algo intermedio, con aire insufrible de mujer en circunstancias seducibles, como se dice en *The Times*. Daba órdenes en voz baja a dos sirvientes, apenas un murmullo muy competente. Y noté luego que también tenía algo de sacerdotisa: Casandra preparándose para ser violada. Ifigenia, y Rico como Orestes en su camilla: su facha de Adonis, preparado cabalmente para el tiempo imponderable de la muerte. Le asignaron un bello cuarto en la planta baja, con puertas que abren hacia un jardincito privado. Creo que era el *boudoir* de Flora. Dejé que los hombres y la enfermera lo acostaran. Flora aleteaba ansiosa en el pasillo. "¡Ah, qué maravilloso cuarto! ¡Qué colorido, qué bello!", se oían los tonos de Rico como de un héroe tras bambalinas. Debo reconocer que era como feria agrícola: rosas y gallardas en la sombra y girasoles en el sol y un cuenco de uvas y melocotones sobre una cama de hojas. "Me preocupa tanto su bienestar", me dijo Flora en el pasillo. "Tú lo conoces mejor, ¿qué se puede hacer por él?" Yo: "Vaya, si te dirigieras al piano y cantaras se mostraría encantado. ¿Por qué no cantas? Ah, mi amor es como una roosa rooja, rooja". Tú sabes bien cómo imita a los escoceses Rico.

Gracias a Dios mi cuarto está arriba: la enfermera duerme en el vestíbulo del cuarto de Rico. Los Edwards todavía están aquí, el rubio joven tiene una venda muy futurista en la cara. "¡Qué bueno que llegaste!", me dijo mirándome de frente y tomando mi mano con fervor. ¿Cómo ves el descaro? "Qué bueno que la señorita Manby me permitió venir", le dije. Él: "¡Ah, pero Flora es siempre cordial, la más cordial!

No sé qué me pasa, pero todo esto me puso de un humor del demonio. Sentí que no aguantaría el almuerzo en tan brillante y jovial compañía; su tenis, su polo, su cacería y sus coqueteos me provocan náuseas. Por eso pedí que me sirvieran en mi cuarto. Hiciera lo que hiciera, no pude evitar un comportamiento terrible.

Ah, y Rico. Es realmente espantoso. Tendido en su cama con los sentidos alertas, como Adonis esperando para que lo convenzan de que no muera; esperando un momento preciso para tomar la mano de Flora, presionarla contra sus labios y murmurar: "¡Eres terriblemente buena conmigo, querida Flora!" Y Flora: "Y sería mejor si supiera cómo, querido Harry". Tan complacida con todo. No, es demasiado. Me abandona el sentido del humor:

lo cual quiere decir que estoy de tan mal humor que no puedo burlarme de todo. Supongo que me siento en franca minoría. Pero me parece terrible pensar que casi todos los jóvenes del mundo son como éstos: tan brillantes, tan alegres, tan *camaradas*, tan rebosantes de libido. ¡Qué horror!

Le dije a Rico: "Estás muy cómodo aquí, ¿verdad?" Él: "¡Cómico! Estoy en el cielo, comparándolo con lo anterior!"

Yo: "¿Te importaría si me fuera?" Una pausa mortal. Tiene miedo mortal de quedarse a solas con Flora. Se siente seguro si estoy aquí y puede refugiarse en sus ataduras matrimoniales.

El: "¿Adonde quieres ir, querida?" Yo: "Con mi madre. A Londres. Mi madre piensa regresar a Estados Unidos y quiere que la acompañe".

Rico: "Pero, ¿de veras quieres ir allá-aá?" Ya sabes que cuando Rico pone énfasis venenoso en una palabra, mamá, la convierte en cicuta pura. Me enredó. "No estoy segura", dije.

Rico: "Pero, ¿cómo puedes tolerarlo? Estados Unidos es terrible".

Yo: "Quiero intentarlo otra vez".

Rico: "Pero, Lou querida, antes de que llegues será invierno. Y para mí es el peor momento. Apenas estoy entrando de lleno en esto. Cuando esté absolutamente seguro de mi posición en Inglaterra, si quieres incursionaremos a través del Atlántico para embolsarnos unos dólares. Ahora sería fatal, aunque estuviera sano. Apenas esboqué el trazo de mi carrera en Londres, y uno debe llegar a Nueva York ya preparado, como artista famoso e importante".

Yo: "Pero ni mamá ni yo estábamos pensando en Nueva York. Queríamos navegar directamente a Nueva Orleáns, de ser posible; o a La Habana. Y luego ir al oeste, a Arizona". Se me quedó viendo tan preocupado, el pobre chico.

"Pero Loulina querida, ¿quieres dejarme justo en el apogeo de la temporada de invierno? No estarás hablando en serio. Apenas nos comienza a ir espléndidamente, ¿de veras!" Me sorprendió la hondura del sentimiento de su voz: cuánto le importa su carrera de artista famoso. No lo puedo creer. Tú lo sabes, mamá, pues sentimos lo mismo cuando se trata de embarrar pintura en un lienzo: ya fue embarrado cuanto se puede embarrar, así que la gente debería dejarlo por la paz.

Rico es tan calculador. Siempre creo que se burla de todos y no deja de sorprenderme cada vez descubrir que lo toma absolutamente en serio. ¡Su carrera! ¡La Sociedad Moderna de los Pintores Británicos: tal vez hasta la Real Academia! ¡Las personas que frecuentamos en Londres! ¡Los retratos que pinta Rico! ¡Tal vez llegue a ser un Laszlo de segunda, o el decimotercer Orpen, y morirá feliz! ¡Ay, mamá! ¡A quién podría importarle!

Pero me incomoda de verdad darme cuenta del empeño que pone en su carrera, y de que yo tal vez le arruinaré todo. Así que me salí, para pensarlo. Y me di cuenta de lo poco que te quieren

y de lo poco que me querrán, pasado un tiempo. Y ahora tengo cierto odio hacia las personas. Odio sus modales y sus posesiones, y tengo ganas de patearles la cara como St. Mawr al joven. Aunque nunca logre hacerlo. Y creo que nunca hubiera anunciado mi decisión a Rico si no lo hubiera visto en Corrabach Hall, revolcándose como un cerdo entre los tréboles. Conoce desde hace mucho a los Manby, son partes de una misma maquinaria. Sería mucho más feliz con Flora: y no diré más feliz, porque algo en él se rebela; pero, a fin de cuentas, su arreglo será más adecuado. Yo ya he llegado al límite y lo he sobrepasado. Ya no me puedo "mezclar", me rehuso. Me siento como un trozo de cascarón en la mayonesa. Lo único sensato es sacarlo, pues no desaparece, por más que se bata. Sé que será un fracaso quedarme, incluso para la carrera de Rico. Siempre seré grosera y odiosa con la gente, como soy en Corrabach, y Rico perderá su osadía.

Así que le informé, se lo dije esta noche cuando estaba solo. "Rico, querido, escúchame seriamente. No tolero a esta gente. Si me pides que los tolere otra semana me pondré enferma o los insultaré, como mi madre. No quiero que suceda ninguna de ambas cosas." Rico: "Pero, querida, ¿no son todos perfectos contigo?" Yo: "Te advierto que si no me voy tendré un exabrupto como el de St. Mawr. Simplemente no tolero a esta gente". El pobrecito puso una cara inexpresiva y preocupada. Sabe lo que quiero decir, porque, a pesar de que azuzan su vanidad todo el tiempo, los odia tanto como yo. Pero la vanidad es en él algo nodal. Él: "Lou, querida, ¿no puedes esperar a que me levante? Podemos ir al Tirol o a cualquier lugar, para variar". Yo: "¿No vendrías conmigo a Estados Unidos, al suroeste? Creo que el paisaje es maravilloso". Vi su cara contraerse con hostilidad, casi con maldad. Él: "¿Por qué te empeñas en arruinarlo todo? ¿Me casé contigo para eso? ¿Lo haces a propósito?" Yo: "Para mí ya está arruinado todo. No tolero a esta gente, a tus Floras y tus Aspacias ni a tus próximas inglesas jóvenes. Soy de Estados Unidos, después de todo, como mi madre, y debo regresar". Él: "¿De veras? ¿Y debo seguirte como si fuera parte de tu equipaje? ¿Como baúl etiquetado!" Yo: "Haz como gustes, Rico". Él: "Ojalá tú pudieras hacer también lo mismo. Por Dios, Lou querida, me temo que sólo cumples los gustos de la señora Witt. Siempre he escuchado que las madres son lo más sagrado que existe". Yo: "No, querido, sucede que no tolero a la gente". Él (con sorna): "Y supongo la gente me incluye". Y era cierto, cuando lo dijo. No dijimos nada durante un rato y luego agregó, calculador: "¿Está bien, querida! Viaja al país de las barras y las estrellas, yo me quedaré aquí y continuaré mi trabajo. Y

cuando te hartes de las barras y las estrellas, puedes volver y ocupar tu lugar junto a mf'. Quedamos en eso.

Se supone que tú y yo tenemos asuntos importantes en nuestras propiedades en Texas —suena tan bien— y nos vemos obligadas a viajar urgentemente a los *States*, como dicen ellos. Saldré a Londres la próxima semana.

La señora Witt leyó la carta con satisfacción. Ella sentía una extraña necesidad de regresar a Estados Unidos. No idealizaba su país natal: allá también era un atado de nervios, como en Europa. No esperaba llegar a un lugar bendito donde permanecer. No, seguiría renegando en Estados Unidos, también protestaría. Pero al menos estaría en su país, en Estados Unidos. Era lo que deseaba.

Tomó una hoja de papel corriente que venía con la carta de Lou. Era la letra de Lewis, una caligrafía bastante pulcra.

Lady Carrington, le escribo para notificar a usted y a sir Henry que considero conveniente renunciar a mis servicios, pues sería lo mejor para todos. Si me escribe y me informa lo que desea hacer con St. Mawr, seguiré sus instrucciones. Con cordiales saludos para lady Carrington y sir Henry, quedo su seguro servidor, Morgan Lewis.

La señora Witt puso la carta a un lado y se quedó mirando por la ventana. Sentía, de manera vaga, que su alma ya no estaba en el lugar que la rodeaba. Se encontraba corporalmente en Oxfordshire pero su espíritu se encontraba ya lejos. Una lasitud la aquejaba. Se levantó con mucho esfuerzo para escribir a su abogado de Londres, debía poner en orden todos sus asuntos ingleses. Luego escribió al hotel londinense.

Por primera vez deseó tener una doncella que hiciera las cosas en su lugar. Siempre tuvo tanta energía que no toleraba a nadie cerca. Ahora se rendía. Tenía adormecidas las muñecas, como si le hubieran desconectado la corriente.

Al bajar le dijeron que Lewis solicitaba hablar con ella. Desde que llegaron a Merriton apenas lo había visto.

—Recibí una carta de lady Carrington, seño. Me pide que lleve a St. Mawr a Londres y la espere allá. Pero me indica que debo consultar con usted las instrucciones finales.

—Muy bien, Lewis. Yo iré a Londres dentro de unos días. Ocúpese de llevar a St. Mawr un día de esta semana y déjelo en los establos. Acuda a mí si necesita algo. Y no hable nunca más de abandonar a mi hija. Queremos que venga a Estados Unidos con St. Mawr, con nosotras y Phoenix.

—¿Y su caballo, señora?

—Lo dejaré aquí, en Merriton. Se lo regalaré a la señorita Atherton.

—¡Muy bien, seño!

Querida hija: llegaré a mi antigua base en Mayfair el próximo sábado y ese mismo día iré a tu casa para ver que tengan todo preparado. Lewis arregló lo necesario en los ferrocarriles. Sale mañana. Lo que motivó su carta fue que le pregunté si le gustaría casarse conmigo y su enfática negativa. Pero ya te contaré. Tú y yo siempre fuimos el escriba y el fariseo: yo nunca fui capaz de escribir una carta y tú nunca fuiste capaz de terminar con las tuyas.

Queridísima mamá: Ya me olía algo intempestivo, pero de nada sirve decir: "¿cómo fuiste capaz?". Sin embargo, me hace reflexionar de nueva cuenta acerca de tu idea respecto del matrimonio. Como sabrás, querida, yo ansio con cada fibra de mi ser que me dejen en paz, alejarme de ese tipo de cosas. Me siento toda amoratada, como si me hubieran asesinado. Entiendo bien por qué Jesús dijo: *Noli me tangere*. No me toquen, pues aún no asciendo hasta mi Padre. Todo le había dolido tanto, se había desgastado más de lo que puede tolerarse y sentía que su cuerpo ya no resistiría ni siquiera un roce. Así estoy yo: apenas tolero que Elena me ponga un vestido. En cuanto a los hombres —el matrimonio—, ¡ah, no! *¡Noli me tangere, homo!* Aún no asciendo a mi Padre. ¡Ay!, déjenme en paz, déjenme en paz. Es lo único que le pido a gritos al mundo. Curiosamente, Phoenix parece entender lo que siento. Me deja sola, comprensivo. Es casi como si me diera una vaina para mi soledad, o al menos me protege dentro de mi vaina. Se lo agradezco.

En cambio, Rico siente mi soledad como su vergüenza. Quiere al menos una aparente intimidad *fingida*. ¡ Ah, la intimidad !

Sólo pensarla me duele, y fingirla me extenúa hasta los límites.

Sí, deseo estar lejos, en el oeste, lejos del mundo, como un muerto en otra vida, en algún valle aún no tocado por la vida. Rico me preguntó: "¿Qué vas a hacer con St. Mawr?" Cuando le dije que nos lo llevaríamos comentó: "Ah, el *corpus delicti*". No sé lo que quiera decir. Pero su sarcasmo creciente me rebasa.

Te veré mañana.

Lou llegó a Londres en las postrimerías de agosto, con su sirvienta y Phoenix. Qué maravilla: Londres sin conocidos y su casa para ella sola, únicamente con el ama de llaves y la sirvienta. El hecho de estar sola y rodeada de todo esto era maravilloso. Hacía parecer más fantasmagórico cuanto la rodeaba. Cuanto había sido real se volvió fantasmagórico. Hasta su recibidor era un cuarto fantasmagórico, pertenecía a los muertos que lo conocieron, o a las generaciones pasadas que dieron ser al cuarto y lo llenaron con sus mediocres deseos domésticos. Y ahora, en ella, tales deseos se habían gastado de pronto: se habían apagado como se extingue repentinamente una lámpara. Y vio su cuarto delicado y pálido, con su cuenco de ágata verde y sus dos pájaros de porcelana y sus sillas redondas y suaves, convertirse en algo tan fantasmagórico como una sala de museo. Se le antojaba poner etiquetas en los muebles: *Lady Louise Carrington, usado por última vez en agosto de 1923*. No para provecho de la posteridad, sino para llevarse su propio ser a otro mundo, a otra esfera de existencia.

"Mi casa, mi casa, mi casa, ¿cómo pude haberme afanado tanto por ella?", se decía sin cesar. Era como uno de esos sombreros viejos, descubierto de pronto, pulcramente guardado en su sombrerera. ¡Qué horror, un viejo sombrero "elegante"!

Lewis vino a verla y se sentó en una de sus delicadas sillas malva, los pies sobre una delicada alfombra turca antigua y ella se sorprendió. Usaba sus calzoneras de cuero y sus pantalones

color kaki; su camisa de un azul desteñido. Pero llevaba la barba y el pelo recortados, iba muy aseado. Había en él cierta delicadeza de porte, cierto brillo sutil que no lo hacían parecer ni vulgar ni burdo en ese ambiente sedoso de muebles orientales — si se hacía caso omiso de sus botas. Más bien hacía parecer algo marchitos sus objetos asiáticos, así como la exquisita sensualidad de sus alfombras viejas y el blanco antiguo de sus figuras chinas. "¡La belleza! ¿Qué es la belleza?", se preguntó. La exquisitez oriental le parecía una flor muerta, cuya hora se ha cumplido y debe desecharse.

Por un momento Lou pudo entender los deseos de su madre de casarse con él. Su distancia y la aceptación de un destino que la gente no suele aceptar. Lo aceptaba en el centro mismo de su ser, lo cual le daba una cualidad de eternidad. No le importaban las personas, la gente, los acontecimientos. Era un aristócrata peculiar, inaccesible en su aristocracia. Pero se trataba de la aristocracia de los poderes invisibles, de influencia más vasta, nada relacionado con la sociedad humana.

—Realmente no es su deseo dejar a St. Mawr, ¿o sí? —le pregunto Lou—. No querrá renunciar, como anunció.

La miró con firmeza desde sus ojos grises y pálidos, sin contestar, sin saber qué decir.

—Mi madre me contó cuanto ocurrió. No importa, ella cree que usted ejerce su pleno derecho. Le tiene verdadero afecto. Pero no debemos permitir que nuestros afectos nos lleven fuera de nuestra esfera, ¿verdad?, todo lo demás se vuelve irreal. ¿Podría venir con nosotros a Estados Unidos, con St. Mawr? Contamos con usted.

—No quiero sentirme incómodo.

—Pues no se sienta así —sonrió—. Yo misma detesto las situaciones irreales. Creo que ya no puedo tolerarlas. Y la mayor parte de los matrimonios son situaciones irreales. Pero, pasando por alto los exabruptos, ¿no disfruta estar con mi madre y conmigo?

—Sí, lo disfruto. Y me simpatiza la señora Witt. Pero no...

—Ya lo sé. No se repetirá.

—Verá, lady Carrington —dijo un poco acalorado—, por naturaleza no soy hombre que se casa. Sentiría que me estoy vendiendo.

—¡Exacto! ¿Pero, por qué no es de los que se casan?

—¿Yo? No me siento yo mismo después de haber estado con una mujer —hablaba en voz baja, mirándose las manos—. Me siento enredado, mejor no mezclarse con nadie. Porque... —volteó a verla con una llama en los ojos— las mujeres sólo quieren obligarlo a uno a rendirse para sentirse todopoderosas, para que uno se sienta pequeño.

—¿No le gusta sentirse pequeño? ¿Y no le dan ganas de que ellas se rindan ante usted? —Lou sonrió.

—No, yo no. No quiero nada. Nada.

—¡Pobre mamá! —dijo Lou—. Siente que si un hombre la conmueve debe casarse con él, o algo por el estilo. Y se equivoca, por cierto. Me parece que usted y Phoenix y mi madre y yo podríamos vivir en un lugar apartado y salvaje y llevar una buena vida; siempre y cuando no empecemos a mezclar en el acuerdo el matrimonio, el amor o cosas por el estilo. Me parece que en estos tiempos los hombres y las mujeres se han lastimado tanto unos a otros que mejor harían en estar apartados hasta que aprendan a ser afables. Sin esa pasión forzada y ese coqueteo destructivo. Hombres y mujeres deberían apartarse, hasta que sus corazones vuelvan a sentir gentileza hacia el otro. Ahora, cada cual pelea solo —o sola— bajo amparo de la ternura.

—¡Querido, *amorcito*, *sí mi amor*! —se burló Lewis, con una sonrisa vaga de anuencia divertida.

—Exactamente, la gente siempre dice *mi amor* cuando más se odia.

Lewis asintió y la miró con una sombra súbita y lúgubre en los ojos; una amargura extraña asomaba en su boca. Pero incluso entonces se mantuvo quieto y distante.

El ama de llaves llegó y anunció a la honorable Laura Ridley. A Lou le cayó como cubetada de agua fría. Se levantó de prisa; también Lewis, quien se dirigió hacia la puerta.

—Lewis, no se vaya, por favor —pidió Lou. Y en el umbral apareció Laura Ridley. Era unos cuantos años más grande que Lou, pero parecía más joven que ella. Pasaría por una chica tímida de veintidós años, de cutis fresco y modales inciertos, con ojos pardos, redondos y asustados y pelo corto.

—¡Hola! —dijo la recién llegada—. ¡Vaya!, estás de vuelta. Te vi en Paddington.

Con semejantes ojos, nada podía escapársele. —Creí que nadie estaba en la ciudad —dijo Lou—. Te presento al señor Lewis.

Laura inclinó levemente la cabeza y se sentó en el borde de una silla.

—No —dijo—. Fui a Irlanda con mis familiares pero regresé.

Prefiero Londres si puedo estar más o menos sola. Se me ocurrió pasar un momento antes de que vuelvas a desaparecer... ¿A Escocia, verdad?

—No, mi madre y yo vamos a Estados Unidos.

—¡A Estados Unidos! ¡Ah, pensé que se irían a Escocia!

—Ésos eran los planes. Pero resulta que, inesperadamente, debemos ir a Estados Unidos.

—¡Vaya! ¿Y Rico?

—Está en Shropshire. ¿No te enteraste de que tuvo un accidente? Lou lo narró brevemente.

—¡Qué terrible! —dijo Laura—. ¡Vaya! ¡Lo sabía! Tuve esa premonición en cuanto vi el caballo. Nosotros tuvimos un caballo que había matado a un hombre. Mi padre se deshizo de él. Pero la nuestra era yegua; el tuyo es un jovencito, ¿verdad?

—Me temo que es un adulto hecho y derecho.

—Claro, ya me acuerdo. ¡Pero qué terrible! Supongo que ya no irás a montar en el Row. ¡Qué terrible, que la gente siga montando hoy en día! ¡Es terrible! Esas personas son de veras monstruosas. Palabra, cuando veo a los caballos cruzar por la esquina de Hyde Park en un día húmedo, o cuando pisan las piedras resbalosas, desnucando a las personas. ¡No es broma! Pidió detalles sobre Rico.

—Vaya, supongo que lo veré cuando regrese. Me apena mucho que te vayas —dijo—. Me temo que te echaré de menos. Pero no pensarás quedarte mucho tiempo en Estados Unidos, nadie se queda allá sino el tiempo indispensable.

—Por lo menos todo el invierno —dijo Lou.

—¡Ah, todo el invierno! ¿Tanto tiempo? Me apena escuchar eso. Eres una de las pocas personas, de las muy pocas personas con quienes puedo hablar de verdad, de manera simple. Es extraordinario, quedan tan pocas personas simples. ¡Y cada vez son menos! Estuve quince días con mi familia, de los cuales pasé una semana en cama. Fue *realmente* horrible. Quieren chuparme la vida, de veras. Sólo porque me niego a ser como ellos, a jugar su juego. Me negué, simplemente, y regresé.

—Pero no puedes apartarte del todo —dijo Lou.

—No, supongo que no. Uno debe ver a alguien. Por suerte hay algunos artistas que son mis amigos. De cualquier manera, son las únicas personas reales —miró de reojo y con curiosidad a Lewis y Í#ijo, de manera desenfadada, con sonrisa de duende impertinente en su cara virgen:

—¿Es usted artista?

—No, seño —dijo él—, soy palafrenero.

—¡Ah, vaya! —y lo miró de arriba abajo.

—Lewis se hace cargo de St. Mawr.

—¡Del caballo! ¡Del terrible caballo!

Se contuvo un momento. Luego, volvió hacia Lewis con una sonrisa vaga, algo condescendiente, algo impertinente, algo coqueta.

—¿Y usted no le tiene miedo? —le preguntó.

—No, señor.

—¿De veras no le teme? ¿Y puede dominarlo siempre?

—Casi siempre. Me conoce.

—Sí, creo que se trata de eso —lo miró otra vez de arriba abajo y volteó hacia Lou.

—¿Has pintado últimamente? —preguntó Lou. Laura no era mala pintora.

—Ah, casi nada. No he podido seguir, para nada. Estoy en uno de mis malos momentos.

Lewis se levantó y miró a Lou.

—Está bien. Venga después del almuerzo y terminaremos los arreglos.

Laura miró al hombre, que se alejó precipitadamente del cuarto, como si sus ojos fueran barrenos que pudieran penetrar su secreto.

En el curso de la conversación, dijo:

—¡Qué curioso hombrecillo!

—¿Cuál?

—El palafrenero que estaba aquí. ¡Muy curioso! Ojos muy peculiares. No me extrañaría que tuviera poderes psíquicos.

—¿Qué clase de poderes psíquicos? —preguntó Lou.

—Que pudiera ver cosas. O que fuera hipnotista. Tal vez tenga poderes hipnóticos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me da esa sensación. ¡Muy curioso! Tal vez hipnotice al caballo. Por cierto, ¿vas a dejar aquí al caballo, en el establo?

—No, me lo voy a llevar a Estados Unidos.

—¡A Estados Unidos! ¿Te lo vas a llevar? Extraordinario.

—Es idea de mi madre. Cree que será muy valioso como semental del rancho. Como sabrás, todavía tenemos un rancho Texas.

—Ah, vaya. Sí, tal vez sea muy valioso para mejorar la raza de aquellos caballos. Mi padre tiene caballos de caza muy hermosos. ¿No te parece una tragedia que nunca me hayan permitido montar?

—¿Por qué?

—Porque, según él, las niñas no son importantes. ¿Así que te llevarás el caballo a América? ¿Con el hombrecito?

—Sí, St. Mawr no sabe comportarse sin él.

—¡Vaya! ¡Vaaaya! Solamente tú, la señora Witt y St. Mawr y el hombrecito. Estoy segura de que descubrirás que tiene poderes psíquicos.

—Me temo que no soy buena para descubrir ese tipo de cosas —dijo Lou.

—¿Tú crees? No, tal vez no. Yo sí. Tengo un don. Casi *huelo* las cosas. ¿Y el caballo ya está aquí? ¿Cuándo piensas embarcarte?

—Mi madre está indagando sobre algún barco mercante que llegue a Galveston, que nos lleve con el caballo. Conoce a gente que encontrará algo adecuado, pero toma tiempo.

—Es mucho mejor viajar así que en los grandes cruceros. ¡Son horribles! ¡Tan vulgares! ¡Y eso que les llaman castillos flotantes! Pero me consta, ¡la gente que habita esos palacios! Sí, yo creo que será una manera más placentera de viajar: un carguero.

Laura quiso ir a los establos a ver a St. Mawr. Las dos mujeres fueron juntas. St. Mawr, en su establo, lucía tan brillante y tenso como de costumbre.

—Sí —dijo Laura con un ligero siseo—. ¡Sí! ¿No es hermoso? Piernas tan perfectas —lo miró por todos lados con sus ojos agudos y penetrantes—. Es casi una pena dejarlo salir de Inglaterra. Me parece que aquí necesitamos su *esqueleto* perfecto. Pero sus ojos... ¡Qué mirada, vaya... de veras!

—Nunca pude considerar su facha la de un malvado —dijo Lou.

—¿No? —Laura siseaba al hablar, con cierto desdén aristocrático al enunciar que crispaba a Lou—. A mí me parece malvado.

—No es *malo* —dijo Lou—. No le haría daño a nadie.

—Ah, malo, claro que no. No, se lo concedo, pero no deja de lanzar una franca advertencia. Sus ojos dicen: ¡cuidado! Pero es una belleza, ¿verdad?

Lou sentía la extraña reverencia de la otra por la raza de St. Mawr, por las cualidades equinas. A ella, en cambio, sólo le importaba el caballo en sí, su naturaleza real.

—¿No es extraordinario? —continuó Laura—. Nunca existe un animal de veras perfecto y adecuado. Siempre tienen alguna falla, también los hombres, ¿no es curioso? Siempre tienen algo, algo mal, algo les falta. ¿Por qué será?

—No lo sé —dijo Lou.

Se sentía incapaz de tolerar más tiempo. Fue un alivio que Laura se retirara.

Los días transcurrieron lenta y silenciosamente; en Londres casi no había conocidos. La señora Witt estaba atareada consiguiendo toda clase de papeles y permisos, ¡qué engorro! En sus ojos aún centelleaban las luces de la batalla. Pero cerca de su nariz había un gesto sombrío y una contracción que intrigaban a Lou. Ambas estaban ansiosas por partir: sentían que el espíritu ya había volado y era fatigante que los cuerpos permanecieran. Por fin estuvo todo listo: sólo faltaba el telegrama donde avisarían cuándo partía el barco carguero. Los baúles estaban empacados, como enormes rocas, cerradas para siempre. La casa de West-minster parecía un mero cascarón. Rico escribía ternezas y enviaba telegramas, pero había un sentimiento de resignación hacia todo más que ternura verdadera. Ya se había parapetado. Luego llegó el telegrama: el barco se haría a la mar.

-Sea, pues -dijo la señora Witt, como si se tratara de una sentencia a muerte.

-¿Por qué pones esa cara, mamá?

-Siento que no me queda en el cuerpo ni una pizca de energía.

-Qué raro en ti, mamá. ¿Te sientes enferma?

-No, Louise. Pero siento eso: como si la última pizca de energía hubiera abandonado mi cuerpo.

-Volverás a ser la misma en cuanto nos hayamos alejado.

-Tal vez.

Después de todo ya sólo había que telefonar. El hotel, los cargadores de la estación y los taxistas harían lo demás.

Era un día gris y nublado, incluso frío. Madre e hija, sentadas en un vagón frío de primera clase, vieron pasar como en sueños el paisaje mediocre, viejo e irreal de Hampshire, rozando apenas los bordes de la conciencia. ¿Otoño! ¿Era esto el otoño? ¿Se trataba de árboles, de campos y de pueblos? Más bien eran los bordes difusos y emborronados de un sueño sin sustancia.

Llovía en Southampton: todo fue un caos hasta que subieron a un barco limpio, donde las recibió un capitán joven y pulcro, muy amable: todo un caballero. La señora Witt, sin embargo, apenas lo miró; se dirigió a su camarote y se recostó en su litera.

Acostada y oculta, oyó las máquinas ponerse en marcha y supo que comenzaba la travesía. Pero se quedó tendida, sin moverse. Vio las nubes y la lluvia y se negó a ser molestada.

Lou almorzó con el joven capitán y se sintió obligada a ser seductora. El joven era tan decente y tan atento. Ella deseaba, sobre todo, estar a solas.

Después se sentó en cubierta y vio pasar la Isla de Wight entre sombras de neblina y lluvia. No supo que se trataba de la Isla de Wight. Creyó que era la parte baja de las Islas Británicas. La vio desvanecerse: y con ella, su vida parecía irse como un cúmulo de sombras hacia la niebla de la nada. No tenía el menor

sentimiento hacia ellas, ninguno: ni por Rico, ni por su casa en Londres, ni por nada. Todo pasaba ante una cortina gris de llovizna como la muerte, y a ella ya no le quedaba ningún sentimiento.

Entraron al canal y sintieron el lento balanceo del mar. Pronto, las nubes abrieron paso a un viento suave. El cielo comenzó a despejarse. A media tarde ya era de un azul veraniego sobre las aguas rápidas y azules del canal. Y pronto el barco enfiló hacia Santander. La costa francesa, sus rocas titilaban como un mundo mágico.

¡Un mundo mágico! Y tras él, el París de la posguerra, que Lou conocía de sobra y la deprimía tan rotundamente. O Montecarlo de la posguerra, la Riviera: más deprimente todavía que París. No, nadie debía desembarcar, ni siquiera en las playas mágicas. De otra manera, en cinco minutos uno se encuentra en una estación de tren I y en un "centro de civilización". La señora Witt odiaba el mar y permaneció en su litera durante toda la travesía. Allí se quedaba Icallada, cerrada como trampa de hierro, como en su propia tumba. Ni siquiera leía. Acostada, simplemente miraba pasar el cielo. Y lo Jjúnico que podía hacerse era dejarla en paz. Lewis y Phoenix pedían el tiempo cerca del barandal, mirándolo todo. O bajaban a ver a St. Mawr. O se paraban a platicar en la puerta de la cabina del operador de radio. Lou le rogó al capitán que les diera algún quehacer. Había un sentimiento raro, transitorio, irreal mientras el barco pesado y grandioso cruzaba el Atlántico. El clima era malo y Lou sintió, como lo había sentido ya antes: este océano odiaba a los hombres, sus barcos, sus ahumadas tripulaciones, como un lobo de sagre fría. Grandes olas grises: un cielo en picada: lluvia: fantasmales e inusitadas tardes amarillas con ratos de sol: todo el tiempo. Hasta llegar al sur, a la corriente que fluye hacia el oeste. Entonces el clima y el agua comenzaron a ser azules.

¡El sur! Siempre al sur, tan lejos del horror ártico como fuera posible. Tal era el instinto de Lou. Salir de las garras de la grisura, los cielos bajos, la lluvia cayendo en ráfagas y la nieve lenta que lo cubre todo. No ver nunca más el lodo, y la lluvia, y la nieve de los inviernos boreales: no sentir la tensión cristianizada e idealista del norte, vacía ya de religión.

Cuando se aproximaron a La Habana, el agua brillaba por las noches con fósforo y los peces voladores caían como gotas de agua brillante, viajando en olas enormes y resbalosas; la señora Witt volvió a aparecer. Aún tenía la cara fúnebre de los enclaustrados. Pero paseaba por cubierta y, al menos, mostraba un poco de interés por asuntos que no fueran los suyos. Aquí, en el mar, casi se olvidó de la existencia de St. Mawr, Lewis o Phoenix. Ni siquiera tenía una conciencia clara de Lou. Pero todo sería como antes en cuanto tocara tierra.

Navegaban bajo el sol caliente en un mar azul, azul, pasaron el castillo del puerto de La Habana. Había mucho movimiento de barcos: ya estaban en América. La señora Witt hizo que la bajaran de inmediato a tierra con Lou. Tomaron un coche y pronto estuvieron en el gran boulevard que es el centro de La Habana. Había largas filas de automóviles, preparados para pasear una vez más a casi doscientos turistas estadounidenses. Y allí estaban los turistas, con sus gafetes en los sacos, para no perderse.

—De noche se ponen tan borrachos —explicó el chofer en español—, que los policías los encuentran tirados en las calles... los voltean, ven el gafete: ¡hup!, los acarrean a sus hoteles —sonrió burlón.

Lou y su madre almorzaron en el Hotel d'Angleterre y la señora Witt contempló, azorada, a una pareja de coterráneos: un exitoso hombre gordo y su mujer almorzaban a la manera extranjera: tomaron cocteles, luego langosta, una botella de *hock*, luego una

botella de champaña, luego media botella de oporto. La señora Witt tenía más prisa a medida que traían más licores. El exitoso hombre y su mujer se empeñaban en beber, con voluntad necia y deliberada; no parecían saborear nada, pero se decían para sus adentros: "¡Ahora bebemos vino del Rhin! ¡Ahora bebemos champaña de 1912! ¡Ja, la prohibición! ¡No podrán amedrentarnos". Sus caras se volvían cada vez más espantosas. La señora Witt huyó, temía que La Habana se derrumbara pero no dijo nada.

Por la tarde, salieron en coche a pasear al campo, para ver los grandes jardines de la destilería, los nuevos suburbios con villas y, entre los caminos con palmas, las viejas plantaciones en ruinas. Junto a una de estas vías vieron cincuenta coches con doscientos turistas, con gafetes en el pecho y cara de autosuficiencia. La señora Witt miraba en silencio sombrío.

—*Plus ça change, plus c'est la même chose* —dijo Lou, con una sonrisita malévola—. *On n'est pas mieux ici*,³⁹ mamá.

—Lo sé —dijo la señora Witt.

Todos los hoteles de la playa estaban cerrados, aún no era "temporada". Hasta noviembre. Y ¡entonces!... bueno, entonces La Habana sería como cualquier otra ciudad de Estados Unidos, con un frondoso follaje de dólares verdes. Los dólares, como próspero follaje, cayendo sin ton ni son desde cada ramita rebosante de turistas sobre esta ciudad de sol y de alcohol. En Chicago y Pittsburgh se abrirían las hojas verdes y se derramarían como cascada invernal sobre La Habana.

Madre e hija tomaron su té en un rincón del Hotel d'Angleterre y regresaron al barco.

El fantasma de las islas del sur pintaba de azul y encrespaba el Golfo de México. Grandes delfines rodaban y brincaban apresurados delante del barco en el agua clara, hundiéndose, viajando con un

³⁹ Mientras más cambia, más resulta la misma cosa. No se está mejor aquí.

movimiento perfecto, recto, tocando con la punta de sus colas el extremo del barco, dando vueltas como tirabuzones, mostrando los vientres al avanzar. ¡Maravilloso! ¡La maravillosa belleza y la fascinación de las cosas naturales y salvajes! ¡El horror de la ausencia de naturalidad en la vida humana, su civilización acumulada! Y los peces voladores brotaban del mar en nubes de movimiento plateado y transparente. Azul, por encima y por debajo, el Golfo parecía un lugar callado, vacío, intemporal, que los hombres nunca alcanzarían. Y Lou se sintió una vez más fascinada por el encanto del universo.

De golpe, ella y su madre se vieron otra vez en un hotel de primera llamando por teléfono para que el camarero les subiera agua helada. Y pronto volvieron a abordar el pullman que las llevaría a San Antonio.

Estados Unidos, Texas. Estaban en su rancho, en una gran pradera plana, otoñal y amarilla, cubierta por un cielo abierto. Y, a pesar de todo, desde el cálido y ancho cielo, desde la tierra vasta, caliente y roja brotó algo nuevo, algo no gastado. Lou se sentía entusiasmada.

Y los téjanos: gente alta, rubia, ingenuamente jovial, con intimidad infantil. Nada importaba que nunca hubieran visto antes a alguien, parecía como si hubieran vivido toda la vida con ellos en el mismo cuarto y no hubiera nada que ocultar. Y ese cuarto era la barraca del mundo que todos habitamos. Raro júbilo sin inspiración que colmaba, sin más, el hueco de una incomprensión total.

Y se lanzaban lejos a través de distancias enormes, lejos, metidos en sus automóviles Ford, sobre ruedas altas que se sacudían por veredas rojas perdidas entre girasoles amarillos, o pasto marchito, o algodón seco, levantando contentos el polvo de la prisa. A Lou le producía un sentimiento parecido a la sorpresa hueca. Pero la intrigaba, no la deprimía. Las viejas trabas a la

emoción y la intimidad, antes tan cerradas, parecían liberarse en este lugar. La intimidad tejana no la molestaba, como no la molestaban las estampillas, a pesar de estar pegadas. Y había un desorden soterrado, casi un estoicismo en esta gente aparentemente infantil que lo dejaba a uno en paz. Podían parecer infantiles, pero en realidad dependían de sus propios recursos de manera estoica. No era como en Inglaterra, donde todos deseaban pasarle la propia carga al de junto.

St. Mawr llegó bien, algo azorado. Los téjanos lo miraban de cerca, enmudecían como ante todo lo que es de raza pura y hermoso. Era casi demasiado hermoso, demasiado perfecto en este lugar tan abierto. Los caballos de Texas, con sus patas largas y sus sillars adornadas parecían, en cierto modo, más naturales. Hasta St. Mawr se sentía extraño en este lugar rudo, como si estuviera desnudo y lo señalaran. Era una joya entre piedras, casi una margarita para los cerdos. Pero los cerdos no eran idiotas y distinguen los granos de maíz de las semillas de margarita. Y saben lo que quieren. Si quieren margaritas, son margaritas; aunque prefieran casi siempre el maíz. Lo cual demuestra sensatez. Podían ver las cualidades de St. Mawr. Pero no debía mostrar demasiado sus cualidades o no lograría penetrar bajo el duro cuero del lugar.

El rancharo lo montaba. Poniéndole sólo una gamuza sobre el lomo se echaba a correr por la vereda roja, levantando polvo entre los altos girasoles silvestres, bajo el sol caliente y salvaje. Luego regresaban como exhalación, y desmontaba.

—Está hecho de buen material, de veras —decía.

Y el caballo parecía complacido con el trato rudo. Lewis miraba asombrado y algo envidioso.

Lou y su madre permanecieron quince días en el rancho. Todo era tan extraño, tan crudo, tan duro, tan fácil, tan artificialmente civilizado y tan carente de sentido. Lou no podía sobreponerse a

la sensación de que no había nada en todo esto que significara nada, ío tenía ninguna raigambre en la realidad. Bajo la superficie no había conciencia, ningún significado bajo lo obvio gritando su obviedad. Era como si la vida transcurriera en un espejo. Visualmente era de una vitalidad salvaje, pero no había nada detrás. Como en el cine: formas planas, exactamente iguales a un hombre pero sin sustancia real; se agitaba rápida en pláticas, emociones, actividades; y todo era plano, sin nada detrás. No había una conciencia más honda. Eso parecía. Uno se movía de sueño en sueño, de fantasma en fantasma. En Texas la vida, si bien no tenía entrañas ni esencia, cuando menos no se alimentaba de las entrañas del prójimo, como en Inglaterra. En eso, era mucho mejor que Europa. Lewis estaba silencioso y algo intrigado. St. Mawr ya había hecho avances con la yegua tejana del patrón, de patas largas, cuello arqueado y crin brillante. Y el patrón estaba complacido.

—¡Qué mundo!

La señora Witt observaba todo con astucia y sin participar. Y Lou estaba algo asustada con la vacuidad de todo y la importancia que se daban, rara y fantasmal. Los vaqueros se daban tanta importancia como Rico, aunque de manera más sentimental y, en el fondo, más vaga e irreal. Los vaqueros iban a buscar sus reses en camionetas Ford negras y se daban la importancia de creer que lady Carrington se enamoraría de ellos, como las damitas elegantes del este se enamoran del noble vaquero en las películas, o en Zane Grey.⁴⁰ Todo tenía psicología de película. Y, al mismo tiempo, la vida de estos muchachos era dura: una vida dura y muchas veces peligrosa y sórdida. Pero en su interior eran héroes de película que se daban, a pesar de todo, su importancia. También el patrón, un hombre de más de cuarenta años, largo y

⁴⁰ Autor de novelas románticas y sentimentales del oeste de principios de siglo.

flaco y lleno de energía nerviosa, se lucía ante ella de una manera poderosa y callada y sólo existía, en esos momentos, para imaginar la idea que ella se hacía de él, de la película que él representaba.

Así eran todos, coloreados como la portada de Zane Grey, vivían en un espejo. En la película que representaban ante el otro. Y con ello, la energía, el valor y el empuje estoico al hacer su trabajo y pasar por todo lo que pasaban.

A Lou la dejaban muda de sorpresa. Y ante esta vida jovial y ajena de un espejo —un espejo algo corriente, por cierto—, Inglaterra volvió a parecerle real una vez más.

Y entonces se recordó a sí misma en Inglaterra. Y no, por Dios, Inglaterra tampoco era real, a no ser por su veneno.

¿Qué era real? ¿Qué era real en el ancho mundo?

Su madre estaba muda, fuera de su alcance. Phoenix se sentía más seguro e inquieto, más o menos reintegrado a su medio. Lewis, un poco impresionado por el vacío de todo, por la *falta* de concentración. Y St. Mawr seguía casi servil los pasos de la negra yegua tejana, de largas piernas, que pertenecía al patrón. ¿Qué puede concluirse de todo esto, por amor de Dios?

Pronto, la vida en el escenario de la película se volvió intolerable con su energía mecánica de "hacerlo bien"; es decir, hacer dinero, seguir la función. La misión mística de "hacerlo bien" significaba que el rancho fuera costeable y pagara con intereses jugosos la inversión del "propietario". Lou era la propietaria. Y le llegaban los intereses testamentarios de su padre; y ése era el dinero gastado en St. Mawr y en la casa de Westminster. Y luego, también, el deber místico de "sentirse bien". Todos debían *"sentirse bien, pasársela bien"*.

—¿Cómo amaneció, señor Lathman?

—*Bien*, eh. ¿No se siente bien aquí, lady Carrington?

—*Bien.*

Lou lo pronunciaba con sonsonete de convicción alegre. ¡Siempre sonaba como si estuviera autosugestionándose!

—¿Nos quedaremos mucho tiempo aquí, mamá?

—Nos iremos en cuanto lo desees, Louise. Yo estoy aquí por ti.

—Entonces, vámonos.

Dejaron a St. Mawr y a Lewis. Pero Phoenix quiso acompañarlas. Manejaron hasta San Antonio, tomaron el autobús hasta El Paso. Allí enfilaron hacia el norte. Santa Fe, por lo menos, sería "fácil". La señora Witt tenía conocidos allí.

En Santa Fe la fiesta había concluido: indios, mexicanos y artistas habían terminado su agotadora tarea de atraer y divertir turistas. "Bienvenido, señor turista", decía un gran cartel junto a la carretera. Del otro lado, algo más cerca del pueblo: "Gracias, señor turista".

—*Plus ça change* —comenzó Lou.

—*Ça ne change jamais...*⁴¹ ; sino para empeorar! —dijo la señora Witt, como pistoletazo. Y Lou se quedó tranquila, suspiró quedamente y se dijo: "Bienvenidas también, señora turista e hija". |

Pero en esos días no había forma de sacarle ni una palabra a la señora Witt. En cambio, Phoenix se mostraba casi locuaz. Se quedaron un tiempo en Santa Fe, en un hotel limpio, cómodo y "casero" con "baño en cada cuarto": un baño blanco impecable, con agua muy caliente día y noche. Los turistas y agentes viajeros se sentaban en el amplio vestíbulo, ¡todos vivían dentro de un espejo! Y conocían perfectamente a lady Carrington, por supuesto. Y esperaban que ella, a su vez, los conociera de igual manera. El único propósito de los espejos es reflejar imágenes. Madre e hija comieron dos días en un comedor con intimidad untuosa como

⁴¹ Mientras más cambia... Esto no cambia jamás.

mayonesa. Luego la señora Witt se negó y pedía por teléfono que le llevaran la comida a su cuarto, a la hora correspondiente. Comenzó a quedarse en la cama cada día hasta más tarde, como cuando viajaban en el barco. Lou se sentía incómoda. Era peor que Europa.

Phoenix seguía por allí, amigo a medias y sirviente a medias. Era perfectamente feliz yendo y viniendo con los mexicanos y los indios, hablaba todo el día en español, platicando de Inglaterra y sus dos patronas, pavoneándose a sus anchas.

—Me temo que Phoenix va a durarnos toda la vida —dijo Lou.

—Si no queremos, no —contestó la señora Witt con indiferencia. Y tomó una novela que no quería leer, pero leería.

—¿Cuál es el siguiente paso, mamá? —preguntó Lou.

—Para mí ya no hay siguientes pasos.

—¡Por Dios, mamá! Volvamos a Italia, a cualquier lado, no te pongas así.

—Nunca más cruzaré el océano, Louise. Regresé a mi hogar para morir.

—El hotel González de Santa Fe no parece para nada un hogar, no tiene ese aspecto.

—Claro que no. Pero es tan bueno para morir como cualquier otro lugar.

—¡Ay, mamá, no seas tonta! ¿Por qué no buscamos un lugar donde podamos estar solas?

—Te lo encomiendo a ti, Louise. Yo ya tomé mi última decisión.

—¿Cuál, mamá?

—Nunca, nunca volver a decidir nada.

—¿Ni siquiera decidirás morirte?

—No, ni siquiera.

—¿O no morirte?

—Tampoco.

La señora Witt se cerró, como trampa. Ese día se negó a salir de la cama.

Lou lo consultó con Phoenix. Después de eso, se pusieron a buscar algún ranchito en venta.

Era otoño, el mejor tiempo del oeste, donde no hay primavera, pues la nieve sopla sobre el cálido regazo del verano; tampoco verano, pues graniza sobre el hielo que se forma tras las tormentas. Y ni siquiera había un invierno definido, pues el sol que derrite la nieve da la impresión de una primavera próxima. Pero sí hay otoño, cuando casi no soplan los vientos del desierto y las nubes no se ciernen en las cumbres. Las mañanas son frías y sutiles sobre los girasoles silvestres y las gobernadoras con su floración de borlas amarillas. El desierto florea en otoño. La primavera tiene siempre un tinte gris y ceniciento y el aliento fuerte del sol veraniego y los aguaceros tupidos y con truenos logran soplar por fin su fuego amarillo y esponjado en septiembre.

En una mañana así, Lou y Phoenix se dirigían en coche hacia las montañas, para ver el rancho que vendía un mexicano. Por un lapso breve las montañas habían perdido su nieve, volvería a caer dentro de unos días: se alzaban desdibujadas y delicadas en la niebla otoñal. A lo lejos, el desierto se extendía descolorido; tan descolorido como el cielo, pero plateado y marchito, con cimas bajas de sombra y grandes alas de sombra, como si fuera el reflejo de un enorme pájaro. Las mismas sombras de águila descendían sobre las montañas, como el tosco dibujo de un pájaro al vuelo donde los álamos amarilleaban. Por un momento, por un momento breve, el gran paisaje desierto-montaña perdió su crueldad certera y parecía tierno, ensoñador. Y había muchos, muchos pájaros aleteando.

Lou y Phoenix se bamboleaban, perdidos, en una larga brecha: dieron vueltas descendiendo a un cañón pronunciado. Y luego el

coche subió y subió por tramos empinados y por laderas disparejas y aterradoras. El camino era malo, manejar no era cosa sencilla. Pero Phoenix estaba acostumbrado a esta clase de camino. Avanzaba impasible y alerta, mientras el motor se calentaba. En este lugar, era él: impasible, distante, orgulloso y muy seguro de sí mismo, en silencio. Se mantenía en guardia todo el tiempo, pero era su guardia, se sentía seguro. No veía ninguna diferencia entre él y Lou y la señora Witt, salvo que ellas tenían dinero y él no —pero él tenía una importancia nativa de la cual ellas carecían. Si dependía del dinero de ellas, ellas dependían de su capacidad de sobrevivencia en el oeste. En su balance interior, valía tanto como ellas. El dinero era su única ventaja.

Lou lo sintió, sentada junto a él en el asiento delantero, porque allí el bamboleo era menor. Sintió en él una peculiar arrogancia solemne, como si estuviera demostrándole algo. Quería que le permitiera hacer avances, que le permitiera sugerirle que debían ser amantes. Y luego, cuando al fin se casara con él, estaría al mismo nivel que ella y su madre.

A cambio, se ocuparía de ella, le daría su apoyo y su protección de hombre; se colocaría entre ella y el mundo. Y, en este sentido, le sería fiel y leal. Pero, tratándose de mujeres, serían indias o mexicanas, porque tal rubro no era de la competencia de ella. Su matrimonio sería un pacto entre aliados para su mutuo provecho; y él cumpliría bien su parte. Pero como hombre privado, en su interior, como hombre de sangre ajena y predadora, nunca se mezclaría con ella. No entraba ni en sus planes ni en sus cuentas. Era una de esas mujeres blancas, nerviosas y con mucho dinero. Y era también muy agradable, pero como *squaw*⁴² no contaba: como mujer real, envuelta en un chal, a la cual un hombre acude para gozar de una noche de placer. Era

⁴² Término racista que denomina a las muchachas indias.

una de esas mujeres blancas que hablan con agudeza y saben cosas, como hombres. Difícilmente podría suponer que un macho semisalvaje la reconocería como su contraparte femenina. ¡No! ¡Ella tenía los dólares! Y tenía toda la parafernalia de la civilización blanca usada por el salvaje para jugar, para escapar de su propio tedio hueco. Pero ¿su contraparte femenina verdadera? Phoenix se hubiera alzado de hombros, como si la pregunta no viniera al caso. ¿Cómo esperar que ella respondiera al hombre fálico de su interior? ¡Imposible! Y sin embargo, poseerla halagaría enormemente su vanidad y su autoestima. Sería poseer la clave misma del abrumador mundo de los blancos. Y si ella le permitía poseerla, le sería absolutamente leal; guardaría las apariencias, al menos. Pero el macho fálico nativo de su interior no podría reconocerla nunca como mujer. En este espacio no existiría. Allí necesitaba una india o una mexicana envuelta en un rebozo, de voz plañidera y aguda, con esa humildad evasiva y acuosa, con mirada oscura y conocedora en los grandes ojos. Cuando una india lo miraba bajo ese borde negro con incitación oscura y casi secreta, desde sus ojos grandes y oscuros: o cuando se paraba ante él, abrazada por su chai como si fuera la suma completa de la humildad: cuando le hablaba con una voz parecida al chillido de un ratón, plañidera, como si resultara difícil para su feminidad abochornada emitir siquiera tal sonido: o cuando arrastraba las piernas muy abiertas, pues las altas botas blancas de gamuza, de gruesos bordes cubrían los pequeños pies: y su pelo oscuro anudado, con caída tan dura, tan sutil: o cuando recordaba la suavidad casi acuática de la carne oscura y tibia de las indias: entonces era el macho, antiguo y cauteloso, casi como rata. Ante la sinceridad de Lou y su absoluta incompetencia sexual tenía una postura condescendiente. A su entender, hasta una *cocotte* francesa carecía, en absoluto, de la sexualidad adecuada. No lo conmovían. No eran capaces de satisfacer su

esencia furtiva. Requería, para incitarlo, esa cualidad plañidera, chillona, de bordes oscuros e indios, con algo furtivo y suave, de rata.

Y, sin embargo, estaba dispuesto a hacer un trueque con su sexo que, según creía, todas las mujeres añoraban secretamente, por el dinero y los privilegios sociales de la mujer blanca. De día, la emoción y el encanto de los coches de los blancos, las películas, los *ice-cream sodas* y todo lo demás. De noche, el calor suave de sua-

vidad acuática de una mujer india o de una mestiza. Tal era la idea que Phoenix se hacía de la vida.

Y ciertamente, si la mujer blanca le proporcionaba los privilegios del mundo de los hombres blancos, cumpliría con la parte que le tocaba.

Muy muy quieta a su lado, mientras manejaba, Lou sabía más o menos lo que pensaba. No era un gran chofer, no tenía la rapidez maravillosa que pueden tener algunos blancos, sobre todo algunos choferes franceses; sus movimientos eran algo torpes. Lo adivinaba, más o menos, como adivinan las mujeres, lo conocía: hasta en esa estupidez más bien prepotente de sus hombros, en esa estupidez más bien prepotente de sus rodillas.

Pero no lo juzgaba con demasiada severidad. En el fondo, muy en el fondo, sabía que también era culpa de ella. Y esto la obligaba, como mujer, a humillarse a veces ante la arrogancia furtiva de este "enterado" salvaje salido del inframundo. Era tan diferente de Rico.

Pero, después de todo, ¿lo era? ¿Era tan diferente de Rico en su desarraigo, en su naufragio, en su ausencia absoluta de sentido? Y su concentración hechizada e infantil en los coches, las películas y los *ice-cream soda*, ¿eran tan diferentes de las de Rico? ¿Era mejor, a fin de cuentas? Tal vez más grato a las mujeres, por su infantilismo.

La opinión que tenía de sí mismo era la misma: ¡un macho sexuado! Tan infantil, de veras, que hasta podía ser emocionante para una mujer. Y también tan estúpido, hurgando en los resquicios furtivo, creyendo que nadie lo notaba. Creía que era muy misterioso en sus madrigüeras sexuales de rata, ¡seguro de que nadie se daba cuenta!

No, no, Lou no era tan tonta como parecía, al menos como se lo parecía a él. Sabía bien lo que quería. Quería un remanso para su vida de tensión nerviosa y de irritación; quería escapar de la fricción como estímulo único de la vida social moderna. Quería estar quieta: sólo eso, estar muy muy quieta y recuperar su propia alma. Phoenix se equivocaba de manera ridícula cuando suponía que buscaba un macho sexuado y subrepticio como él. La había abandonado incluso la ilusión del bello St. Mawr. Y Phoenix, entretejido en los traspacios promiscuos como una rata en celo: *Merci, mon cher!*⁴³ Pues no era sino eso: una rata en celo en los traspacios y los graneros habitados por la gente en busca de ratas hembra.

Merci, mon cher! ¡Te conozco!

Y su error mismo era un alivio para ella. Era un error más entretenido que impresionante. También era un alivio que media parte de su inteligencia fuera un hueco completamente oscuro. Era, estrictamente, un sirviente: tal vez en el mejor sentido. Su inconciencia y su limitación mismas servían de refugio, como los límites de cuatro paredes sirven también de refugio. Los límites claros de su inteligencia le brindaban refugio. La hacían sentirse segura.

Pero no se dejaba engañar por tal sentimiento de seguridad. Era un sentimiento derivado de tener un verdadero sirviente, que sentía apego por ella: un hombre cuyas limitaciones psíquicas lo hacían

⁴³ Gracias, querido.

incapaz de otra cosa, como no fuera servir; y a quien los fuertes impulsos de la vida natural le hacían, a su vez, necesario servir.

Lou, sentada con mucha compostura, muy quieta y frágil, no había vivido en vano. Ya no quería engañarse. No tenía el menor deseo de engañarse, ni de creer que Phoenix sería su esposo y su compañero. No tenía deseos, en ese sentido. Era obtuso, como lo son los sirvientes. Le agradecía sus servicios y le pagaba un salario. Es más, le daba algo de que ocuparse, en que ocupar su vida. Le daba vida, de cierta manera, lo rescataba de su tedio. Había equilibrio.

Él ignoraba lo que ella pensaba. Entre ambos había una simpatía física. Como era obtuso, pensó que se trataba de una simpatía sexual.

—Qué buen viaje, tú y yo —le dijo de pronto, volteando y viéndola con mirada excitada, terminando con una risita tonta.

Ella se dio cuenta de que debió haberse sentado atrás.

—Pero la carretera es mala. ¿No sería mejor bajarse y abrir la tapa del motor? El motor está ardiendo.

Él miró con un atisbo repentino de interés la marca roja del termómetro del tablero.

—Está ardiendo —dijo. Paró y se dirigió con diligencia rápida hacia el motor.

Lou bajó también, se sentó en la parte trasera del auto y cerró decidida la puerta.

—Creo que viajaré atrás —dijo—. Enfrente el calor es intolerable cuando se calienta el motor. ¿Crees que necesite agua? ¿Traes tu cantimplora?

—Está llena —dijo asomándose a la válvula de vapor.

—Puedes echarle un poco, si te parece necesario. ¿Falta mucho?

—¿Quién sabe?⁴⁴ —respondió con un dejo de impertinencia.

Ella se retrajo a su silencio. Se dio cuenta de que debía ser cuidadosa con Phoenix, muy precavida al permitir la simpatía o sostenerse en ella. Lo leería como un acercamiento sexual. Tal vez no podría evitarlo. La culpa era sólo de ella. Él era torpe como hombre y como salvaje. Su interpretación del acercamiento con cualquier mujer era sólo una: sexual.

Y ella sabía, con ese conocimiento claro y final de la decepción agobiante, que no deseaba mezclarse en las promiscuidades sexuales de Phoenix. Sólo imaginarlo era un insulto. El crudo y torpe sirviente macho: no, eso no, no. Era un buen tipo, era muy buen tipo, ciertamente. Pero nunca se hartaba de la intimidad física.

"No, no", se dijo, "fue un error sentarme junto a él. Debo sentarme sola, simplemente sola. Porque el sexo, el mero sexo, me resulta repulsivo. Nunca volveré a prostituirme. A menos que algo me toque el espíritu mismo, el centro mismo, me quedaré sola, simplemente sola. Sola, y me entregaré nada más a presencias invisibles, serviré nada más a las presencias invisibles".

Entendía ahora el sentido de las vírgenes vestales, las vírgenes del fuego sagrado de los templos antiguos. Eran su símbolo, mujeres hartas del abrazo de hombres incompetentes: hartas, hartas, hartas de todo eso, que apelan a los dioses no visibles, a los espíritus insondables, al fuego oculto; se haría devota de eso, nada más de eso. Y de allí recibiría paz y plenitud.

¡No estos hombrecitos incompetentes, infantiles, complacientes consigo mismos! Ésos no la tocarían. Veía los hombros algo estúpidos de Phoenix mientras manejaba entre árboles de piñón y cedros por la orilla estrecha de la mesa, junto al desfiladero, hacia el pie de las montañas. Era un buen tipo. Pero sería mejor

⁴⁴ En español en el original.

que corriera tras mujeres iguales a él. Había algo fuera de su alcance. Y ese algo debía mantenerse lejos de él. Nunca debía estar a su alcance. Si no, pondría allí sus patas de animal, estropearía todo y sería tan infeliz como el niño que descompone el reloj de su padre.

¡No, no! Había amado a un estadounidense y vivido con él un par de semanas. Tuvo una larga e íntima amistad con un italiano. Tal vez él la amara. Y ella había cedido. Luego vino su amor y su matrimonio con Rico.

¿Qué había resultado? Nada. No era casi nada. Como si sólo su ser exterior, sus capas superficiales fueran humanas. Eso la empujaba a la intimidad. Tan pronto como la intimidad penetraba hasta su interior, o pretendía entrar, sobrevenía el desastre. Pura humillación y ruptura.

Tras estas capas exteriores de su ser había en su interior santuarios sucesivos. Eran inviolables. Lo aceptaba.

"No soy de las mujeres que se casan", se decía a sí misma. "No soy amante, ni querida, ni esposa. Es inútil. Realmente, el amor nunca podrá llegar desde el exterior. Y nunca, nunca me aparearé con ningún hombre, puesto que un hombre nuevo y místico nunca llegará a mí. No, no, debo conocerme bien a mí misma y saber cuál papel me corresponde. Soy una de esas vírgenes eternas al servicio de la vida eterna. Mis contactos con los hombres han quebrantado mi tranquilidad y atascado mis umbrales. Y ha sido culpa mía. Debo permanecer virgen y quieta, muy muy quieta, y servir con el más perfecto servicio. Quiero mi templo, mi soledad y el misterio de Apolo, del fuego interno. Y con los hombres, sólo relaciones delicadas, sutiles, remotas. Ningún acercamiento. Un acercamiento sólo rompería mis delicados velos y de los velos rotos, como de las flores rotas, no puede esperarse sino podredumbre."

Cuando se dio cuenta de esto, sintió una gran paz en su interior. Y gratitud. Porque, después de todo, le parecía que tal fuego oculto estaba vivo y ardiente en este cielo, sobre el desierto, en las montañas. Sintió cierta santidad latente en la atmósfera misma, un fuego joven y originario de santidad latente, como nunca lo había sentido ni en Europa ni en Oriente. Al mirar las montañas sombreadas a lo lejos, el desierto pálido bajo sus pies, con sombras que aleteaban en lo alto, se dijo: "para mí, este lugar es sagrado. Es bendito".

Pero al ver a Phoenix recordó los autos y los turistas y los mexicanos de Santa Fe: ¡qué triste!; y a los indios, acechantes, celosos, con esa cualidad subrepticia de las ratas y una derrota en el porte: y se dio cuenta de que el fuego latente del paisaje abierto luchaba bajo el enorme peso de una inercia polvosa. Debía cuidarse del polvo, evitarlo con cuidado y prontitud y apartarlo de ella en este lugar que, por fin, le parecía sagrado.

El coche seguía remontándose entre los altos pinos, hasta el pie de la montaña y, por fin, llegó a una cerca de alambre donde menos se esperaba. Phoenix abrió la reja y cruzó, entre más árboles, hasta un claro donde amarilleaban unas cuantas matas de frijol secas.

—Este hombre no tiene agua para sus frijoles —dijo Phoenix—. No debe haber cosechado mucho frijol este año.

Subieron despacio por una ladera, entre más pinos, hasta otro claro donde pastaban un par de caballos. Y allí vieron el rancho: unas cabañitas bajas con techos remendados y unos cuantos pinos en lo alto; y frente a un claro largo de doce acres, un campo donde los mirasoles morados eran como un rocío tachonado por macizos de flores amarillas.

—Tampoco hay alfalfa —dijo Phoenix, mientras el coche pasaba, bordeando las flores—. Debe ser un lugar seco. No hay agua, seguro que no hay.

Pero era el lugar que Lou quería. Al instante su corazón se inclinó por él: cuando el coche se detuvo, en ese momento mismo, cuando vio las dos cabañas tras la reja desvencijada, el corral roto, los pinos altos y azulosos con su resina y las lomas redondeadas de la ladera pronunciada y, tras ellas, las montañas. Al bajar del auto miró los círculos de pinos quietos, tan crudos e indomeñables; más allá del púrpura y el oro del claro, el desierto inmóvil más allá de las crestas de pinos, y miles de millas más abajo el desierto: y más allá del desierto, cerros azules: y más lejos aún, las montañas azules de Arizona. "Éste es el lugar", pensó.

El ranchito arruinado de apenas ciento sesenta acres era, al parecer, el último bastión del hombre —hasta ahora— hacia el corazón salvaje de las Rocallosas. Un inquieto profesor del este se había aventurado por las montañas, en busca de oro, sesenta años antes. Al principio encontró un poco; luego, nada. Pero las montañas lo retuvieron, no pudo regresar.

Había un pequeño surtidor de agua pura y borboteante, un tesoro fluido tal vez más valioso que el oro. Y el maestro hizo su morada en la ladera, cerca del surtidor. Luchó y construyó una cabaña de troncos, hizo una cerca que trepaba por la ladera entre los pinos y bajaba a las hondonadas donde en primavera crecían lilas mariposa, de un blanco fantasmagórico: flores sin hojas, desnudas en los altos tallos invisibles. Hizo un claro grande para la alfalfa.

Y se endeudó y tuvo que vender la propiedad para saldar la deuda. Aenas ganaba para vivir enseñando a los hijos de unos cuantos colonos estadounidenses desperdigados por los valles, entre los mexicanos.

Y el comerciante que compró el rancho lo mejoró con tezón.

Construyó otra cabaña de leños, un corral grande y trajo agua por

la pendiente de la montaña a través del cañón, a más de dos millas de distancia, por un pequeño canal abierto, y bombeó más agua desde el cañoncito alejado una milla o más, por la parte trasera de las cabañas. Y llevó agua hasta su casa, pues como buen estadounidense no creía haber conquistado *de verdad* su entorno hasta tener agua corriente, tubos y lavabos dentro de la casa.

Y logró tener agua corriente y tubos y lavabos. Y sin rendirse preparó a lo largo de los años un depósito para hacer una fuente en un pequeño sitio cercado, donde construyó un baño. Después de algunos años, subió una tina de esmalte para colocarla en un bañito de troncos en un ranchito agreste suspendido de las Rocallosas salvajes, por encima del desierto.

Pero llegado a ese punto las montañas terminaron con él. Era comerciante en el pueblo mexicano. Y este ranchito era su diversión, su ideal. Pasaba allí los veranos con su esposa de Nueva Inglaterra: abrían y cerraban las llaves una y otra vez y creían que la civilización había triunfado.

Pero el agua corriente traída desde barrancas salvajes entre los cañones —algunos sin nombre, hasta ahora— no deja de costar dinero. Peor aún, costaba mucho dinero. Había que recuperarlo. El gran claro se regaría para producir alfalfa; en el claro pequeño se sembraría frijol; bajo el corral, papas. El comerciante podía intercambiar todo esto con los mexicanos y obtener buenas ganancias.

Y como en ese tiempo alguien comenzó a ponderar los famosos quesos de cabra hechos por los campesinos mexicanos de Nuevo México, fue necesario tener cabras.

Hubo cabras: con el tiempo llegaron a ser quinientas. Y se criaban sobre todo en las hondonadas de las montañas sin cultivar, en tierra de nadie. Los mexicanos las llaman boca-de-lumbre, porque todo lo que mordisquean se seca. No es que

realmente tengan bocas ardientes, pero se comen las plantas al ras y ya no vuelven a brotar.

Y en cinco o seis años el enérgico comerciante tuvo listo su rancho. La cabaña grande para él y su esposa de Nueva Inglaterra tenía tres cuartos. En la cabaña de dos cuartos vivía la familia mexicana que era la encargada, realmente, del rancho, pues el comerciante casi siempre estaba en su tienda, anclado al pueblo mexicano, a diecisiete millas de distancia.

El rancho estaba a más de ocho mil pies de altura y en invierno nevaba mucho; las cabras blancas, más bien de un amarillo sucio, se hundían en la nieve cavando con los cuernos curvos y cortos, como si se tratara de palos secos. El corral cerrado alguna vez fue acogedor y de esta multitud de quinientos animales emanaba un olor agrio y caprino, como ácido caliente sobre la nieve. Y el mexicano flaco y cacarizo llevaba alfalfa hasta el establo grande. Hasta que el sol hundía otra vez la nieve y congelaba la superficie y entonces sonaba el golpeteo de dos mil pezuñas sobre la plata helada de la nieve, en lo alto de la montaña. A mordisquear, mordisquear, mordisquear todas las ramas tiernas, las boca-de-lumbre. Y el macho con el cencerro trepaba y los balidos se escuchaban entre los pinos tupidos y mellados. A veces caían a un hueco blando bajo los árboles y una o varias cabras se hundían y se perdían, reapareciendo congeladas tras el deshielo. Al atardecer volvían a bajar, como un sucio río amarillento donde flotaban bastones oscuros, tropezando y balando sobre la nieve congelada bajo los pinos oscuros, apretujándose en el corral. Y por todas partes sobre la nieve, por todas partes, manchas amarillas y pilas oscuras de excremento se enterraban bajo la superficie de cristal derretido. En las noches relucientes y quietas, cuando el hielo endurecía, el olor de los chivos surgía como un terrible fuego ácido bajo las grandes estrellas colocadas sobre el borde mismo de las montañas, como ojos de algún león de

montaña al acecho. Y en los cañones cercanos los coyotes aullaban y sollozaban y corrían sobre la nieve como sombras. Pero el corral era fuerte.

En el curso de unos cuantos años el rebaño había aumentado de cincuenta a quinientos animales. No era poco. Los quesos se oreaban en las rejitas. Los cabritos llenaban la primavera de bullicio y de cabriolas. En verano y a principios de otoño una verdadera plaga de moscas se elevaba del olor de las cabras y del suero que se tiraba tras hacer los quesos. Llegaron multitudes de ratas de monte y ratones.

Y más tarde resultó difícil vender o intercambiar los quesos; rendían poco, y cuando el verano era seco no había agua en la zanja angosta que serpenteaba sobre los canales de madera, sobre las abruptas laderas. Y sin agua no hay alfalfa. En invierno, las cabras casi no bebían agua. En verano, abrevaban en el pequeño surtidor. Pero la tierra sedienta era más difícil de complacer. Quinientas cabras blancas de angora, finas, con sus enormes y bellos *padres*.⁴⁵ El comerciante hizo cuanto pudo. Al llegar el verano, las pastoreaba hacia el angosto bebedero con agua corriente y crecida. Luego trasquilaba la hermosa lana. Era bella y cara, pero poca.

Y todo cuesta, cuesta, cuesta. Y el hombre iba de un descalabro a otro. A veces faltaba el agua. Otras, había yerbas venenosas. Luego, enfermedades. Una malevolencia misteriosa luchaba y luchaba siempre contra la voluntad del hombre. Del corazón lívido y pétreo aún sin crear, de las entrañas de estas Rocallosas salía una influencia extraña e invisible que caía sobre la voluntad del hombre desgastando su resistencia y su espíritu de superación. Algo sutil y curioso, parecido a la fiebre de montaña, llegaba a la sangre de los hombres del rancho y hasta los animales, que

⁴⁵ En español en el original.

sufrían arrebatos extraños y violentos de energía casi frenética y, sin embargo, estaban destinados a perderse en la fatiga o algún otro tipo de daño: los caballos se rasgaban y cortaban, un rayo los golpeaba; los hombres se herían, enfermaban. Una desintegración constante y rara avanzaba constante, como si se tratara de un mal aire siempre presente, de un gas irritante que anonadaba, llegado desde las inhóspitas montañas.

Las ratas de monte con colas peludas y grandes orejas salieron del cerro, brincaban y retozaban por allí, ejemplos de una extraña malevolencia abatida, del espíritu del lugar. Los mexicanos a cargo del rancho eran gente honesta y trabajaban cuanto podían. Pero como casi todos los mexicanos del oeste, parecían haber sido despojados de su savia, por usar las palabras de Kipling. Y la malevolencia celosa del lugar mismo los privó de la savia de su humanidad y transformó a los hombres en una especie de cadáveres desencantados.

También les sucedía a los blancos expuestos a lugares tan abiertos. Lentamente perdían su savia. Su energía los abandonaba. Y más que eso, su interés. Una inercia invadía el alma, la indiferencia; el cuerpo se conservaba sano y activo pero los intereses vivos se alejaban completamente de las almas gastadas. La esposa de Nueva Inglaterra era quien más energía invertía en el rancho. Lo consideraba su hogar. Mandó poner una cerca blanca alrededor de las dos cabañas; pulía en ambas cocinas las dos llaves de bronce hasta dejarlas relucientes; logró un huerto con yerbas y mastuerzos junto a la puerta de la cocina, tras una lucha feroz contra los animales que se comían todo. Y había preparado el pequeño tanque de concreto que sería un pequeño estanque cercado bajo los pinos, entre las dos cabañas. Un estanque con su chorro, una fuente.

Pero su límite fue la tina, como los quinientos chivos fueron el del hombre. Dos aires llegaban desde la montaña: el de la energía

frenética y curiosa que robaba la inteligencia, como alcohol o cualquier otro estimulante; el otro era como una envidia que carcomía el alma. La mujer amaba el rancho casi con pasión. Era ella quien sentía sus influjos, más que el hombre. Parecía aquejarla como una pasión sexual, magnificaba su ser y la llenaba de violencia y energía femenina ciega. ¡Qué energía, qué ceguera! Un frenesí ciego y extraño y, mientras duraba, era como una intoxicación. Y tal belleza emocionaban el alma de la mujer de Nueva Inglaterra.

Su cabaña estaba frente a la pendiente suave del claro, frente al alfalfar: era larga y baja, agazapada bajo un gran pino que alzaba su tronco justamente frente a su casa, en el patio. Ese pino era el guardián del sitio. Pero era un guardián diabólico, erizado, procedente de las lejanas épocas crudas del mundo. El gran pilar de cobre, pálido, rodeado de costras sobrepuestas se levantaba con una indiferencia rara y obstinada, con la lóbrega permanencia propia de los pinos. Una columna no fálica, desapasionada, levantándose desde las sombras de un mundo anterior al sexo, anterior a la erección de la columna itifálica de sangre ardiente. De la corteza café claro salía una savia fría, estéril, resinosa: goma rezumada. Y el viento siseaba entre las agujas como un gran nido de víboras. Las piñas redondas caían cuando el granizo las golpeaba. Quedaban en el patio como rosas de madera abiertas bajo el sol, pero duras, asexuadas, rígidas en su ciega voluntad.

Tras la columna de aquel pino, el campo de alfalfa descendía en suave pendiente hasta un parapeto circular de pinos, donde los árboles silenciosos levantaban a intervalos una barrera viva y silenciosa, aislada, alta y aserrada frente a las alturas abruptas, con ciega obstinación. ¡Extraños pinos! Con cierta luz, brillaban todas las agujas como el acero pulido, cada una con un sutil destello blanquecino en la oscuridad, como agujas

verdaderas. Luego, por la tarde, los troncos se incendiaban con un rojo naranja y los penachos oscurecían alertas como colas de lobo tocando el aire. Y en la mañana, casi no se notaban bajo el sol, quietos y suaves. Pero siempre estaban allí, presentes y atentos. Sin lástima, siempre atentos en su guardia, resistentes, lo cubrían a uno con su aroma y poder y un vago terror del mundo primordial y asexuado. Un mundo donde cada criatura se constreñía con crudeza a su propio ser, crudo, erizado y frío, o se agrupaba en hatos como los pinos y los lobos. Pero más allá de los pinos, ¡ah!, la belleza a lo lejos solazaba el espíritu. El círculo de pinos con sus árboles desperdigados se alzaba alto y aserrado a intervalos, tal era la cerca, la barrera más próxima. Más allá sólo había distancia: abajo, el desierto a lo lejos, mucho más allá.

El desierto extendía su gran círculo color cervatillo por los alrededores, en la lejanía, como una playa allá abajo con su larga cordillera de sombras de un azul puro cerrando su rincón más próximo, con colinas de un azul inusitado, de roca mojada en un gran muelle: a la mitad, y a la distancia, una cordillera azul pálido sobre el horizonte desde el poniente, como asomándose desde un mundo absolutamente distinto.

¡Ah, tal belleza! Tal vez la cosa más bella del mundo. ¡Era una belleza pura, una belleza *absoluta*! ¡Allí! Para la mujercita de Nueva Inglaterra, de alma tensa y fiera, de egoísta voluntad comedida, era la belleza absoluta, el *nec plus ultra*. Desde su umbral, desde su patio podía ver la luz del día remontándose como enorme águila, girando como las águilas que habitan el azul de las peñas más altas y próximas, con el anverso de las alas y el vientre luminosos, con diseño delineado de tonos más oscuros contra el aire puro, esferas aladas. Así era el amplio giro de la luz del día sobre el desierto, rozando las montañas vigilantes de la distancia y, a veces, el borde inmenso del desierto flotaba

con curiosas olas y exhalaciones entre la fragilidad azul de las montañas, cuyas cimas cortadas eran más duras que las bases flotantes. Y a veces podía ver las casitas mexicanas de adobe pardo en el pueblo, a veinte millas de distancia, como los cristalitos cúbicos donde viven los insectos, puntos muy claros en el desierto, junto a uno o dos álamos. Y a veces veía las rocas lejanas, a treinta millas de distancia, donde el cañón era un zaguán entre las montañas. Muy claro, como un zaguán abierto hacia un enorme patio, veía el trozo cortado del pasillo: el cañón. Y en el desierto mismo, curiosos pliegues remetidos bajo los bordes de las mesas. Y una ranura negruzca que revelaba el cañón del río Grande, por lo demás invisible. Y detrás de todo esto, las montañas asomando como icebergs sobre un mar abierto. Más tarde, el sol se encendía sobre el caldero vacío de la oscuridad remojada y, alrededor de las montañas de Colorado, formaba grumos desasosegantes hacia el norte. Siempre producía un poco de miedo. Pero luego llegaba la mañana, el sol espiaba sobre los flancos de las montañas e iluminaba el desierto, a la distancia, mucho antes de iluminar su patio. Y entonces veía otro valle, casi mágico y muy hermoso, con campos verdes y grandes macizos de álamos y unos cuantos cubos de adobe, a lo lejos, flotando en la luz hueca: como una visión.

¡Ah! era una belleza, belleza absoluta a cualquier hora del día: fuera en la perfecta claridad de la mañana o a mediodía, cuando las montañas en el otro extremo del desierto se cocinaban a fuego lento, o los grumos púrpuras de los montes norteños bajo el sol rojizo del atardecer. O si el polvo se arremolinaba en altas columnas, cruzando el desierto hacia la lejanía, como pilares de nubes en el día, altos pilares inclinados de polvo apresurándose con prisa fantasmal: o si, a principios de año por la mañana, de pronto, un mar blanco sin mácula se levantaba y se desplazaba, una niebla espesa de nieve derretida como espectro blanco en el

sol de la montaña, borrando el mundo inferior: o cuando la lluvia negra y las nubes caían abruptas, muy lejanas, sobre el desierto y los rayos clavaban su agudo aguijón blanco en el horizonte: o cuando la nube viajera se quebraba en lo alto, con ríos de fuego azul fluido cayendo desde el cielo y reventando en la tierra; y el granizo, como un mundo de hielo sacudido desde las alturas: o cuando el sol caliente entraba otra vez a galope: o la nieve cayendo en silencio pesado: o el mundo, de un blanco enceguedor bajo el cielo azul, cuando uno se veía obligado a correr y refugiarse de la enorme luz blanca bajo el amparo de los pinos, pues golpeaba la espalda, se alzaba de pronto y casi producía desmayos.

¡Siempre la belleza! ¡*Siempre!* Siempre era grande y espléndida y, por alguna razón, natural. Nunca era pomposa ni teatral. Siempre, por alguna razón, perfecta. Y, a pesar de todo, bien simple. Era así cuando se miraba el panorama vasto y vivo. El paisaje vivía y vivía como el mundo de los dioses, sin disgusto, sin preocupación. El gran paisaje circundante vivía su propia vida, suntuoso y despreocupado. Para él, los hombres no existían. Si se tratara sólo de vivir a través de los ojos, mirando la *distancia*, habría sido el paraíso de la mujercita de Nueva Inglaterra y habría encontrado el paraíso terrenal del espíritu que buscaba en su rancho.

Pero ni siquiera una mujer puede vivir sólo en la distancia, en el más allá. A regañadientes, se ve involucrada en las cosas cercanas, las cosas en sí. Y, a regañadientes, se ve atrapada en la lucha por el objeto inmediato.

La mujer de Nueva Inglaterra había luchado para hacer la cercanía tan perfecta como la distancia: pero la distancia era de una belleza absoluta. Confiaba en lograrlo. Cuando el agua salió de sus brillantes llaves de bronce se sintió segura: las aguas salvajes del monte atrapadas, presas en angostos tubos de hierro,

se dejaban conducir mansas hasta la cocina para brincar sobre su lavabo, sobre su fregadero, para servirla. "¡Helo allí!", dijo. Había amansado las aguas de la montaña para que la sirvieran. Y lo logró, por un momento.

Pero, al mismo tiempo, algo invisible la atacaba. Mientras se entretenía en la belleza de un mundo luminoso que giraba a su alrededor, a sus pies, la atacaba por la espalda el espíritu interior de la montaña, gris como rata. No podía concentrarse. No podía hilar ni siquiera sus palabras. Decía algo y se le escapaba la siguiente palabra, como si se la hubiera robado una rata de campo. Se sentaba con la mente en blanco, tartamudeando, como pordiosera ante una alacena vacía. Provocaba en su marido una aguda irritación.

Sus gallinas, de las que tan orgullosa se había mostrado, se perdieron. O se desperdigaban o enfermaban. Al principio, fue capaz de enfrentarse a tales circunstancias, pero a la larga fue imposible. Ya no le importaba. Un adormecimiento como el que producen las drogas se posesionó de su espíritu, del centro mismo de su ser: ya no le importaba qué sucedía a sus gallinas.

Ni cuando un rayo abatió a dos caballos. Se asustó. Los ríos de fuego fluido desprendidos repentinamente del cielo abatiéndose sobre la tierra, cerca, como si la tierra misma explotara como bomba; la asustaron hasta el fondo mismo de su ser y le hicieron saber, en secreto y con certeza única, que *no existía un Dios misericordioso en las alturas*. Cayó un rayo sobre el pino alto y elegante de atrás de la cabaña y allí siguió, erecto y elegante como siempre, pero con una costura blanca que le corría desde la cúspide, en espiral, hasta la tierra: a todo lo largo del tronco. Una cicatriz perfecta, blanca y larga como el rayo mismo. Y cada vez que la veía, a su pesar, pensaba: "no hay Dios omnipotente y misericordioso en las alturas. El Dios que existe está tan maltrecho como los pinos y es tan espantoso como los rayos".

Nunca lo confesó abiertamente. Como siempre, pensaba en su querida iglesia de Nueva Inglaterra, al menos externamente. Pero en la corriente soterrada y violenta de su alma femenina, tras las tormentas, veía este árbol con una costura viva y una voz interior, casi salvaje le decía: "¡Qué absurdo!, Jesús o un Dios amoroso en este lugar. Esto es más terrible y más espléndido. Me gusta más". Hasta las ardillas, con su bullicio constante; los grajos azules gritando en el árbol al amanecer, la ardilla gris ondulando en el tronco que se detenían a charlar con ella y a regañarla con su temeridad cautelosa, como si fuera ajena, forastera, una criatura que los árboles no debían consentir: todo destruía su cara ilusión de amor, de amor universal. En este rancho no había amor. Había vida intensa, rispida, llena de energía pero también de una sordidez salvaje y ronca.

Las hormigas negras de su alacena, las ratas de campo que se descolgaban como hipopótamos nocturnos del techo, los dos chivos enfermos: había un flujo subterráneo de suciedad que corría bajo el *curioso forcejeo* de la vida salvaje. Era eso. La vida salvaje, hasta la vida de las flores y los árboles parecía un forcejeo que erizaba el pelo, endurecía. Las flores mismas salían erizadas y muchas de ellas tenían en la boca colmillos, como la ortiga venenosa. Pero también eran fascinantes, por su fuerza misma. En mayo, las curiosas colombinas de los almacigos, colombinas con el exterior escarlata y el interior amarillo, como la librea roja y amarilla de un heraldo: nada más ajeno a su nombre de paloma. Luego, el hermoso azul rosáceo de los grandes racimos llamados campanas azules, en realidad de la familia de los perritos: crecían con poderosa hermosura en el pequeño claro de pinos, seguidos por las matas nombradas por los pioneros madreselvas, quién sabe por qué: un enredijo de largas gotas de puro rojo al vivo colgadas de varas invisibles de color ahumado. El más puro y perfecto escarlata bermellón, el más límpido color de fuego

colgado en largas gotas como una lluvia de fuego a punto de caer sobre la tierra. Algo más tarde, más en descampado, florecían otros capullos de fuego rojo puro, brillantes y fieras estrellas rojas desparramadas sobre una escalera gris y marchita, como si el fuego del centro de la Tierra hubiera lanzado algunas chispas repentinas y rojas hacia el aire diurno, desde su interior mortecino, teñido de blanco.

¡Era así! El alfalfar era un enredijo deshilachado y furibundo, un conflicto álgido de plantas en pugna: un año seco y las especies silvestres y duras ganaban, los cardos-amapola, espinosos y de hojas azuladas y el cardo verdadero, con sus flores de un blanco lunar, los macizos bajos de cardos con flores azules cuya tardía floración llegaba tras la serenidad de junio y julio; la irrupción de las estrellas rojas y los mirasoles y los duros girasoles silvestres apretujándose y ahogando el verde tierno y oscuro de la alfalfa, tan parecida al trébol. La lucha, la lucha con pendones encendidos de escarlata y amarillo. Cuando aparecía una flor realmente indefensa, era casi invisible, como la lila mariposa, mariposa nocturna en reposo con un centro fantasmagórico de polen amarillo. No se distinguía en nada de una brizna de pasto gris entre la hojarasca de los robles; un tallo invisible desde el cual se balanceaba esta flor blanca, fantasmal, de tres pétalos, desnuda, llegada de la nada. ¡Una lila mariposa!

Sólo las rositas silvestres tenían aroma, como en el viejo mundo. Eran rosas trepadoras. Y las campánulas oscuras, bajo los robles, como las *alpenglocken*, burbujas de hielo oscuro que flocean en los Alpes.

Las rosas del desierto son las flores de los cactus, de un amarillo o rosado translúcidos. El diablo mismo debió haberlas colocado entre espinas, en un momento de éxtasis puro.

No, era un mundo previo y posterior al Dios amoroso. Eran del día previo y del día posterior. Previos y posteriores al Dios amoroso los colibríes mismos, suspendidos sobre las flores invertidas de las fresas indias, al derretirse la nieve, en mayo. Y los grajos se coronaban retadores con su color oscuro, y el carpintero amarillo y negro atacando la madera con fiereza de guerrero pintado para el combate. Y en las cercas, inmóviles, los halcones como puños cerrados bajo el firmamento, ajenos a los hombres y sus costumbres. Ciertamente, el verano se desplegaba en las hojas tiernas de los álamos y los cedros tiernos. Pero qué cualidad tan distante en los macizos de cedros, enredados y ajenos de lo alto de las montañas, con la frialdad de los ojos de un oso y sus largas garras de cornalina. En verano había pequeñas fresas silvestres de aroma salvaje y, hacia el fin de la estación, frambuesas, como joyas rubicundas en la hendidura del valle. Pero qué solitario, qué terriblemente solitario y amenazante estar a solas en las hendidas faldas sombreadas y abruptas, justamente encima de las cabañas, cosechando frambuesas, cuando en las cumbres se cernían tormentas de un morado azulado. Muchas frambuesas silvestres colgaban rosáceas, entre los matorrales. Pero bajo ellas, el cauce del río era seco y silencioso. Y los árboles se erizaban todos en silencio, como guerreros alertas en sus puestos. Y las moras aguardaban al oso de visita exacta y fría, de hocico largo, con paso incierto que sacudía su piel hirsuta y gruesa. Las moras crecían para los osos y la mujercita de Nueva Inglaterra, con su peculiar sensibilidad hacia las influencias ocultas, se sentía siempre ladrona. Robaba las frambuesas silvestres del cañoncito recóndito de atrás de su hogar. Y cuando hacía mermelada, el sabor del hurto casi se llegaba a sentir en sus conservas.

No confesaba nada de esto. Intentaba no confesar ninguno de sus temores. Pero tenía miedo. Era consciente, más que nada, de la

electricidad intensa y acechante del aire veraniego después de junio. El aire estaba repleto de corrientes desatadas de un fiero fluido eléctrico, a la espera de una descarga. Y casi a diario, el trueno se lanzaba con furia a la contienda. Pero nunca se despejaba el aire. No había tregua. Por más que retumbara el trueno y se gastara bajo ; el sol, después había corrientes eléctricas ocultas, desatadas, moviéndose invisibles como una extraña amenaza entre los átomos del aire. Lo sabía. ¡Ah, lo sabía!

Y a veces, su amor por el rancho se transformaba en una suerte de repulsión. El excremento de las ratas bajo la superficie, el racimo espinoso y eterno de la vida salvaje, con su mezcolanza y los huesos desperdigados. Osamentas de caballo golpeadas por el rayo, osamentas de ganado, cráneos de cabra con sus pequeños cuernos. Huesos sin enterrar, blanqueados. Y la crueldad eléctrica de las montañas. Y luego, más misteriosa pero peor que nada, la hostilidad del espíritu del lugar: un espíritu crudo, a medio crear, como de un pájaro-serpiente que ataca siempre al hombre, que odia la lucha del hombre por sus logros futuros. El bullente caldero de la vida inferior carcome el tejido mismo de la vida superior, carcome el alma, carcome su médulas. La voluntad vasta e irrefrenable de la floreciente vida inferior trabaja contra los esfuerzos humanos por una vida superior, por la creación de un ser futuro.

Por fin, tras muchos años, la mujercita aceptó que, tras las primeras nevadas de noviembre, era más feliz lejos del rancho. Le alegraba llegar a un hogar más humano, a su casa del pueblo. Y cuando pasó el invierno y llegó la primavera, supo que ya no quería subir al rancho otra vez. Algo se había quebrantado en su interior. Estaba herida de una manera terrible. Había mermado para siempre sus creencias, su fe en un paraíso terrenal. Ahora ocultaba ante sí misma este cadáver, este cadáver de creencia,

tan de Nueva Inglaterra, en un mundo donde por fin todo sería amor universal. La creencia, como ella, era un cadáver. Los dioses de estas montañas interiores eran mezquinos, celosos e inexorables, más grandes que el hombre y más bajos que él. Pero el hombre nunca podría domeñarlos.

La mujercita, junto a su jardín florido de abajo regado por un río, se ocultaba de tales pensamientos. Nunca más regresaría al rancho.

Los mexicanos se quedaron a cargo y cuidaban las chivas. Pero el lugar no se mantenía solo. No lograba mantenerse como debía hacerlo, como lo había hecho. Podría mantenerse. Pero con tal esfuerzo, tal esfuerzo. Y cuando la contienda con la vida salvaje y los estadios inferiores carcome la médula de los huesos y el alma desde el vientre, ya no hay esfuerzo que valga.

Y vino la guerra, y muchos hombres renunciaron a sus empresas civilizatorias.

Cada nuevo golpe de la civilización cuesta un número indefinido de valientes que caen, derrotados por el "dragón" en la lucha por las manzanas de las Hespérides o el vellocino de oro. Han caído sus esfuerzos por superar la cualidad casi sórdida y salvaje de las viejas y más bajas etapas de la creación y alcanzar las etapas subsecuentes.

Pues todo lo salvaje es algo sórdido. Un hombre es él mismo sólo cuando lucha y lucha por sobreponerse a esta sordidez.

Y cada civilización, al perder su visión interna y su energía más limpia, cae en una nueva clase de sordidez, más grande y más estupenda que la anterior, salvaje. Un establo Augeo con desperdicios metálicos.

Y el hombre se levanta nuevamente cada vez para limpiar este nuevo cúmulo de desperdicios. Para arrancar a la naturaleza salvaje y cruda una victoria y la potestad para otro comienzo,

para limpiar tras de sí los depósitos centenarios y profundos de desperdicios, estrato tras estrato, incluso de latas vacías. El rancho se iba a pique. El hato de cabras disminuyó. El agua dejó de fluir. Por fin, el comerciante renunció. Le rentó el lugar a un mexicano que se mantenía de una pobre cosecha de frijol, poco a poco expulsada por la yerba.

Y entonces llegó Lou: nueva sangre al ataque. Regresó a Santa Fe, vio al comerciante y al abogado y compró el rancho en mil doscientos dólares. Estaba complacida.

Fue a anunciarlo a su madre.

—Mamá, compré el rancho.

—Tanto mejor, no toleraría el ruido de los autos que hay aquí otra semana.

—En el rancho hay quietud, mamá: una quietud que habla, llanamente.

—Preferiría que contuviera la lengua. Estoy drogada ya de tanto leer malas novelas. Siento como si el cielo fuera una campana rajada y un millón de badajos hicieran resonar desde allí discursos humanos.

—¿No estás interesada en mi rancho, mamá?

—Espero estarlo, poco a poco.

La señora Witt se levantó, en efecto, a la siguiente mañana, y acompañó a su hija hasta el rancho llamado *Las Chivas*⁴⁶ en el coche rentado que Phoenix conducía. Iba sentada como un pilar de sal; su cara era una máscara —"cara falsa", como llaman los indios a las máscaras. Parecía haberse cristalizado en su neutralidad. Veía el desierto pasar, con sus macizos de huizache amarillo: vio las manzanas tiradas en el suelo de las huertas de las casas de adobe: veía la hondura del arroyo y el riachuelo que

⁴⁶ En español en el original.

vadearon desde el coche, y las montañas que más tarde taparon el cielo: todo con indiferencia. Había nieve en lo alto de las montañas: a sus pies, roca lívida de un azul grisáceo y bajo las pálidas piedras los álamos lanzaban este año su amarillo de narciso; y bajo los robles, coágulos de basura oscura y rojiza. Lo vio todo con una suerte de indiferencia pétrea.

—¿No te parece hermoso? —preguntó Lou.

—Veo que es hermoso —respondió.

Cuando entraron al rancho, los mirasoles del prado mostraban rayos delineados de un púrpura parecido al de una noche próxima. La señora Witt echó un vistazo a las dos cabañas, una de las cuales estaba en ruinas y abandonada. Vio el corral bastante destartado, con tablas largas y pandeadas por el sol ardiente, casi del color de la plata. En una de las tablas del techo estaba una rata de monte sentada, erecta, como un indio viejo que vigilara desde un techo *pueblo*.⁴⁷ Mostraba el vientre blanco y tenía las manos al frente, alzaba las grandes orejas ante el mundo, como un viejo indio inmóvil.

—Es como si mostrara a todo el mundo que él es dueño del lugar, ¿o no Louise? —preguntó cínica.

Y volteó hacia el mexicano, que apenas si consideraba un hombre, pero que era un tipo agradable y cortés y le preguntó por qué no mataba a la rata.

—¡No vale un cartucho! —dijo el mexicano con una vaga sonrisa desesperanzada.

La señora Witt paseó por todas partes, lo miró todo: no le tomó mucho tiempo. Observó en silencio el manantial, burbujeando por un tubo hacia un barril, bajo el chopo, y hasta un arroyo.

⁴⁷ Se refiere a las construcciones indígenas del suroeste estadounidense; así las nombraron los primeros españoles que llegaron a estos sitios y ahora se refieren genéricamente a las tribus, sus comunidades y sus ruinas.

—Bueno, Louise, me alegra que te sientas capaz de soportar tanto desamparo y tantas ratas.

—Pero, mamá, debes admitir que es hermoso.

—Sí, supongo que lo es. Pero para usar una de las frases de tu Henry, la belleza es un huevo huero; al menos, en mi opinión.

—Rico nunca habría dicho que la belleza le parece un huevo huero.

—No, no lo habría dicho. Se sienta como gallina clueca a empollar una imitación de porcelana. ¿Lo vas a traer aquí?

—¡Traerlo! No. Pero puede venir si quiere —tartamudeó Lou.

—Ah-h, no sería ¡her-mo-so! —exclamó la señora Witt, meneando la cabeza y alzando los hombros en despiadado remedo de su yerno.

—Tal vez no venga, mamá —dijo Lou, dolida.

—Seguramente vendrá, Louise, para ver de qué se trata: a menos que le digas que no lo deseas.

—De cualquier manera, no tengo que preocuparme por eso antes de la primavera —dijo Lou olvidándose del tema, nerviosa.

La señora Witt trepó por la empinada pendiente que estaba tras las cabañas, hasta la entrada de un pequeño cañón. Allí se sentó sobre un tronco caído y examinó el mundo que estaba allá abajo: no era un mundo humano. Sin poderlo evitar se sintió conmovida. —¿Qué te hace venir acá, hija? —preguntó.

—Me gusta el lugar, mamá.

—¿Pero qué esperas lograr de él?

—Esperaba, más bien, escapar de todo logro, mamá. Te diré; y no te enojés si suena tonto. Tengo roto el corazón, roto para la relación con las personas. No quiero nada con nadie. Ya no lo soporto. Si alguna vez puse en ello mi corazón —vivir con la gente— ahora estoy descorazonada. Quiero estar sola, mamá: contigo, tal vez con Phoenix para cuidar a los caballos y manejar. Quiero estar sola, realmente.

—¡Con Phoenix tras bambalinas! ¿Estás segura de que no querrá entrar enseguida al foro?

—No, mamá, ya no quiero nada de eso. Si debo decirlo, Phoenix es un sirviente: por lo que veo, ya encontró acomodo. Siempre igual, jugando en los traspattios viejos. No puedo tomar en serio a los hombres. No quiero mezclarme con ellos, ni engañarme al respecto. Ya no quiero ni puedo engañarme más, mamá, sobre todo respecto a los hombres. Para mí no cuentan. Así que, ¿cómo quieres que me correspondan?

Por un momento, impuso silencio a la señora Witt. Luego dijo:

—Bueno, no se trata de que yo lo quiera. ¿Por qué habría de querer algo? Pero debes vivir, después de todo. Todavía no has vivido, a mi entender.

—Ni tú, mamá, según el mío —dijo Lou secamente.

Y con esto la señora Witt calló del todo. Siempre estaba callada, o furiosa, o a la defensiva. Y no quería estar a la defensiva. No podía, realmente, si era honesta.

—¿A qué le llamas vida? —continuó Lou—. Contonearse semi-desnuda en una función pública o salir en un taxi, para dormir con un tonto medio borracho que se cree hombre porque... Ah, mamá, no quiero ni pensarlo. Sé que en el fondo tienes esa idea de *la vida*. Sea. Pero no me incluyas. Los hombres, vistos así, me producen náuseas: rastreros y vulgares. La vida, vista así, seca mi vida. Este tipo de cosas me han roto, me han roto del todo: a no ser que estuviera rota desde el principio.

—Pues, Louise —dijo la señora Witt tras una pausa—, estoy convencida de que desde que los hombres y las mujeres son hombres y mujeres, quienes se toman las cosas a pecho, si han tenido tiempo para ello, terminaron descorazonados. ¡Como si el mío no estuviera roto! Es tan certero como la virginidad rota: y tampoco es más que eso. Es un principio más que un final.

—Así es, mamá. Es el principio de otra cosa y el fin de algo cancelado. Sé que no puede cambiar, pero debo vivir de otra manera. Parece tonto, pero no sé decirlo de otra forma. Debo

vivir para algo que me importe, muy muy en el fondo. Y creo que me importaría el sexo, con toda mi alma, si fuera realmente sagrado. Pero el sexo vulgar me mata.

—Tal vez siempre te gustaron hombres más bien vulgares.

—Tal vez, tal vez siempre sea una tonta ante la gente. Ahora debo abandonar esas tonterías. Hay algo más, mamá, algo a lo que quiero entregarme. Lo sé. Lo sé con certeza. ¿Por qué debo dejar que me convenzan una vez más?

La señora Witt se quedó sentada, mirando a la distancia, con gesto cínico.

—¿Y qué es ese algo más grande? Y, por favor, ¿más grande respecto de qué? —preguntó con ese tono de suavidad melosa que era su peor veneno.

—Quiero aprender. Voy a intentarlo. Me intriga mucho.

—¿Algo más grande! En mis tiempos, las muchachas a veces entraban a los conventos en busca de *algo más grande*. Siempre he tenido curiosidad de saber si lo encontraron. Me parecían inclinadas en una dirección imbécil, pero tal vez se deba a que yo era una *algo menor*.

Hubo una pausa definitiva entre madre e hija, un silencio que abrió un claro abismo. Y Lou dijo:

—Sabes de sobra que, sea lo que sea, aunque sea un poco imbécil, no soy conventual, mamá. Ese tipo de religión me parece la otra cara de los hombres. En vez de correr tras ellos, corren de ellos y eso las emociona. Yo no odio a los hombres, como las monjas, *por ser* hombres. Me disgustan porque no son suficientemente hombres: bebés, niños y pobres cosas en exhibición constante, inclusive ante ellos mismos. No digo que yo sea mejor. Sólo desearía, con toda el alma, que algunos hombres fueran más grandes, más fuertes, más *hondos* que yo...

—¿Cómo sabes que no lo son?

—¿Cómo lo sé?—preguntó Lou burlona.

Y volvió a abrirse un abismo, con una pausa. La señora Witt azuzaba con una varita a las hormigas negras, enloquecidas entre las agujas de pino.

—Sin duda tienes razón, respecto a los hombres —dijo por fin—.

Pero a tu edad, lo único sensato es intentar conservar la ilusión. Después de todo, como dices, tal vez no seas mejor.

—Tal vez no sea mejor. Pero mantener la ilusión sería hacerme tonta. Y no lo haré. Cuando veo un hombre que me resulta atractivo, aunque sea un poco, o tanto como Phoenix, me digo: "¿Te importará después? ¿Te importa más allá de la sensación?" Y sé que no. No, madre, estoy convencida: o bien cuando tome a un hombre tendrá un significado y un misterio que penetre hasta el alma misma o me quedará sola. Y, por lo que sé, ya es tiempo de quedarme sola. No más devaneos.

—Bueno, hija, tal vez pases el resto de tu vida sola, guardándote.

—¡Pero no me importa! Hay algo más, mamá. Hay algo más que me ama y requiere de mí. No podría decirte qué es. Es un espíritu. Y está aquí, en este rancho. Está aquí, en este paisaje. Para mí es algo más real que los hombres. Me consuela y me sostiene. No sé qué es, en definitiva. Es algo salvaje, a veces me lastimará y a veces me gastará. Lo sé. Pero es algo grande, más grande que los hombres, más grande que la religión. Algo más, que tiene que ver con la América salvaje. Y es algo que me concierne. Es mi misión, si tú quieres. ¡Soy tan imbécil como para creerlo! Pero es mi misión guardarme para el espíritu: es salvaje y ha esperado aquí, tanto tiempo. Tal vez me esperaba a mí. ¡Ya llegué! Heme aquí. Estoy ahora donde quería estar: con el espíritu que me desea. Así es. Y nadie más me importa, realmente, ni Rico, ni Phoenix. Están en el traspasio del mundo. Yo estoy aquí en la hondura misma de América, donde el espíritu salvaje me quiere, un espíritu salvaje que es más que un hombre. Y tampoco desea salvarme. Me necesita.

Tiene ganas de detenerme. Y para él, mi sexo es hondo y sagrado, más hondo que yo misma, con una conciencia natural honda en lo hondo de mi sexo. Me resguarda de ser vulgar, madre. Y ni tú misma podrías hacer algo semejante por mí.

La señora Witt se levantó y se quedó parada, viendo muy muy lejos la cordillera turquesa hundida a la mitad del horizonte.

—¿Cuánto dijiste que te costó Las Chivas? —preguntó.

—Mil doscientos dólares —contestó Lou sorprendida.

—Tomando en cuenta todo lo que implica, incluido el nombre, me parece barato.

CRONOLOGÍA DE D.H. LAWRENCE

1885 Nace en Nottingham en Eastwood, Nottinghamshire.

1911 Publica su primera novela, *The White Peacock*, seguida de *The Trespasser*.

1912 Huye con Frieda Weekly, con quien se casa en 1914. Publica las novelas *Sons and Lovers*, *The Rainbow*, *Women in Love*, *Aaron's Rod*, la colección de cuentos *The Prussian Officer*.

1920 Sale de Inglaterra y vive en Italia, donde escribe *The Lost Girl*, *Mr. Noon*; comienza *Birds, Beasts and Flowers* (poemas).

1922 En septiembre los Lawrence llegan a Estados Unidos vía San Francisco, invitados por Mabel Dodge Luhan. Se instalan primero en Taos y luego en el rancho Del Monte cerca de Taos, Nuevo México. Termina *Studies in Classic American Literature*. Aparecen *Aaron's Rod*, *Fantasia of the Unconscious* y *England, my England* (cuentos).

1923 En marzo toman el tren Santa Fe-El Paso-México. Llegan a la ciudad de México. En abril se instalan en Chapala. En agosto regresan a Estados Unidos vía Laredo-San Antonio. El 23 de agosto Frieda se embarca hacia Europa. Entre agosto y fines de noviembre, Lawrence Viaja de Nueva York a New Jersey, Chicago, Búfalo, Nueva Orleáns, Los Angeles y de allí sale a México y viaja a caballo por Sinaloa y Jalisco, en busca de un rancho donde vivir. En noviembre Lawrence se embarca en Veracruz hacia Europa, vía La Habana.

Termina la primera parte de *The Boy in the Bush* (versión de la novela *The House of Ellis* de Mollie Skinner). Escribe la primera versión de "Quetzalcóatl", que deja con su agente en Nueva York y, durante su estancia en Europa, "The Borderline".

Aparecen *The Ladybird* (título en Estados Unidos) y la versión inglesa, *The Captain's Dolí*, *Studies in Classic American*

Literature (comenzado en 1917), *Kangaroo*, *Birds*, *Beasts and Flowers*.

1924 El 22 de marzo llega a Taos, vía Nueva York, en compañía de Dorothy Brett y Frieda. Compran el rancho llamado primero Lobo y luego Kiowa. El 10 de septiembre muere el padre de Lawrence. En noviembre viajan a México, y de allí a Oaxaca.

Escribe en Europa los cuentos "Jimmy and the Desperate Woman", "The Last Laugh"; en Nuevo México la noveletta Sí. Mawr, "The Woman Who Rode Away", la obra de teatro *David*, algunos poemas. Los ensayos "Indians and Entertainment", "Pan in America" y otros más. Termina en octubre "The Princess". En México trabaja la segunda versión de "Quetzalcóatl". En diciembre escribe los cuatro fragmentos mexicanos de *Mañanas en México*.

Aparece *The Boy in the Bush*.

1925 Enfermedad de Lawrence en febrero, convalecencia, y terremoto en Oaxaca; viaje a la ciudad de México, donde le diagnostican tuberculosis y le dan dos años de vida como máximo (vivió cinco más). Regreso a Nuevo México en marzo, llegan al rancho Kiowa. En septiembre se embarcan de Nueva York a Southampton

Bosquejo de "Resurrección", que luego se transforma en "El hombre que murió" ("El gallo que huyó" en la primera versión). Fin de *The Plumed Serpent*, *The Flying Fish*, "The Wedding Ring", "Noah's flood", "Climbing down, Pisgá", "Art and Morality", "Reflections on the Death of a Porcupine".

Aparece *St. Mawr* en Inglaterra con "The Princess". "The Woman Who Rodé Away". Edición restringida de "Reflections on the Death of a Porcupine", "Au revoir U.S.A."

1926 Se publican *The Virgin and the Gypsie* y *The Plumed Serpent*. Durante este periodo se dedica a la pintura. Primera Lady Chatterley.

1927, *Mornings in México*, donde incluye cuatro viñetas de Nuevo México y otra de Italia. Segunda versión de *Lady Chatterley*. Publica "The Escaped Cock", luego "The Man Who Died", *Etruscan Places*.

1928 Publica *The Woman Who Rode Away and Other Stories*. Versión tercera y final de *Lady Chatterley's Lover*.

1929 *Nettles* y *Apocalypse*.

1930. Muere en Vence. Sus restos son trasladados al rancho Kiowa por el tercer marido de Frieda, Angelo Ravello, en 1935. Frieda muere en 1956. Está sepultada fuera de la capilla de Lawrence. Lega el rancho Kiowa a la Lawrence Foundation de la Universidad de Nuevo México.